

3 1761 06639732 4



Biblioteca AVANTE

MOTAMID

Último Rey de Sevilla

.....&.....

POR

Blas Infante Pérez

Imprenta de la Editorial AVANTE

S. Pedro Mártir, 15.--Sevilla

1920

W. H. RAYMOND

MOTAMID
ULTIMO REY DE SEVILLA

PQ
6617
N 43 M₆

ES PROPIEDAD. QUEDA HECHO EL DE-
✻ ✻ POSITO QUE MARCA LA LEY. ✻ ✻
Cada ejemplar se encuentra contraseñado al objeto
de poder perseguir, a los impresores que editaren
esta obra, sin autorización de la "EDITORIAL
✻ ✻ ✻ AVANTE" ✻ ✻ ✻



BIBLIOTECA "AVANTE"



Motamid

Último Rey de Sevilla



*Exposición dramática del reinado del
Príncipe Abul-Kasim-Mohamed
Ibn Abbad-el Billah*

POR BLAS INFANTE

Sevilla

Editorial "Avante". San Pedro Mártir, 15

1920

PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN LA NARRACIÓN

EL REY ABUL-KASIM BEN ABBAD (MOTAMID)

Elevado al trono a los veintinueve años; apasionado por la gloria; gran poeta y filósofo; protector vehemente de toda actividad artística, filosófica o científica; guerrero impulsivo é impetuoso, ágil y fuerte; político culto; a veces impremeditado.

ITIMAD (ROMAIQUIA)

Primero, esclava de Romaic. Después, Reina de Sevilla Espiritu ingénuo, altamente poético y religioso; adora también la gloria. Diez años más joven que Motamid. Es hermosa y plena de gracia.

IBN-AMMAR

Compañero y hagib del Rey; próximamente de su edad. Poeta; amigo del fausto; lleno de ambiciones y supersticioso.

ROGERIO

Poeta siciliano, joven; expulsado de su patria y refugiado en Sevilla.

EL HALCON GRIS

Exbandido. Brigadier de la guardia de Seguridad pública. Hombre ya maduro y roblizo.

ZOHAIR

Joven de la nobleza; capitán de la guardia real.

EL-DJAILI

Poeta de la Corte. De juventud un poco pasada; ingénuo, vehemente y locuaz.

ALMUNDAFFAR

Guerrero y político hábil.

THOFAIL

Filósofo de la Corte; hombre rayano en la vejez; fuerte y exageradamente circunspecto.

EBN-MOKRI

Visir; anciano ministro del Rey.

EL MUFTI

Obispo o jefe de los alfaquíes (sacerdotes).

EL CADÍ DE LOS CADÍES

Presidente de los jueces del Reino.

ROMAIC

Dueño de Romaiquia; viejo mercader.

UN SANTÓN

Imán o iluminado venido en misión del Africa almora-
vide.

OMAR

Soldado del Halcón Gris.

HABIBAH

Doncella de la Reina. Joven ingeniosa, traviesa y linda.

AIXA

Dama intendente de las habitaciones de la Reina, en el
Alcázar de Córdoba, y profesora de erudicción.

AMINA

Aya de los hijos del Rey.

XELIMA

Niña de diez años.

ZAHIRA

Niña de seis años.

OMMALISAN

Niña de cuatro años.

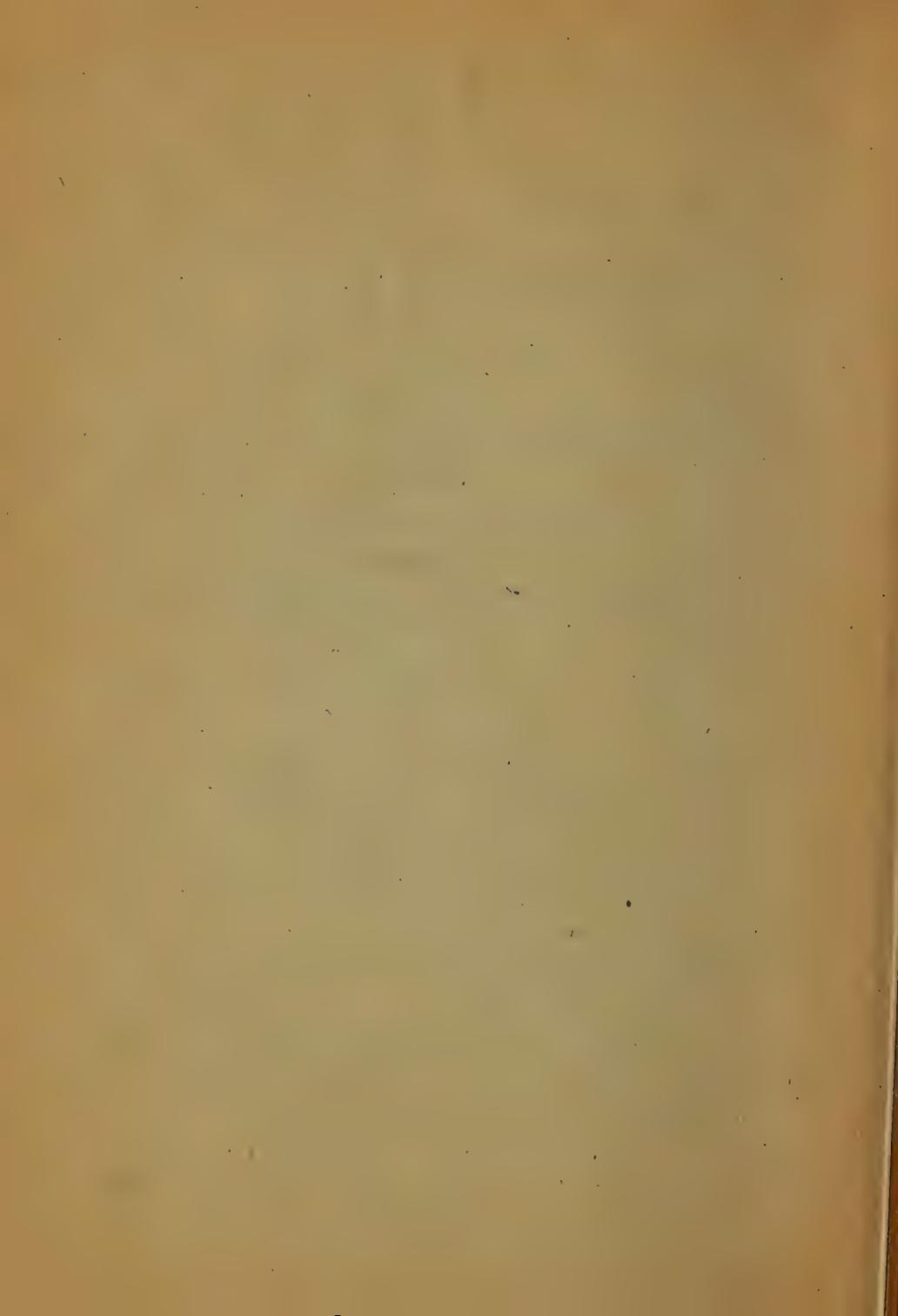
ABDERRAMÁN

Niño de siete años.

hijos de Motamid y de Ro-
maiquia.

Caballeros y damas de la Corte; soldados del ejército y
de las guardias real y ciudadana; soldados de Yussuf; arifs
(ujieres); catibes (secretarios); mercaderes, hombres y mujeres
del pueblo.

La acción se desarrolla en la segunda
mitad del siglo XI.



JORNADA PRIMERA

Realeza libre y Realeza Esclava



Escenario

En la Pradera de Plata; almuzara o lugar de esparcimiento de los vecinos de Sevilla. La Pradera se extiende por la planicie que riberiza el Río.

Es un día de Primavera y de Mercado.

Los vendedores pregonan sus mercancías con voces timbradas por motivos melódicos. Unos deambulan por entre la multitud cargados de objetos; y otros gritan desde las puertas de sus tiendas, construídas con lienzos de vario color.

El pueblo bulle llenando las calles del campamento. Parte de la muchedumbre refluye a este; otra parte se distiende por la alfombra de verdor de la Pradera, sembrada de flores y sombreada por palmeras de cimbreadora esbeltez: Desde los altos alminares de las mezquitas o desde los torreones del Alcázar, o desde las almenas y ajimeces de la Torre del Oro se percibiría, al mirar, un sol en cada armadura o alfanje reluciente, brillando fugaz, como los costados de los peces que surgen a la superficie del océano, en este mar de turbantes blancos y rojos, rematados por gorros dorados, encarnados o verdes. Los airones y cimaras en los turbantes de los ociosos guerreros, pájaros-temblorosos, mensajeros de todos los co-

lores, parecerían de Iris, la diosa de la luz; y, por entre los jaiques y alquiceles, de varias y vivas tonalidades, el puro blanco pálido de las túnicas y mantos femeninos, ofrecería la visión de grandes azucenas que se mueven; de lirios blancos, que, alados, pasean.

La Primavera, borracha de resplandores, tiene un sueño de infinitas irisaciones, en el espacio terso y deslumbrador como verbos refulgentes que vinieron a encarnar en los infinitos colores, con las flores, paridos por la Tierra. La polifonía de las voces que asciende de la tierra, rima un himno con la policromía de la luz que descende del cielo. Sonidos y luces, cantos y perfumes, se encuentran en el espacio radiante; se besan y aman y estallan en loca explosión de alegría que responde a la alegría bulliciosa del Sol. Las aguas transparentes del Río, discurren lentas y perezosas, como si les angustiara alejarse para siempre de las márgenes floridas de la Pradera de Plata...

Pasaje I

(Abul Kasím, Ibn Ammar y Rogerio advienen desde la ciudad a la Pradera. Visten amplios alquiceles blancos, rematados por capuchones, con los cuales, cubriéndose la cabeza y ocultándose hasta los ojos, pretenden esconder el semblante y pasar desapercibidos por entre la multitud.)

ABUL KASIM

Dejemos un instante el poema, para admirar la almuzara.

(A Rogerio).—Te prometí, extranjero, un regalo más liberal que aquél que te hiciera al donarte mi camello de ámbar con incrustadas perlas. Hélo, aquí. Dime por tus dioses, siciliano, si has soñado alguna vez con una tan espléndida visión como esta que ahora te ofrezco en la Pradera de Plata.

ROGERIO

(Admirado).—Bella es mi Sicilia, Príncipe, pero si el Reino de la Belleza es la Patria de todos los poetas del Orbe, mi patria, señor, es el Andalus.

Sofñaron una realidad los aedas griegos que en el Andalus pusieron los Campos Elíseos. Y si la realeza verdadera es, por ser la natural, la del espíritu superior que piensa y siente y obra como un rey o como un dios sobre los demás hombres, mi príncipe, señor, no es un rey fabricado por plebeyos, quienes por necesitar de reyes, se fingen un rey, adornando espíritus plebeyos, espíritus vasallos, con coronas de oropel y mantos y cetros de bisutería. Mi príncipe, mi rey, es un príncipe y un rey de verdad. Eres tú, Abul Kasím, que eres a mí superior en la alteza, en la realeza de pensar, de lograr y del sentir.

AMMAR

(A Rogerio).—¿De cuál camello habló el Señor?

ABUL KASIM

(Riendo).—De aquél que te sugiriera tanto respeto supersticioso, evocando tus tétricas imaginaciones. Un día tú entraste en mi Cámara. La estatua de ámbar del camello hubo de despertar tu admiración. Las misteriosas irisaciones de las perlas que incrustaban la talla (perlas negras, fingían sus ojos; perlas de varia tonalidad, en su color pálido, los arreos de la montura); esas irisaciones de luz que fué prisionera, en los abismos del mar, alumbraron, en tí, no se qué abismos de superstición. Señor, preguntaste;

—¿Quién fabricó tan exótica estatua?—No se sabe, te respondí con misterio. Dicen que es un símbolo o ídolo de países lejanos en el espacio y en el tiempo. Representación tal vez de la Humanidad; camello en cuyos ojos hay una prisión de luz venida de remotas profundidades, el cual, con lento paso, marcha cargado con su gibosidad, por caminos inciertos hacia un fin ignorado; perdido quizá en las encrucijadas de las sendas. La Humanidad, como una perla, tal vez sea una tumba perdida de la luz.»

(A Rogerio).—Ammar, al escuchar esta serie de desatinos, vestidos de ampulosas palabras lúgubres, hubo de mirar con cierto recelo el camello, viendo en él siempre una misteriosa solemnidad.

(A Ammar).—Tranquilízate ya, hijo venturoso de mi inolvidable Silves, en la antigua Lusitania. El camello ha salido, más que de prisa, de mi Cámara, en las manos aladas de este afortunado poeta.

AMMAR

(A Rogerio).—¿Te lo ha regalado?

ROGERIO

La primera vez que entré en la Cámara regia, hízome el rey tan espléndido donativo. Contaba yo al Señor las desdichas de mi patria, depredada por el Normado, cuando llegó a aquél un presente de nuevas monedas de oro, acabadas de salir del troquel. El Príncipe tomó los sacos. Leyó en las láminas de metal reluciente, recitando en alta voz sus poéticas leyendas, y después, señalando aquel tesoro, dijo:

—Tómalo, extranjero. Estas monedas son para tí.— Señor, contesté, para transportar tan preciosa carga necesitaría un camello.—Pues coge ese. También te lo regalo—replicó el rey, mostrándome la estatua de ámbar y perlas.—Y por esta razón, sabio Ammar, el camello cargado de monedas de oro, es hoy joya que deslumbra a cuantos visitan mi alojamiento.

Pasaje II

(EL HALCÓN GRIS, seguido por varios SUBORDINADOS, entra en escena. Su aire es afectado. Con un gesto de cómico orgullo, percibe cómo los individuos de la multitud se fijan en él, susurrando murmuraciones misteriosas y volviendo la cabeza para contemplarle más tiempo.

Al descubrir a los TRES ENCAPUCHADOS, el Halcón los mira con recelo, y dice rápidamente, dirigiéndose a uno de sus guardias.)

HALCÓN

Omar: No pierdas de vista a estos tres de los capuchones. O son bandidos que abandonaron la Sierra asustados del Halcón Gris, o jóvenes caballeros de la Corte que habrán venido a jugar alguna broma pesada a los pobres mercaderes.

(Dicho esto, el Halcón sigue hacia la Pradera con igual aire de petulante majestad. Omar, colocado en un ángulo de la escena, sigue sin pestañear los movimientos de los tres encapuchados, moviéndose a compás de estos.)

ABUL KASIM

(Riéndose y dándose cuenta de todo.)—Para llegar a

ser un buen policía, es preciso haber sido anteriormente un buen ladrón. Ese delicioso Halcón no ha dejado un bandido en toda la comarca. Se explica muy bien. Una vez estuvo en las puertas del Infierno. Y ya se hallaban éstas abiertas de par en par, a fin de franquearle la entrada con todos los honores; y los demonios se disputaban los primeros puestos para recibirle y aclamarle, cuando, desde el dintel, hubo de volver la cabeza para mirar nostálgico a la vida, no por la vida, sino por el placer de robar. Y así, en tal trance, vino a dirigir una de las más ingeniosas operaciones de entre tantas como llevara a cabo durante su existencia de ladrón. No pensó en aquellos instantes en elevar al cielo la mirada imploradora. ¡En el cielo no existe lo ajeno ni, por tanto, el placer de apoderarse de lo que no nos pertenece!

(Rogerio mira al Príncipe extrañado e interrogante).

¿Quiéres saber cómo fué esto? Explícale Ammar, cómo fué la conversión del Halcón Gris en brigadier de la guardia de Seguridad del Reino.

(El Príncipe saca un pergamino y empieza a leer).

IBN AMMAR

Cosás de esta tierra, extranjero. Has de saber que ese Halcón Gris era un temible bandido que asolaba con sus rapiñas estas comarcas del Andalus.

Puesta a precio su cabeza, tras grandes esfuerzos, vino a caer en poder del Cadí. Este le condenó considerando sus terribles hazañas, a morir en un suplicio excepcional: a ser crucificado, para escar-

miento de todos los de su jaez. Enclavaron en una cruz al famoso Halcón, y le elevaron con ella sobre el borde de un camino. Durante el primer día de suplicio, una inmensa muchedumbre hubo de acudir a contemplarle, pero, al atardecer del segundo día, viéndole ya exangüe y moribundo, hasta los guardias que lo custodiaban lo abandonaron, yendo estos últimos a reponer un tanto, en la próxima alquería, sus estómagos vacíos.

Quedaron sólo, al pie de la cruz, la mujer y los hijos del ajusticiado.

La pobre mujer lloraba diciendo: «¡Ah, pobre Halcón! ¡Desamparados nos dejas, entregados sólo a la merced de Alah, antes clemente, ahora despiadado con nosotros y contigo! ¿Qué habrán de comer nuestros pobres niños? ¡Pobres huérfanos, castigados sin culpa por el injusto Alah!» El Halcón no contestaba. Sus ojos sangrientos y nublados por la sombra de la muerte, escudriñaban atentos a lo largo del camino. Un viandante avanzaba por la pista, aproximándose hasta venir a parar debajo de la cruz.

Era un mercader: el cual conducía un macho cargado de telas y de otros objetos con los cuales comerciaba por las numerosas alquerías.

—¡Este es el Halcón Gris!—exclamó el mercader con cierta satisfacción, sombreada por el recuerdo del terror antiguo, mientras se limpiaba el sudor y miraba atentamente la cruz.

—Tu servidor, amigo.—contestó el Halcón con voz apagada.—Perdona que no pueda saludarte en esta incómoda postura.

—¡Alabado sea el nombre de Alah!—dijo el mercader.—¡Bendito mil veces su profeta Mohamed! Buenos sustos me hiciste pasar durante mis caminatas a lo largo de las sendas. Seguros y tranquilos estarán desde ahora las veredas y caminos reales.

—Todo lo merezco, buen trajinante—replicó el Halcón.—Pero por Alah te pido no me niegues esta pequeñez de favor que voy a suplicarte ahora. Es el último deseo de un moribundo: ¿Ves aquél pozo cuyo brocal resalta allá abajo? Es un pozo seco y profundo. Cuando esos malditos soldados del Ca-dí iban a cogerme, yo, viéndome irremisiblemente perdido, hube de arrancar de mi cinto una bolsa llena de dinares de oro, la cual arrojé al fondo oscuro de aquella cisterna. Mira ahora, honrado mercader, ¡oh, hombre compasivo!, cómo esta familia mía implora contra mi suerte, temerosa de perecer de hambre. ¡Yo te conjuro por Alah clemente a que bajes al fondo del pozo, extraigas la bolsa y, tomando, en recompensa, la mitad de su contenido, entregues la otra mitad a esa pobre mujer, madre de mis tristes hijos...!

Fuese por compasión o por codicia de llevar la parte en la bolsa del bandido, es lo cierto que el buen traficante accedió a la demanda.—¡Ayúdale!, dijo el Halcón a su mujer. Toma esa larga cuerda con la cual fuí amarrado por todo mi cuerpo a esta cruz. Atala al brocal del pozo y que descienda por ella este buen hombre.—Y, al decir esto, un gesto

de suprema compunción le contraía el semblante.

Así lo hicieron. Ayudada por el mercader, la mujer confeccionó con la cuerda una escala. La tendieron sobre el brocal y, apenas hubo aquél bajado por ella, hasta el fondo del pozo. «¡Corta la cuerda!» gritó el Halcón a su consorte. Y mientras el cuitado mercader se desgañitaba, en vano, sumergido en el fondo de la cisterna, el crucificado bribón mandó a la madre de sus hijos llevarse lejos de allí el macho cargado de mercancías, para que vendiéndolas, pudiera gozar de ellas con la bendición suya y la del clemente Alah.

Mi señor Abul Kasim sustituía, por entonces, en el Gobierno a su padre Motadhid. El ingenio es el mejor título de honor en la Corte de Sevilla. Enteróse el Príncipe de la ocurrencia y mandó enseguida, aquella misma noche, desenclavar al Halcón de la cruz. Comparecido que fué éste ante su presencia, le preguntó mi señor:—¿Es posible que en vez de rezar aprovecharas para robar tus últimos instantes?—Mi príncipe, contestó el Halcón Gris con voz debilitada: si tu supieras el gran goce que se experimenta robando, cambiarías tu manto real por mi alquicel de ladrón.—«Por un sólo instante, repuso el príncipe, que hubieras entonces abandonado tu vicio, Alah te habría otorgado el Edén.» El Halcón argumentó imperturbale:—«¿No dicen que es el Paraíso el Centro de todos los goces? Pues no sería Paraíso si en él no existiera el gran goce de robar.»

Rió grandemente el príncipe la filosofía del ladrón, y hubo de interrogarle así:

—¿Entonces no existe para tí posibilidad de un oficio honrado?

El Halcón respondió: «Robar o perseguir ladrones; no conozco otros oficios.»

Incontinenti, el Halcón fué nombrado para la Guardia de Seguridad, y tales proezas hizo en la persecución de los bandoleros, que hoy, ya lo has visto, es el brigadier de la guardia.

ROGERIO

Sí, que es el cuento interesante.

ABUL KASIM

(Apartando la vista del pergamino en el cual tuvo concentrada la atención durante la narración de Ammar).

¿Te gustó el cuento, siciliano? Para la visión optimista de los ojos del Andalus, aunque estén representados por los de un bandido, la muerte tiene un gesto cómico y ridículo. Nada podrá la Muerte contra la Gloria de este vivir.

Pero no puedo rematar este poema. Ayúdame, Ammar. Vayamos, señores, hacia adelante, por la Almuzara, en donde las mujeres hermosas bullen.

(Los caballeros siguen caminando Pradera adelante. EL REY sale recitando a media voz, dirigiéndose a Ammar):

Hurí de los jardines celestiales:

No me contento con amar tu gracia.

Quiero también penetrar su esencia...

(Omar, el soldado destacado por el Halcón, sigue a los encapuchados, cumpliendo las órdenes de su jefe).

Pasaje III

(UN CHATIB, desarrapado y sucio, rodeado de plebe y de chiquillería, entra en la escena, llegando del lado de la ciudad. Viene a pararse junto a unas cajas de madera que sirvieron para conducir al mercado efectos de los vendedores. Encaramándose sobre lo alto de las cajas, comienza a hablar. En torno de él van agrupándose hasta el final de la peroración, gentes de todas las clases y condiciones).

EL SANTON

(En tono de profeta fulminante).—Escuchad, ¡oh creyentes! lo que dice por mi boca el Libro de la Espada...

UNO DEL AUDITORIO

¡Arrojadle!

OTRO DEL AUDITORIO

¡Dejadle! Es divertido...

UNA VIEJA MUJER

¡Callad impíos! Es un siervo de Alah!

EL SANTON

(Colérico). ¡No os rebeléis contra mí, hijos del Andalus resplandeciente..! Que Alah es fuerte y el Emir Almumenim... (En tono de amenaza).

VARIOS DE LA MULTITUD

¡Echadle; echadle! ¡Que vaya a amenazar a las aldeas..!

OTROS DE LA MULTITUD

¡Santón, dí a tu señor africano que el Andalus es libre!

OTROS

¡Que venga Yusuff cuando quiera! (En son de reto y de chacota).

OTROS

¡Es un espía! (Por el Santón).

UN JOVEN CABALLERO

(Encaramándose sobre otra caja y haciendo silencio en la multitud). Este buen imán, ¡oh andaluces! viene a convertirnos para Alkorán y para el califa almora-vid, siervo de los imanes, del mismo modo que sus cofrades del Africa catequizan lamtunas y salvajes tribus, encaramados en los riscos de los montes. Que no diga cuando vuelva a su país que el Andalus no se presta a servir de escena para los teatros todos!

Ved: La caja en que se encuentra subido es un risco de la negra cordillera a quien Atlante legó su nombre. Vosotros sós lamtunas prestos a escuchar la voz de Alah el fuerte, y yo uno de vuestra tribu que os ha exhortado a escuchar al imán que a redimirnos viene de tenebrosos abismos que ultratumba os aguardan. Repartidos los papeles, empieze la farsa. ¡Hable el imán! (El caballero desciende de su tribuna. La multitud, regocijada, prorrumpe en risas y aplausos al orador).

VARIOS DE LA MULTITUD

¡Dice muy bien! ¡Que hable el Imán! ¡Que hable...!

EL SANTÓN

(Irritado). ¡Andalus, Andalus; hurí pervertida que abandonaste el harem del Profeta! ¡La Trompeta de Israfil, el juicio anuncia del Andalus, corrompido de impiedad... Ay de vosotros el día en que el Angel Gabriel sostenga la balanza, cuyos platos vendrán a contener el cielo y la tierra, suspendidos el uno del Paraíso y el otro del Infierno...!

¡Escuchad, infieles, la sura terrible de Alkorán Los que no crean serán vestidos de fuego; agua hirviendo caerá sobre sus cabezas y en el agua hirviendo se derretirá su piel; y se disolverán sus entrañas y apaleados serán con mazas de hierro... (La multitud ríe burlescamente. El Santón, algo mohino, prosigue más humanizado).

¡Orad y combatid, oh creyentes! La oración conduce al creyente hasta la mitad del camino del cielo; el ayuno le lleva hasta la puerta del Altísimo; la limosna le abre la entrada.

La espada es la llave del Cielo y del Infierno, y una sola gota de sangre derramada en defensa de la fe o del territorio del Islam, es más grata a Dios que el ayuno de dos meses.

¡Oh, creyentes! No digáis jamás que han muerto los que mueren en la pelea por la religión de Alah. Ellos viven, pero vosotros no entendéis de esto. ¡Oh, Profeta! Alah es tu apoyo y los verdaderos creyentes que te siguen...!

¡Andalus que no rezas a Alah y que con los perros cristianos convives.... ¡Ay del Andalus que ni ora ni combate contra los enemigos de la Fé, olvi-

dando al santo Profeta! Leéis en libros que no son Alkorán. La verdad terrible sólo en él está escrita. ¡La Verdad de la Naturaleza es contraria a la Verdad de Dios...!

¡Maldición sobre el pueblo engrandecido por la Ley de Alah, que contra el Profeta se rebeló: ¡Maldición sobre el Andalus, sobre Córdoba, sobre Granada, sobre Sevilla... ¡Sevilla, la ciudad adúltera e impía, corroída de vicios!...

El pueblo alborota y clama contra el africano, vociferando todos sin entenderse ninguno. Unos quieren que siga declamando para divertirse con el discurso. Otros se oponen a la pretensión de los primeros, pidiendo que sea arrojado el Santón.

Pasaje IV

(Atráidos por el tumulto y la corriente de la muchedumbre, vuelven al lugar de la escena ABUL KASIN, AMMAR y ROGERIO, vigilados siempre por el soldado Omar).

VARIOS DE LA MULTITUD

¡Nos amenaza y nos insulta!

OTROS

¡No puede durar más tiempo esta broma...!

OTROS

¡Dejadle... Dejadle... Que hable!...

OTROS

¡Está loco...!

AMMAR

Maldito aljafit... (1). He aquí la voz salvaje que el Africa grosera nos envía. De seguir en tal libertad los imanes para publicar sus insolentes fetvas (2) y el Africa para enviar a sus santones, seguramente en connivencia con los cadíes y los faquíes de nuestras Mezquitas, ¡oh Abul Kasin!, pronto te forzarán, como a Almansur, a encender hogueras con los libros acumulados en las bibliotecas del Reino, a derribar las estatuas de tus palacios y a destruir las pinturas que embellecen sus muros.

ABUL KASIM

(Sonriente). Mira el pueblo.

(La multitud sigue profiriendo burlas contra el Santón, quien gesticula enardecido, sin poder hacerse oír).

EL SANTON

Y será destruído el Charadjid, palacio pagano de vuestro Rey, y... (La muchedumbre aclama burlescamente al Santón, quien sigue gesticulando).

AMMAR

Yusuf, el califa africano, acecha el venir a España por segunda vez. Primero, señor, cadíes y faquíes, acusándote de tibieza y de sumisión con respecto a los cristianos, te forzaron a romper con el Rey de León y a llamar en auxilio de los príncipes del Islam, en el Andalus, al bárbaro Yusuff y a sus hordas morabitas. Ahora, el salvaje comendador de

(1) Doctrinero.

(2) Decretos de excomuni6n.

los creyentes, piensa acaso volver a España, pero, no ya como amigo y auxiliar, sino como conquistador. Y es él quien, seguramente, envía por delante de sí a esos doctrineros, en complot con los doctores de las aljamas (3) para sublevar al pueblo contra tí y dominarlo él, como restaurador del Islam y protector de la Ley del Profeta.

ABUL KASIM

Es cierto, Ammar, que estoy a punto de pagar muy cara mi impremeditación cuando por primera vez hube de llamar al califa moravid, y de despertar con su visita a estos territorios su codicia por poseerlos. El auxilio hase tornado en bárbara amenaza. Y esta amenaza no es Alfonso, el derrotado de Zalaca por las fuerzas coaligadas de Yusuf y las nuestras, quien ha de sufrirla, cuando en realidad triste se torne. Somos nosotros, los príncipes andaluces, los ahora amenazados de ser desposeídos. Pero, en cuanto al emirato de Sevilla, ¿crees tú que conseguirán las gentes de las mezquitas, partidarias de la intervención de Yusuf, ganar a mi pueblo? Ya lo ves. Tanto o más que a su Rey, repugna al pueblo el salvajismo del Mogreb.

ROGERIO

Jamás hubiera podido concebir en mi pobre y hermosa Sicilia, la existencia feliz de un pueblo como este. La Corte es una Academia presidida por el príncipe. Nadie hay que no sepa leer y escri-

(3) Mezquitas.

bir. Los más deliciosos frutos, aquí los he visto casi de balde. Aun no he llegado a percibir por los caminos viajando alguien a pie. ¿Cómo podrá rebelarse contra tal rey tal pueblo? Ni este pueblo puede tener otro Emir, ni algún otro Emir pudiera regir este pueblo.

ABUL KASIM

Ya lo estás escuchando, Ammar. Verdaderamente, Rogerio conoce a mi pueblo, aunque no sean ciertas las lisonjas a su Emir.

AMMAR

No hay pueblo en el cual no exista muchedumbre. En todo pueblo, la minoría es el pueblo; la mayoría es la muchedumbre, sin conciencia. Y, a la muchedumbre, la fuerza organizada le parece augusta, cuando la potencia de esta fuerza es superior a su potencia inconsciente. La muchedumbre es como el agua que, no pudiendo romper el dique, discurre esclava por el cauce que viniera a abrirla, un organizado poder. Si el poder de Yusuf es superior al tuyo, por el cauce moral que le abra Yusuf discurrirá la muchedumbre del Andalus, hasta que a través de los siglos, lentamente, el pueblo, la minoría, la ordene por otras madres. Y si hoy la muchedumbre sigue su curso por el cauce que le abrieras tú, dirigiéndose contra el califa africano, mañana, cuando encuentre en este un poder superior al tuyo, por los cauces de este poder se lanzará, señor, contra tí

Mira, príncipe mío, que los partidarios de Yusuf halagan el interés de ciertas clases poderosas,

que ejercen dominación incontrastable, cuyas raíces son nada menos que las conciencias de los muertos latentes en la subconciencia de los vivos...

ABUL KASIM

Y bien, sí: los faquíes me acusan de ser irreligioso; los cadíes metachan de ser despreciador de la Ley... Mi pueblo sabe que no. Mi pueblo sabe que lo de cierto en este asunto es que yo percibo esas realidades, religión y ley a través de cristales más transparentes que el cristal alcoránico; cristales limpios de sombras ancestrales, depurados por el genio de nuestra raza y por la reflexión de nuestra Filosofía.. El pueblo mira también a través de los cristales de su Rey. ¿Cómo, pues, podrá alguna vez seguirles?

AMMAR

¿Y los mercaderes? En tu reino sobran los ingresos de Aduanas para cubrir los gastos públicos. Los mercaderes se quejan, de que de este modo son ellos los únicos que vienen a pagar impuestos. Además, la rancia nobleza, de abolengo sirio o árabe, protege a los imanes; y, todos unidos, ¿no determinarán algún día, en contra de tí, a la plebe esclava? ¿No facilitarán así su conquista al emperador de los musulimes morabitas?

ROGERIO

Escuchad... Otra vez pretenden, en burla, hacer silencio para que se oiga la voz del Santón.

(Los partidarios de que el Santón siga perorando, imponen silencio humorísticamente a la multitud, con gestos y signos.)

UNO DE LA MULTITUD

¡Callad! Dice el Santón que, si lo atendéis, declamará sus últimas palabras.

OTROS

¡Que las diga y se vaya!

OTROS

¡Callad! ¡Viva el Santón!

EL SANTON

Porque vuestros príncipes son impíos y el pueblo duerme mientras el muezzín llama a los fieles, desde los altos alminares, a la oración del alba; porque desprecian a los imanes y forman en la pleiade maldita de los sabios que no respetan a Al Korán: porque los pueblos del Andalus se mofan, con sus emires, de los decretos de Alah, y están vacías las Aljamas, y las mujeres dejan los serrallos y se entregan a estudios de impiedad, o van por las calles con la faz descubierta, y departen con los hombres en escandalosas tertulias: esto dirá el Emir Al-mumenín, el gran Califa Yusuf, quien por la gracia de Alah, reina en el Africa sobre los buenos musulmes; En nombre de Alah Grande y Misericordioso (loado sea por los siglos) yo, el Emir de los creyentes, con el consejo de los doctores, declaro desposeídos a los príncipes del Islam en Occidente...

VARIOS DEL AUDITORIO

¡Fuera! ¡Fuera! ¡Puerco!

EL SANTON

Sobre el armazón de piedra del gigante Atlas,
semillero de mis huestes...

(La gritería de la multitud es espantosa. Varios derriban al Imán de su pedestal).

AMMAR

Indignad o.—¡Vendrá, señor, vendrá! Escucha mi consejo: Convoca a los emires; pacta alianza con los cristianos; asusta a los imanes y a los espías de Yusuf. ¡Sé prudente, señor!

ABUL KASIM

¡Bah! «La prudencia consiste en no ser prudente...» Nada podríamos ni el pueblo ni yo contra las tribus morabitas, las cuales, al querer el emperador, inundar pudieran toda la tierra del Andalus, como Occéano impetuoso. Sólo queda una esperanza: la de que el bárbaro califa, entretenido en otras guerreras ocupaciones, desdeñe nuestra dominación...

Si así no sucediera... ¡Y bien! Yo he soñado con una bella muerte heroica bajo la gloria de este sol. Sus rayos divinos jugarían en los lagos de mi sangre... ¡Y bien! ¡Todo sería, ofrecer con mi sangre, a mi sol, un espejo rojo en el cual vinieran a remirarse las irradiaciones doradas de su vivir ardiente!

Vamos, amigos; continuemos fraguando el poe-

ma por otras calles de tiendas, no profanadas por la voz de Africa, ni inquietadas por el tumulto del pueblo.

AMMAR

No es preciso. El Imán se aleja, prometiendo volver.

EL SANTON

(Rechiflado por el pueblo, sale de la escena gritando).—
¡Ay del pueblo que burla a los enviados de Alah!
¡Ya los fieles de Alkorán se aprestan contra el Occidente impío! ¡Ya los torrentes desgajados del Atlas siguen al que por Alah, vuela al combate!...

(La muchedumbre, vociferando, sale tras del Santón, quien vuelve a la ciudad. Al desaparecer el tumulto que ocultara una tienda de sedería, en el centro de la escena, aparece Romaiquia, en la puerta, dispuesta a vender sus mercancías).

Pasaje V

ABUL KASIM

¡Linda vendedora nos ocultaba el tumulto!

(El rey se aproxima al lado de la tienda, en el espacio libre entre ésta y la contigua, desde el cual se descubre la margen del río. Sus compañeros le siguen, situándose todos en dicho espacio)

¿Fué, acaso, la voz del Imán quién te evocó del cielo? (A Romaiquia) Hace poco hubimos de pasar por aquí y tú no te encontrabas en la puerta de esta tienda.

ROMAIQUIA

Yo he salido de la tienda atraída por el griterío de la multitud. Roimaic, mi amo, mientras el Imán hablaba, me dejó al cuidado de las mercancías y él fuese para la ciudad, con ánimo de volver pronto. ¿Desean comprar algo los señores?

ABUL KASIM

La seda que más nos agrada de la tienda no está en esas piezas de varios colores. Es la seda de tu piel.

ROMAIQUIA

(Con cierta tristeza) Está ya comprada, señor.

ROGERIO

(Contemplando la margen del río) Y es claro y verde el gran río:—De misteriosas ondinas—Dios los ojos forjaría—con el cristal de sus aguas.

AMMAR

(Emulando a Rogerio en un pugilato de improvisación)—Cuando es más bello, en la noche:—El cadáver de la luna—que insepulto en los espacios—Vaga la sombra encendiendo—en fosforescente llama:—en cada onda del río—pone una mirada triste:—trémulo fulgor que alumbra—como el fuego tembloroso—en que el alma de los muertos,—azulada y fugitiva—de la sepultura sale...

ABUL ASIM

¡Bién, amigos! Cada cual improvisó según su

genio. Cada cual percibió la belleza del río, según el cristal con que su espíritu mira al mundo.

Yo la veo de distinto modo:

Sierpe es el río de plata fundida—laterada con haces de sol.—Con su lomo terso como un diamante—Yo, un escudo, para el combate,—fragaría resplandeciente...

ROMAIQUIA

(Que ha observado con gran atención, escuchando con interés a los poetas).—Ningún puñal clavaría el escudo;—si como el frío del desamparo—común a las almas funde—y en su unión las fortalece—viniese el frío de la tierra—fundiendo, heladas, las ondas— a forjar dura coraza.

ABUL KASIM

(Sorprendido) ¡Por Alah, linda doncella; a todos nos superaste!

ROGERIO

(Asombrado).—¿Es posible?

AMMAR

(Secillamente).—No es extraño en el Andalus.
¿Te gusta la poesía, muchacha?

ROMAIQUIA

(Con gracia y desenvoltura).—Soy la Poesía, señor.

AMMAR

(Algo aturdido).—Lo creo. ¡La pregunta fué impertinente!

ABULKASIM

(Riendo).—!Por los dioses!, que las damas de la Corte reiríanse ahora de tu ingenio galanteador. Dime. tú, (a Romaiquía) que haces gala de un genio poético superior al de los poetas consagrados por la fama, ¿serías capaz de acometer la obra que voy a encomendarte? Como un portento creado por la vida en su trabajoso ansiar de belleza a través de los siglos, yo, el último de sus soldados, vendría a adorarte con mi ardiente fé.

¿Qué os parece, señores? ¿Pudiera esta muchacha rematar el poema que discutíamos hace poco?

AMMAR

No sería imposible, señor. Las más famosas poetisas que en Córdoba y Sevilla emularon y emulan a la cantora de Lesbos, no hubieran improvisado tan pronta y bellamente como esta sirviente de un mercader.

ROGERIO

Si mi asombro no fuese ya grande, bastaría este hecho para colmarle, dejándome pasmado de admiración.

ABUL KASIM

Veamos hermosa niña. Los señores y yo departíamos hace unos momentos, investigando los versos que mejor concluyeran el poema este. (Desenrolla el pergamino que antes hubo de leer). Un enamorado (nadie deja de estarlo alguna vez de una sombra de be-

jeza: de Realidad Suprema que en vano se busca por el Mundo.) finge haber llegado a conseguir su aspiración. Sobre la Tierra encuentra un ser celestial: una hurí. Las huríes, según una interpretación de Alkorán y de la Sumna hecha por el Andalus, solo pueden vivir respirando el ambiente del Paraíso. El de la Tierra es impuro y denso y vendría a asfixiarlas, como a un hombre sumergido en las aguas de un infecto pantano. Nuestros padres, además, decían que uno de los efluvios que componen el paradisíaco ambiente, es el de las heridas de los muslines que mueren en los combates de Alah. Y, el enamorado, herido de amor, dice en el poema: ¿Es que el efluvio de la herida mía, sobre la Tierra te fingió un Edén?

Así solo puede explicarse la existencia de una hurí en nuestro planeta.

He aquí como el poeta expresa su pensamiento:

Hurí de los jardines celestiales,—no me contento con amar tu gracia,—quiero conocer y aspirar su esencia.—Del radiante Edén de muslines fieros —en donde es aroma el efluiar de heridas—de los que murieron en combate santo—viniste al Andalus, dulce patria nuestra—¿Es que el perfume de la herida mía—en el Andalus te fingió un Edén?

Poco más hay escrito. Pero este poeta (dirigiéndose a Ammar) dice: Si la hurí fué la causante de la herida de amor y la hurí habita en el Paraíso, ¿cómo el enamorado pudo verla sobre la tierra? Y si no la pudo ver. ¿cómo llegó su visión a herirle? Y

si no le hirió, ¿cómo pudo emanar su herida el paradisiaco ambiente que sobre la tierra fingió un Edén atrayendo engañada a la hurí?

Y así departíamos cuando la voz del Imán hubo de convocarnos con la muchedumbre frente a la puerta de tu tienda.

AMMAR

(Mirando expresivamente al príncipe.) Muchacha: puesto que aceptamos tu bello arbitraje, ¿quién tenía razón, el crítico o el poeta?

ROMAIQUIA

Un poeta no fingido, jamás se equivoca. Un corrector sincero, siempre puede tener razón. Yo compuse poesías a hurtadillas de mi amo el mercader.

No sé si podré acertar a completar la obra de un poeta famoso, resolviendo las contradicciones del poema.

Pero, dadme, señores; haré por continuarlo.

ABUL KASIM

(Emocionado y significativo.) ¿Serás tú la hurí? Si lo eres, haz lo que dices!

(El Rey entrega a la doncella el pergamino.)

ROMAIQUIA

(Empieza a leer en silencio. Después continúa a medi voz.) ¿Es que el perfume de la herida mía—en el

Andalus te fingió un Edén?—Porque esta herida que tu amor causara—no exhala de macho tembloroso—que lujuria aúlla en la selva virgen—erguidas las cerdas crepitantes—el acre olor, nuncio a las ninfas,—de Pan en el sagrado bosque;—cuyo seno misterioso guarda—la pureza de celestes lagos...

(Romaiquia calla unos momentos, reconcentrándose en sí; el pergamino cae de sus lindas manos y sigue recitando con voz queda y temblorosa, con voz de iluminada.)

Ansia de belleza mana mi herida,—ansia de belleza pura e inmortal...—¡Oh, tú, muslim que en el combate mueres—por la santa causa de Alah poderoso!—Tu anhelo es igual al anhelo mío; igual es la herida que mana tu anhelo,—si la muerte no afrontas como vasallo—que esclavo servil, adulando ofrenda—su vida humillada a un alto señor...—Hombres potentes y bellos y heroicos—Amor y Dolor; Fuerzas y sonrisas,—gestos todos de Natura madre,—dioses fueron y copas vacías,—apenas gustados, de esencia inmortal.—Amor a estos dioses, herida es de Dios.—Vacías las copas, los hombres sedientos:—Más, gritan, más; y, alados creando—en Alah del cielo que no vieron nunca—la copa sin fin de un eterno Dios,—al combate van por saciar en ella—su sed de belleza para no morir.—Mujeres, destellos de mujer celeste—de celeste mujer, matices distintos,—irisaciones de una belleza,—luz que sois varia, una en el seno—de la blanca luz de Femenidad.—Los hombres os aman y apenas gusta-

das—vacías las copas, los hombres sedientos:—¡Más, gritan, más!, y alados buscando—en mujer celeste que no vieron nunca—la copa sin fin de suma mujer—al combate van, y crean a Afrodita.—Copa de mujer que jamás se extingue,—esencia inmortal de mujeres todas—de toda mujer, resumen divino... Y así de belleza, hidrónicos siempre,—de mujeres y dioses la esencia absoluta—buscando en la tierra vendréis a crear—la divinidad una que a toda belleza—en una belleza vendrá a resumir. — ¡Será la Belleza Suma de Alah...!

Ansias de belleza mana mi heria—ansias de belleza pura e inmortal—ansias de Dios que fraguan a Dios—ansias de Edén que crean el Edén.—En el creado Edén son el aroma—que a aspirarse viene como premio santo—y al ser mis ansias ambiente del cielo—¡el ambiente del cielo es de bella inquietud...!

Y, así, ¡oh hurí!, te atrajo a la Tierra—del cielo perfume... el anhelo mío...

Hurí de los jardines de Mohamed.—Mujer celeste del Edén de Alah,—no me contento con amar tu gracia,—quiero fundirme con tu suma esencia...

(La voz de Romaiquia tiene una sublime vibración profética y se timbra al final de dulzura suave y temblorosa.)

ABUL KASIM

(Conmovido.) ¿Quién eres, dí?

ROMAIQUIA

Me llamo Itimad: pero todo me dicen Romaiquia; porque mi dueño es Romaic.

ABUL KASIM

Pues bien, Itimad: a tí buscaba yo. Quiero llevarte y nada se opondrá a mi propósito. (Vehemente) Ammar, vé y que traigan una litera.

(El Rey señala a Ammar el camino de la ciudad con gesto imperativo. Ammar sale a cumplir el mandato.)

ROGERIO

Dime, por tu vida, Romaiquia. el dramático misterio que esencie la historia de tu existencia.

ROMAIQUIA

Ninguno, señor. Quedé huérfana a los pocos años. Mi padre fué guerrero. Sola y niña hubo de tomarme Romaic.

ABUL KASIM

Itimad: He enviado por una litera para conducirte. Me dejé arrastrar por el impulso de mi vehemencia... Quiero, no obstante, consultar tu voluntad soberana.

¿Te agradará venir conmigo?

ROMAIQUIA

Yo...

ABUL KASIM

¿No quieres? Tú lo has dicho: la poesía eres

tú. ¿Por qué ha de estar la poesía esclavizada en la tienda de un mercader? Para ella, el Poeta, en su espíritu, tiene un templo; y el Príncipe te brinda en su Alcázar, un pobre Palacio.

ROMAIQUIA

¿El Príncipe...?

ABUL KASIM

Quiero que ahora conozcas únicamente al Poeta. (Se levanta el capuchón de modo que sólo Romaiquia le contemple el semblante.)

Itimad: yo hube de decir en cierta ocasión: la Belleza existe; la Copa no la encuentro.

Bostan unos puntos suspensivos para rectificar ahora la blasfemia de un instante.

La Copa de las bellas plenitudes—en que beber aspira mi inmortal anhelo,—esa Copa de infinita fragancia, — ¡es tu boca, Romaiquia! ¡Itimad: eres tú!

Eternidad de inquietudes divinas,—llegará un instante, luminoso abismo,—que abrirá ante mi Eternidad mejor,—ansias potentes que aspirando crean,—en combate sin tregua, la Realidad, al fin—mis ansias de belleza, eternal Romaiquia,—en tí encarnaron soberano aliento—y crearon en tí, el Hecho Divino.

Ven, conmigo.

ROMAIQUIA

¿Lo permitirá mi dueño?

ABUL KASIM

Itimad: yo creo en la esclavitud. Esclavos son los hombres que necesitan señor. Libre es el hombre que se siente y cree señor y que como a señor se gobierna y gobierna a los demás.

¡Malditas leyes que hacen de la Ley caricatura!
¡Tú eres libre! ¡Tal vez sea tu esclavo tu señor!

ROMAIQUIA

He aquí que mi señor llega.

Pasaje VI

(Romaic, el viejo mercader, arriba, en efecto de la ciudad. Primero mira con extrañeza a los encapuchados ante su tienda. Después con desconfianza.)

ROMAIC

(Aproximándose).—¿Desean comprar algo los señores?

ABUL KASIM

Deseamos redimir la libertad de tu señora, Romaiquia.

EL MERCADER

(Con ira.) No tengo a esta muchacha para atesorar galanteos de jóvenes desocupados.

ABUL KASIM

Formalmente, te propongo la cesión de tu sir-

vienta. Cuanto me pidas por ella, yo llegaré a dár-telo.

ROMAIC

Aquí se compran objetos y se viene a pagar en moneda real.

ABUL KASIM

Moneda real yo te entregaré, Romaic.

(Los ojos del mercader empieza a brillar de codicia. No obstante, vacila aún. Cree todavía que aquella gente noble y desocupada pretende embromarle.)

Buen Romaic, pide. ¿Cuánto deseas recibir a cambio de la cesión? Cuanto exijas, te será pagado.

ROMAIC

(Ablandándose.) ¿Pero hablas formalmente, señor?

(Ammar llega dentro de la litera que conducen dos jayanes.)

AMMAR

(Saliendo de la litera.) Tu mandato fué cumplido, señor. Aquí tienes la litera para conducir a la joven.

ROMAIC

(Dándose cuenta de que le pretenden arrebatarse a Romaiquia.) ¡Adentro, Romaiquia! ¡Obedece!

ABUL KASIN

(Señalando a la muchacha la litera.) ¡Adentro, Iti-maó...!

ROAMIC

(Interponiéndose.) ¡Eso no será!

AMMAR

¡Atrás, esclavo!

(Ammar rechaza al mercader contra la tienda y le arroja una bolsa de oro.)

ROMAIC

(Cogiendo la bolsa y vislumbrando en la resistencia un mejor negocio.) ¿Así vas a olvidarme, Romaiquia? ¡Favor, favor, que me roban mi tienda!

ROGERIO

(Tapándole rápidamente la boca.) ¿Callarás, maldito?

(Omar, el soldado vigilante puesto por el Halcón Gris para seguir a los tres caballeros, interviene rápidamente. La gente empieza a aglomerarse ante la puerta de la tienda. Durante el curso de esta escena, no dejan de llegar paseantes que asisten curiosos al suceso. Los mercaderes salen de sus tiendas para presenciar también el desarrollo de la cuestión.)

OMAR

No hay derecho a hacer fuerza a nadie. ¿Qué pretendéis, caballeros?

ROGERIO

Este hombre (señalando a Romaic) nos ha cedido su sirvienta a cambio de la bolsa de oro que ves en sus manos.

AMMAR

Y, ahora, el malvado no quiere dejárnosla venir.

ROMAIC

¡Mientes! ¡Mientes! ¡Yo no la he cedido! ¡Es falso, es falso...!

AMMAR

Levantando el cortinaje de la litera, sin hacer caos del soldado ni del mercader.—Pasa, señora. (Invitando a Itim ad, a quien toca en el brazo.

ROMAIC

¡No será, no será...!

OMAR

Tiene razón este hombre. ¡Eh, tú! (A Ammar.) Deja a la muchacha. Y vosotros (a los jayanes) llevaos la litera. Venid y resolverá este pleito el cadí de los mercados.

AMMAR

(A los jayanes.) ¡Permanece aquí! ¡Lo mando yo!

Pasaje VII

El Halcón Gris entra en escena acompañado de varios soldados. Los mercaderes murmuran a favor de Romaic; entre el pueblo se dividen las opiniones.

UN MERCADER

Tiene razón Romaic. ¿Por qué ha de perder su sirvienta? Es suya.

UNO DEL PUEBLO

¡Que diga élla misma con quién prefiere marchar y que se haga tal como su voluntad lo quiera!

VARIOS DEL PUEBLO

¡Muy bien, muy bien! ¡Que sea hecha su voluntad!

OTROS

Que los lleven ante el cadí.

EL HALCÓN

¡Callad y abrid paso! (se lo abre a fuerza de puños).

VARIOS DEL PUEBLO

¡El Halcón!...

EL HALCÓN

¿Qué ocurre, Omar?

OMAR

Ocurre que estos hombres se empeñan en llevarse en la litera a esta muchacha. Su dueño el mercader Romaic, se niega a ello. Los señores, sin embargo, alegan que éste hubo de cedérselas por una bolsa de oro.

EL HALCÓN

Bien suponía yo que estos encapuchados venían a turbar la paz en el mercado y a burlarse de los

vendedores. Muchachos: Llevadlos al cadí y que aclare la Justicia este asunto.

AMMAR

Por el Halcón.—¡Imbécil!

A Abul kasím.—¡Te van a descubrir, señor!

EL HALCÓN

A Ammar en tono autoritario.—¿Qué es lo que tú murmuras?

AMMAR

En tono despectivo.—Digo lo que me parece.

EL HALCÓN

Amoscado.—Ten la lengua y dinos quién eres.

AMMAR

¿Qué te importa?

EL HALCÓN

A Rogerio a quien tiene cerca de sí.—¡Eh, tú, levanta el capuchón!

El Halcón destoca la cabeza a Rogerio, descubriéndole el semblante.

ROGERIO

¡Miserable!

EL HALCÓN

¡Ea, ya se cansó el Halcón de aguantar el misterio! (Gritando a sus soldados). ¡Coged a ese! (por Ammar.

Y tú (se dirige a Abul Kansim) ¡descubre el rostro enseguida!

El Rey rehuye la acometida y se separa unos pasos del Halcón.

¿No quieres? lo harás de grado a por fuerza Intentando sujetarle agarrándosele al alquicel.

ROGERIO

(Desnudando la espada). ¡Atrás, malvado!

AMMAR

(Imitando a Rogerio). ¡Quieto, Halcón, o te atravieso el vientre!

EL HALCÓN

(A sus soldados). ¡A ellos, muchachos!...

Los soldados esgrimen los alfanjes y se disponen a acometer a los rebeldes. La multitud rehuye y hace cerco a los combatientes. Romaiquia se cubre el rostro con las manos. Romaic se sitúa aterrado adentro del dintel de su tienda.

ABUL KASIM

¡Teneos todos! (con voz autoritaria) ¿Qué deseas, Halcón? ¿Llevarnos ante el cadí? ¡He aquí la voz del que está por encima del cadí de los cadíes! Itimad quiere venir con nosotros y esto se lo impide su dueño Romaic. Decid: ¿Puede ser esclava de su vasallo, una reina? Las leyes todas aspiran a traducir en el mundo la ley que Alah para el mundo vino a promulgar desde el Cielo. Y esta ley, al noble de

espíritu, hizo libre y señor del ruín de alma, a quien naturalizó eselavo. Y el espíritu soberano Alah lo ungió Rey desde el principio de los siglos, otorgándole plena potestad para derogar las leyes contrarias a la Ley de Alah...

EL HALCÓN

(Impaciente) A callar y a obedecer, charlatán encapuchado. ¿Te vas a burlar de mí? ¡Eh, u os rendís de buen grado o por Alah que, vivos o muertos, ante el cadí habréis de ser conducidos!

AMMAR

Quiero hablarte, Halcón. ¿No consentirás en escucharme unas cuantas palabras en secreto?

EL HALCÓN

El Halcón no oirá nada secreto. El Halcón quiere jugar claramente en todos los asuntos. Y menos que a nadie a tí, que te mantienes con la capucha calada y el alfange en la diestra.

¡Ea, rendíos los dos! (a Rogerio y a Ammar que esgrimen aún sus armas).

¿No queréis? ¡Pues matadlos! (en tono de mando a sus soldados).

(Los soldados van a acometer nuevamente, defendiéndose Rogerio y Ammar).

ABUL KASIM

(A los dos caballeros) Ammar, Rogerio: ¡Volved las armas al cinto!

(Los dos señores obedecen con sumisión).

¡Quietos, soldados de la guardia. Lo mando yo!

(Los soldados se detiene un tanto, contenidos por el imperativo del Rey).

EL HALCÓN

(Iracundo a sus soldados). ¡Amarradlos, y sea el primero este charlatán que osa ordenar en donde está el Halcón Gris!

ABUL KASIM

Dice el que está por encima del Cadí de los cadíes: ¡Halcón; paso a tu Reina!...

Abul Kasim sonriente, se destoca la cabeza descubriendo el rostro).

EL HALCÓN

(Asombrado). ¡El Rey!

LOS SOLDADOS Y EL PUEBLO

(Respetuosos). ¡El Emir!

ROMAIC Y ALGUNOS MERCADERES

¡Señor!

(Todos se inclinan y retroceden, mostrando un respeto religioso. Romaic llega a tocar con la frente el suelo).

ABUL KASIM

(A los jayanes que conducen la litera). ¡Acercaos!

(A Itimad). Entra, señora. (El Rey invita a Romaiquia a pasar al interior del vehículo, inclinándose ante ella

mientras sostiene el cortinaje. Romaiquia, silenciosa, obedece a Abul Kasim).

(Al pueblo). Has de saber, pueblo, que es función del verdadero soberano investigar y alumbrar la realeza oculta. Y, en esta tienda, se alojaba una realeza escondida. (A Romaic) Mercader: ve mañana a Palacio por el precio que a tu arbitrio fijares como valor de la que fué tu sirvienta. Para tí era una esclava. Para mí es una Reina. La Reina Itimad. Por ser uno con esta Reina, mi nombre será el mismo suyo en nombre de varón: Ella se llama Itimad. Yo me llamaré Motamid...

El Rey penetra en la litera con Romaiquia. Los soldados presentan las armas, y la muchedumbre extiende los brazos en señal de sumisión, mientras el vehiculo, conducido por los jayanes, empieza a marchar hacia la ciudad, seguido por Ammar y Rogerio.

VARIAS VOCES

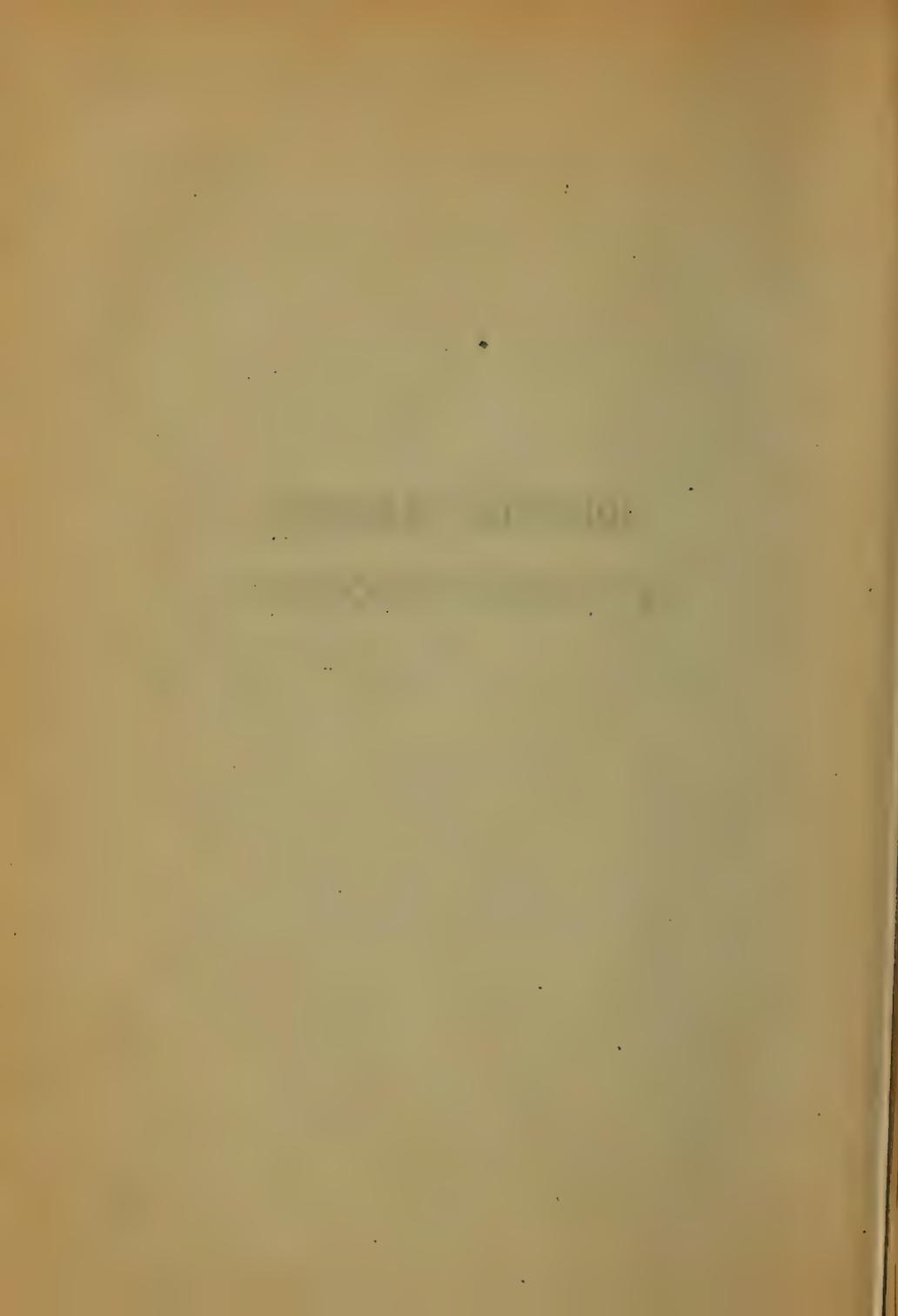
¡Salud al Rey Motamid!

OTRAS VOCES

¡Guarde Alah al Emir de Sevilla!

JORNADA SEGUNDA

El triunfo de la Realeza





Escenario

Salón de la Reina en el Alkázar de Córdoba.

En el fondo, un ajimez con vistas a la Sierra.

Las puertas del ajimez están cerradas.

Es de noche. HABIBAH y AIXA se ocupan en el exorno del salón. Dirigen a los criados, quienes cuelgan tapices, tienden alfombras y disponen la colocación de luces, pebeteros, cogines, etc., los cuales objetos van entrando otros servidores del Palacio.

HABIBAH

(Con cierta languidez). — ¡Oh, Aixa mía! ¡Con cuánta pena hube de salir esta tarde de Medina Zahara!

¡Qué bellos días los de nuestro descanso en la encantada ciudad! Jamás los ojos, siempre abiertos de la favorita del gran califa Abderramán, los ojos de fijo y expresivo mirar de la estatua de Zahara, tallada en la puerta del Palacio; jamás vieron entrar

en el magnífico recinto de la Medina, un tan lucido y brillante cortejo.

AIXA

Sin embargo, el Palacio ha perdido mucho desde la época de Abderramán y Alaken.

HABIBAH

Sí. Durante el gobierno de la República Cordobesa, la Medina hubo de sufrir un lamentable abandono. Los ojos de la imagen de Zahara, en su eterno mirar hacia el valle riente, extrañarían durante todo ese tiempo el silencio de olvido de su poética tumba, aguardando en vano la irrupción de aquellas oleadas de clamores y de colores que durante los días de la grandeza imperial, se llegaban a la gran plaza para concertar en los torneos reales, poemas brillantes, con el ritmo armonioso del sonido y de la luz. Cada caballero jugaba un verso; cada dama una estrofa, en aquellos poemas sonoros y resplandecientes.

La Princesa muerta, dejó también de ser arrullada en su sueño divino, por la dulce salmodia de los versos nostálgicos cantados por las princesas vivas, con voces de plata, en la azul transparencia de las noches del Andalus. ¡Delicadas princesas, para siempre enmudecidas, que en los jardines edénicos del Palacio más bello de la tierra, rivalizaban en inspiración con la suprema poetisa de Mitilene!

Pero los buenos tiempos volverán para la Medina. Motamid quiere restaurarla para mansión de Itimad. ¿Desde cuándo, Aixa, no te has recreado por aquellos jardines?

AIXA

Desde la anterior estancia de Romaiquia en Córdoba. También hubimos de gozar allí un agradable descanso.

HABIBAH

¡Si tú hubieras visto, Aixa amiga! Hemos descansado en Medina durante tres días inolvidables. A toda hora, el certamen ha estado abierto. Hombres y mujeres en continuo pugilato poético, científico o artístico; interrumpido a veces por las travesuras de Itimad. Todos los atardeceres, en la gran plaza que, ante el Pórtico principal, se extiende arenosa, los jóvenes caballeros y los principales vazires, contendían en torneos airosos. Las veladas, jugábamos en los jardines, adornando los árboles y los macizos de flores con iluminaciones fantásticas.....
Aixa: ¿tú no conoces al Djaili?

AIXA

¿No es un poeta de la Corte? Versos suyos, sí recuerdo haber leído. Pero al Djaili no le conozco.

HABIBAH

Pronto habrás de conocerle, pues en breve lle-

gará a Córdoba... ¿Te parece, Aixa, que demos ya por concluído el exorno del Salón?

AIXA

Creo que está ya suficientemente arreglado para recibir a la Reina. (A los criados que, habiendo concluído, aguardan órdenes junto a la puerta del Salón). Podéis retiraros. (Los criados se retiran).

HABIBAH

Pues, sí, Aixa: el Djaili es muy divertido. Yo gozo mucho haciéndole rabiarse. ¡Cómo nos ha distraído! Es un tarabilla que habla en verso. Inocente y candoroso, siempre estábamos ideando travesuras para reirnos de él.

Verás una:

¿Conoces a Thofail, el filósofo?

AIXA

¡Ya lo creo! Es hombre muy serio, excesivamente circunspecto y no a propósito para jugar bromas.

HABIBAH

(Riendo).—Pues hubo de jugarla a la fuerza. Verás. Una noche, la primera de nuestra estancia en la Medina, Itimad dijo a Thofail.—«Filósofo, acompáñame mañana al amanecer en una excursión que haremos a la Alquería de Ben Abbás. Este me ha ponderado su labranza y quiero verla. Solamente nos acompañarán Myriam y Ben Alwacil, el inge-

niero de los riegos. Una nave nos aguardará en la Ribera del Rio».—Enseguida, Thofail, fuese a acostar, para levantarse al amanecer, agradeciendo el honor que le hacía la señora. Y con ella fué el desprevenido filósofo a la excursión. Nosotros, entonces, los que habíamos concertado la broma con Romaiquia, apenas los vimos marchar, hubimos de entrar en el cuarto de Thofail. Los conjurados éramos solamente, Hixen el médico, Sobheya la camarista, y yo. Hicimos un muñeco de serrín y lo metimos en un féretro, el cual vinimos a colocar, envuelto en un sudario, en el mismo centro del cuarto del filósofo. Entonces, Hixem, se situó gravemente a la cabecera del féretro y nosotras salimos a llamar a unas criadas para que, dolientes, plañeran.

¡Por Alah, que hubimos de escandalizar el Palacio en todas direcciones!, porque por todos los corredores y galerías íbamos gritando: ¡Ay, pobre Thofail, que ha muerto de repente! ¡Ay, pobre Thofail, cómo se va a disgustar el Rey!... ¡Ay, pobre Thofail, que gran filósofo pierde el Andalus!

Todos los caballeros y todas las damas íbanse despertando al oír nuestros gritos; y, luego, corrían todos hacia las habitaciones de Thofail, preguntando: «Pero, ¿qué ha ocurrido?» Y unos a otros se respondían: «Dicen que Thofail, el filósofo, ha muerto de repente.» Así fueron llegándose, durante toda la mañana, a la habitación del féretro, en cuya cabecera, con lúgubre aspecto, encontrábase el médi-

co del Rey, Hixem. ¡Pobrecito! ¿De qué ha muerto? preguntaban los recién llegados: Hixem repetía tristemente: «De una apoplejía, señores.»

Hasta que vimos aparecer al Djaili, quien, desde que se enteró en su alojamiento, para no dejar de hablar, empezó a enumerar y a criticar las obras del filósofo difunto; y, así, ocupado en esta tarea, venía andando por los corredores. «¿De qué ha muerto?» —preguntó el Djaili, en llegando a la cámara mortuoria. Hixem contestó: «De una apoplejía». —El Djaili, entremetido como siempre, replicó, —«Hay que embalsamarle y llevarle a Córdoba. Merece el difunto, que el Rey asista a su entierro, descubierto, a la cabeza de la comitiva, como hace en los entierros de todos los sabios.» —«No puede ser, alegó el médico. Está muy corrompido y habrá necesidad de enterrarle enseguida.» —«No huele», volvió a decir el Djaili. —«Olerá pronto», replicó el médico.

En efecto, el médico había preparado, con no sé qué drogas infernales, una pequeña cajita, la cual, en abriéndola exhalaba un olor insoportable, como de cadáver corrompido. Tenía depositada la caja debajo del muñeco, e inclinándose hacia el féretro, como para reconocer a Thofail, abrió la cajita. A poco, el Djaili se llevó las manos a las narices y exclamó espantado: «¡Ya huele...!» Yo, entonces, desde la puerta de la estancia, le imploré llorando: «¡Oh, Djaili, ¿quién mejor que tú para componer un epitafio en honor de Thofail?»

Rodeado por todos, se sentó a escribir en la habitación contigua y, en un pergamino, fraguó el epitafio más dolorido y quejumbroso, más pomposo y erudito que jamás se compusiera a ningún muerto ilustre.

—¡Firma con letra muy grande, Djaili!—dije yo conmovida.—Lo merece ese poema.

El cuitado, envanecido, escribió su nombre con letra tan grande que desde muy lejos perfectamente se percibía.—«Ahora, continué, cuelga el epitafio en la cabecera del lecho mortuario».—El Djaili, con la mano sobre la nariz, entró orgulloso en el cuarto fúnebre y clavó el pergamino sobre el lugar indicado.

Por la tarde se hizo el entierro. La Corte entera asistió al acto, contristada. El Djaili repetía a todo el mundo su epitafio.

A media noche regresó inopinadamente, la Señora, con los excursionistas. Todos la aguardaban al siguiente día, y nadie había despierto en el Palacio. Thofail, pidió permiso para acostarse, y se fué a su habitación.

A poco, los conjurados le oímos gritar: «¡Por los dioses, imbécil poeta, que no te burlarás más de mí con grotescos epitafios e inundándome el cuarto con olores nauseabundos!»

Ocultos, vimos a Thofail quien, trémulo de ira, salía de su albergue y se llegaba, entrando en la habitación del Djaili. Figúrate, Aixa, la impresión

del poeta al verse zamarreado en la cama por un hombre a quien había visto cadáver putrefacto y a cuyo entierro había asistido en la tarde anterior. Un grito de horror, lanzado por el Djaili, llegó hasta nosotros y a poco, el pobre poeta, casi desnudo, desencajado y pálido, con los cabellos erizados y espantados los ojos, salía de su cuarto huyendo, perseguido por Thofail, quien virilmente le vapuleaba gritando:—«¡Perro: cobarde... Para que te acuerdes de Thofail...!»

Itimad, compadecida, nos invitó a salir al paso del fugitivo.

—¿Qué es eso, buen Djaili?—preguntó la señora.

Thofail quedó inmóvil, ante la intervención de la Reina.

El Djaili, tardó un buen rato en salir de su estupor, y contestó así:

—Señora: que yo ya soy ortodoxo: y reniego de todas mis heregías; que creo en que las almas de los muertos penan...—Y miraba espantado al adusto Thofail.

—Y tú, dijo a éste, Romaiquia: ¿Por qué golpeas al Djaili?

—Señora, dijo el filósofo; porque ha tenido la osadía de escribirme un epitafio.

—¿Tan malo era, Thofail?—repuso el Djaili.—Mira, sombra venerable, que impresionado con tu muerte yo lo compuse con la mejor intención. Tho-

fail, intervino amenazador:—¿Lo ves, señora? Aun se burla de mi este perro.—Pero, ¿qué está diciendo?, preguntó, fingiendo extrañeza, Romaiquia.—Señora, dijo El Djaili, restregándose los ojos y creyéndose víctima de una pesadilla: Yo compuse el epitafio por encargo de Habibah, cuando hubimos de ver muerto a Thofail, en su propio cuarto, esta mañana. Después, por la tarde, lo recité en su entierro, momentos antes de aquel momento en que hubieron de sumergir el cadáver mal oliente del filósofo en la negra morada de la Tumba. Y, ahora, esta sombra, entró en mi habitación helándome de pavor en el lecho... Y lo que me sorprende es que vosotros la veáis también sin terror alguno.—¡Este imbécil está borracho!, exclamó desesperado Thofail.—¿Tú qué sabes de esto, Habibah?, interrogó la Reina.—Yo, señora, contesté, que ni he encargado a El Djaili epitafio alguno, ni entiendo nada de lo que dice sobre la muerte y entierro de Thofail.

¡Válgame Alah y qué aspavientos hizo entonces El Djaili! Si lo hubieses visto, Aixa, te mueres de risa. Pero su asombro rayó en pasmo petrificador, cuando hubo de hablar de la apoplejía, del embalsamamiento del cadáver y del médico Hixen y éste negó en redondo todas aquellas escenas que El Djaili juraba haber presenciado.

Thofail se acostó persuadido de la borrachera de El Djaili. Este fué conducido a su cuarto, convencido de que todo había sido una pesadilla es-

pantosa; y nosotros hubimos de aguardar vigilantes al nuevo día, en el cual vimos cómo los más graves personajes corrían asustados cuando el fantasma de Thofail iba a acercárseles; hasta que extendida por la Medina la noticia de su resurrección, todos, hasta el mismo Thofail, reían la broma.

AIXA

Fué ingeniosísima verdaderamente la ocurrencia. Pero no es preciso que la Corte venga a Medina, para estar alegre... Yo recuerdo que en Sevilla...

HABIBAH

Sí, también en Sevilla... ¡Pero este encanto que tiene Medina!...

Este mismo viaje a Córdoba me huele a combinación de algo ingenioso, y de oculta trama. Nadie esperaba salir tan pronto de la Medina, cuando he aquí que inopinadamente, el intendente de Palacio, hubo de decirme esta tarde: «Habibah, irás a Córdoba y dirás a Aixa que esta noche habrán de quedar arregladas las habitaciones de la Reina para recibir a la señora. Tu palanquín está preparado. A media noche estaremos todos allí, para esperar al señor, que regresa de Granada.» Y añadió recalcando mucho esta orden: «De ningún modo vayais a abrir los maderos que cierran el ajimez del fondo del salón».

Y bien, Aixa, sin duda no ignoras tú lo que esto significa. ¿Quieres explicármelo?

AIXA

(Enigmática y sonriente). Nada puedo decirte, señora. El Rey ha encargado que este asunto sea llevado con gran sigilo. Dentro de pocos instantes se desvanecerá el enigma.

HABIBAH

Aixa, te ruego me adelantes alguna noticia: Me muero de curiosidad.

AIXA

No puedo adelantarte noticia alguna. Si acaso, por complacerte, sólo te puedo ofrecer algún antecedente de la cuestión.

HABIBAH

Dí, pronto, señora.

AIXA

¿Tú estuviste aquí hace cuatro meses, cuando la Corte vino a Córdoba recién conquistada por Motamid?

Es una fecha para mí bien grata. Yo era una humilde profesora de erudición quien, unas veces en Córdoba y otras en Sevilla, ganaba mi vida dando lecciones de casa en casa, a los niños y a las doncellas.

HABIBAH

Sin embargo, Aixax; tengo entendido que perteneces a una rama ilustre del tronco moawita.

AIXA

Es cierto. Mi padre era nieto de aquél dulce

emperador que se llamó Abderramán V. Estoy orgullosa de la sangre omniada que me legaron mis padres. Pero ellos quedaron arruinados cuando la disolución del califato y el advenimiento de la República. El Mexuar de Córdoba nos hubo de conceder generosamente una pensión; pero fué rechazada por mi padre, y yo me vi precisada a recurrir al trabajo para sostener mis propias atenciones. Estaba Itimad en Medina Zahara, cuando hubieron de hablarla de mí. Me rogó que fuera a visitarla, y llegó a acogerme con gran benevolencia. A los pocos días vinimos todos a Córdoba; Romaiquia me confirmó el cuidado de estos Alkázares; me retenía a su lado constantemente; me hacía guardar consideraciones excepcionales y hablaba entusiastamente conmigo sobre las grandes poetisas de mi familia y sobre la gloria de mis antepasados, encarnada en el esplendor soberbio del Imperio cordobés.

Por esto, tuve ocasión de presenciar la escena que voy a contarte y de la cual sólo un vago rumor llegó a la Corte, quien seguramente lo habrá ya olvidado.

HABIBAH

(Esforzándose por recordar). Yo he olvidado esa noticia, si por acaso llegué a conocerla.

AIXA

Es el caso que, durante una de las últimas no-

ches de la estancia del Rey en Córdoba, hubo de nevar copiosamente. La Sierra, momentos antes de apuntar el amanecer, parecía una luna gigante. El Sol llegó conducido por un alba perezoso. Y tanto impresionó el inusitado espectáculo al astro del día, que por contemplarle mejor, disipó con sus rayos ardientes todas las nieblas del cielo. La Sierra, entonces herida por el mirar del Sol, manó por sus heridas, que irradiaban haces de luz, torrentes fúlgidos de agua, como plata derretida. Pero he aquí, que todo penetrante mirar viene a desnudar de sus vestiduras y a desvanecer las superficiales apariencias de las cosas, que de esta manera vienen a ser miradas. Y, así, la Sierra bajo el mirar del Sol, fué desnuda de la pureza de sus vestidos blancos y recobró el color bermejo. Así fué desnuda la Sierra por el Sol enardecido, como por el lujurioso amante lo es una desposada, del blanco traje de novia, en la cámara nupcial.

Itimad, acodada en el alfeizar de este ajimez (Aixa señala el del fondo) oprimiéndose las mejillas con las manos, contemplaba el deshielo tristemente. En el cendal de blancos vapores que se desvanecía en lo azul, esfumábanse también sus delicados sueños, y las argentinas fantasías que el traje nuevo de la Sierra, en su imaginación evocara.

Yo, aquel día, hube de levantarme muy temprano; y comprendiendo que a la Reina tal vez encantaría el nevado paisaje, la hice avisar. Itimad ja-

más había presenciado una nevada. Levantóse enseguida y, desde el alba, no consintió en separarse un punto del ajimez; hasta que el deshielo hecho, fué el encanto roto; y hasta que las casas de las huertas y de los morabitos serranos, volvieron a destacar su blancor, por entre el verdor de los árboles que destilaban hilos de oro.

Entonces Itimad, quedóse muy triste; muy triste; y, así de triste estaba, cuando, en esta sala, vino a entrar Motamid, el cual se acercó a ella diciendo: «¡Oh dulce Romaiquia! Vengo a sugerirte el tormento de los celos, al leerte el poema que he compuesto esta mañana para mi hermosa desposada nueva.»

Y, entonces, el Rey, recitó unos preciosos versos en los cuales imaginaba a Córdoba como a una novia solicitada por muchos reyes cristianos y musulimes, y a él rendida, por la fortaleza del amor.

HABIBAH

Sí, he oído recitar ese pequeño poema muchas veces a las damas en Sevilla.

Empieza así:

Ahora celebramos nuestras dulces bodas — Córdoba y yo en su bello Alkásar— Los demás reyes, mis rivales vanos,--Lloran de rabia y envidiosos tiemblan...—De Córdoba hermosa obtuve la mano —Fué ella amazona valiente y esquivá—Que a rechazar vino sus pretendientes.—¡De su lanza airosa,

en la mano firme—Huyó la Corte de galanteadores

AIXA

Recitas muy bien, señora mía: Ese es el poema. Pues con ser tan bello, no hizo gracia alguna a Romaiquia. Esta seguía acodada en el ajimez y entregada a su dolor, mientras el señor se esforzaba por modular sus versos, produciendo una voz de suave timbre, en la cual vibraba todo su amor por Itimad; por el Andalus y por la Gloria.

Viéndola inmóvil, la interrogó Motamid: —¿Qué tienes, Itimad?—Ella volvió la cabeza. Nublaba el llanto sus hermosos ojos.—¿Por qué lloras, Itimad?, volvió a preguntar el Rey. ¿Será posible?—continuó.—¿Habrás llegado a sentir celos de mi amor por Córdoba?—Y entonces el Rey siguió hablándola fervorosamente de que ansiaba acariciar a Córdoba, adornándola con obras bellas que superaran su esplendor pasado.—Esta mañana, dijo, a semejanza del primer Omeya, yo he plantado una palmera en el patio principal de la Gran Aljama de Occidente. La he regado con amor y prodigalidad. Símbolo de que todos los jugos de mi alma se aprestan a vivificar el renacimiento de la antigua Sultana espiritual del mundo. Volverá a ser la enorme ciudad de nuestros padres, de ochenta Universidades, de novecientos baños públicos y de bibliotecas ingentes como la del Gran Alaken, a donde vendrán a beber su inspiración todos los sabios que habrán de modelar la futura Europa...

Y, el Rey, concluyó su disertación con estas palabras fogosas...:—¡Espíritu grande del Andalus, que fraguas en instantes fugitivos ingentes creaciones seculares, obras de siglos de constancia; abandonándolas enseguida por seguir en raudos vuelos tus ciegos impulsos de eterna inquietud...!

Romaiquia apenas le escuchaba. La Reina le miraba llorosa.—¿Pero quieres decirme de una vez cuál es tu pena?—volvió a preguntarla Motamid.—Manda Itimad: Cuanto pidas será hecho. Es el Rey quien te lo fía;—afirmó el Monarca con orgullo.

La Reina entonces se irguió ante el abierto ajimez y extendiendo el brazo hacia la Sierra oscura, exclamó con gesto imperativo:—¡Quiero que otra vez la Sierra de Córdoba se vista de blanco!..... ¡Quiero ver otra vez nevada la Sierra de esta ciudad, tu amada preferida...!

Motamid, saltó de sorpresa. Después, replicó anonadado:—Ni el mismo Alah tiene poder para hacer nevar dos días seguidos, bajo el poder del Sol que abrasa esta tierra!

—¡Pues... Lo quiero!—ordenó Romaiquia.

—¡Imposible!—repuso Motamid.

Entonces Itimad, indignada, le contestó diciendo:

—¿Y tú eres Rey? ¡No, no, y no! ¿Por qué eres Rey, porque heredaste sin ningún esfuerzo real ni augusto, un manto con que los hombres visten fingidas realezas? ¿Porque los hombres te acatan co-

mo a tal Rey? ¡No, no, y no!... Tú no eres Rey. Los hombres son monos que se pagan del brillo falso de los vidrios y de los colorines. ¡Así te acatarían también por tus vidrios y oropeles heredados, aunque fueras plebeyo miserable; bandido redomado o estúpido imbécil! Si tu espíritu no es rey, tú eres vasallo de los espíritus reales. Así lo repites tú mismo constantemente. Si tu espíritu es Rey, ¡pruébame lo enseguida! Haz nevar otra vez sobre aquella Sierra. ¡Envuelve su lujurioso verdor en la pureza de una túnica blanca!...

—¿Por qué te incomodas conmigo, loca Itimad? ¿Cómo es posible que un hombre, aunque sea Rey, haga lo que tú pretendes? Que soy Rey, verdadero, no por nacimiento, sino por espíritu real, ¿no te lo dice este hecho elocuente de haber descubierto mi reina en una reina, de esclava vestida?

Ni aun con esta galantería consiguió el señor calmar a Romaiquia; antes por el contrario, ésta gritó nerviosa:—¡Ah, ningún favor me hiciste, presuntuoso! Que a veces los espíritus reales son más libres, esto es, más reyes de sí, siendo súbditos, que siendo reyes de artificio. La felicidad consiste en acumular realezas en el alma y en poder liberarlas en acciones de Rey. He aquí el goce verdadero en que consiste la dicha. Tú eres un tirano que has venido a atarme a la ridícula etiqueta, a esclavizarme atada con su cadena; a hacerme mover como muñeco

grotesco por sus resortes, en figuraciones ridículas...

Y, Romaiquia, rompió a llorar, amargamente.

Motamid desesperado, hubo de gritar:—¡Tirano yo! ¡Acuérdate del día del barro!...

Itimad, en oyendo este reproche, se ruborizó y dejó de llorar... No sé qué significaría este conjuro del barro...

HABIBAH

(Riendo). ¿No lo sabes, señora? Yo fuí una de las damas que intervinieron en la aventura.

Es el caso que Itimad y unas cuantas doncellas paseábamos cierto día lluvioso por una terraza del Alkázar de Sevilla: Casi al pie de los muros del Palacio, varias muchachas desarrapadas, chapoteaban en el lodo y jugaban a hacer muñecos de barro. La señora estaba muy contenta aquél día.—Vamos, nos dijo, a descalzarnos nosotras y a salir también para jugar como esas muchachas?—Las damas acogieron con entusiasmo la idea. La Reina paimoteaba de entusiasmo.—¡Vamos!—gritábamos todas. Salíamos por un corredor cuando llegando hasta el Rey la noticia de la algazara, vino hacia nosotras diciendo:—¿Es posible, Itimad? ¿La Reina de Sevilla y sus nobles doncellas, quieren jugar como muchachas perdidas en los lodazales del arroyo? ¡Pues no he de consentirlo!—Retirose la Reina malhumorada y llorosa. Poco después hubimos de escuchar su voz en la cámara de Mota-

mid, inculpando a éste de tiranía insoportable. A poco vino a salir el Rey y una hora después todas las damas fuimos llamadas a la presencia real. Compareció, también con nosotras, la Reina, displicente y esquiva. Motamid, dijo:—¿Me perdonas, señora, el disgusto que hube de darte no dejándote ir con tus damas a jugar en el barro?—¡No te perdono!, contestó Romaiquia muy seria, y con resuelta voz.—Pues bien, Itimad, repuso riendo el Rey. Puedes descalzarte si quieres. El barro os espera a tí y a tus camaristas.—Palmoteando, como locas atravesábamos corriendo salones y galerías para salir del Alkázar, cuando he aquí que al llegar al primer patio interior, ¿qué dirás tú, Aixa, que vimos? Allí había dispuesto un barro hecho con polvo de anjolí y mengibre, mezclados con miel. Y sobre aquel barro llovía agua de rosas de modo que todo el amplio recinto estaba encharcado y enlodado con estas materias. Todas nos hubimos de descalzar; y allí chapoteando y fabricando muñecos, ya no volvimos a pensar en salir a la calle. Poco después apareció Motamid sonriente en la galería alta que circundaba el patio y desde la cual hacían llover el agua de rosas. La Reina llena de barro, empapada hasta los cabellos, subió hasta el lugar en que apareciera su esposo; y colgándose de su cuello lo besaba diciendo: «¡Este es un Rey!»

AIXA

Bello es el cuento. Pero aguarda el final de

éste. Como te decía, Itimad, al oír lo del barro, se ruborizó y dejó de llorar; pero seguía triste y silenciosa.

El Rey paseó durante unos instantes pensativo. De repente, su semblante se iluminó con un brillo más intenso; brillar de alegría y de potencia que encendiera sus ojos. Se detuvo ante Romaiquia y dijo así:

—Nuestros padres para conquistar a España, con la ayuda de los árabes, necesitaron un año. ¿Para conquistar poderes ultracelestes que no tiene ni el mismo Alah, me concedes tirana Itimad, cuatro meses de término? Si te dignas otorgarme ese plazo, te prometo, señora, que haré nevar en la Sierra. Y tú, acodada en ese mismo alfeizar, volverás en un alba como éste, a contemplar la mágica visión:..

Romaiquia, le abrazó gozosa. El Rey entonces, advirtió:—Habrás Romaiquia de guardar el secreto de mi promesa. Y tú, Aixa, guárdalo también...

HABIBAH

(Comprendiendo y palmoteando). Y será cuando esta noche empiece a parir el día, cuando el Rey poeta cumplirá su bella palabra. Ya está explicado el porqué Motamid prescribió a Itimad salir para Córdoba en una carta que decía así:—«Entrarás en Córdoba, la noche mediada. Y esperarás a que el día comience a salir del vientre de las sombras, en la Sala de la Divina Promesa...»

Y dime, Aixa: es verdad? ¿está nevada la Sierra?

AIXA

(Sonriente, hace un mohín de misterio).

HABIBAH

Quiero ver... (va hacia el ajimez).

AIXA

(Interponiéndose). Guárdate de esto, señora.

Pasaje II

UN UGIER

Si me das permiso, señora...

AIXA

Habla, Arif.

EL UGIER

Adb-el-Djaili, desea hablarte. Viene de Medina Zahara.

HABIBAH

(Regocijada). ¡El Djaili! Ordena que pase, Aixa, enseguida.

AIXA

(Al Arif). Conduce a Abd-el-Djaili a este salón.

(Habibah está muy contenta de que tan pronto tenga Aixa ocasión de conocer a su amigo).

HABIBAH

Ya veras, Aixa; ya verás, como nos distrae mientras llega la Corte...

Pasaje III

(Abd-el Djaili entra en la cámara. Extiende los brazos saludando a las damas. Nerviosamente salta su mirada escrutadora de uno a otro punto de la estancia; pareciendo satisfecho al ver el exorno concluido. Habla con vehemencia, al mismo tiempo que examina de este modo el salón).

EL DJAILI

Me he adelantado a la comitiva para avisar a la Guardia y daros prisa, mi bellas señoras. La Reina, llegará pronto. Mi señora, Itimad, se muere de impaciencia. Y, antes de la media noche, ordenó a la Corte abandonar Zahara... ¡La Reina!... Es un Poema, rimado en carne por la Armonía. Su espíritu excelso es el alma de este Poema. ¡Ah, venid, poetas y filósofos y genios todos del Orbe a encantaros con la gracia del Poema Soberano! ¡Lo inspiró el Urano azul, lo compuso y lo describió el Andalus, con su pluma de oro...!

¡Esos malditos Imanes, cadíes y faquíes!... Ahora han dado en decir que es ella, Romaiquia, la de-

pravada Reina, la causa de la heterodoxia de la Corte y, del Pueblo... ¡Cómo si este Pueblo no hubiese seguido siempre en esta tierra desde que fué libre y dominador, iguales rutas espirituales de luz!... ¡Pues sí; ella, Itimad, es la que tiene la culpa de que el pueblo se ría de los leguleyos y someta al arbitraje sus juicios; ella la causante de que la gente no concurra a las aljamas y de que se burlen de Alkoran y del profeta Mohamed, a quien acusan de borracho, de caza dotes y de mal Poeta...

Borracho y caza dotes de ricas viudas, sí; ¡pero mal poeta, no!, ¡viven los dioses! El Pueblo está equivocado. A mí me gusta Alkoran como obra de Poesía... libre. La intención de Mohamed ya no fué tan buena; pero, ¡vamos!... Los apergaminados descendientes de aquellos auxiliares árabes y sirios, se creen aún fautores de la conquista de España... Ellos dicen que a los verdes estandartes se debió la conquista y no a nosotros, los naturales, que los hubimos de conducir a arrojar a los germanos hasta más allá de los montes, tras cuyas vertientes moran los franços. Aun se creen conquistadores... Y, ellos y los comerciantes avaros siguen a aquellas oscuras aves de la sombra. ¡Que si los impuestos!... ¡Bárbaros! ¿Cuándo ha producido el Reino más? En cuanto varias alquerías necesitan de una acequia común, allí está el dinero de los impuestos para ayudar a fabricarla. En cuanto un hombre descuella en el saber, allí está el dinero de los impuestos pa-

ra que prescindiendo de otra ocupación, eduque al pueblo y cultive la ciencia...

Si Motamid acaricia a la tierra; si cuida de que estén siempre repletos de energía sus senos sagrados y rebosantes de leche sus ubres de madre; si ama y exalta a los labradores que para todos ordeñan la Tierra, y carga la mano a los intermediarios de bisutería... ¡Hace bien, maldición de Alah! ¿Pues qué, no están aquí los frutos más baratos que en ninguna otra parte del mundo? ¡Ahí les duele! Los impuestos de Motamid salvan al pueblo, porque no dejan vivir a los especuladores!

¡Los Impuestos!... Pues en la Corte no se gasta. Yo he estado en León y en el país de los francos. Allí existe la etiqueta. Pero, ¡aquí!...

¿En qué se gastan los impuestos malditos? Cada vez que se construyen unos Baños o una Escuela, gritan esos rapaces: «¡Con mi dinero, con mi dinero...!»

Los comerciantes dicen: «Un pueblo limpio no se ensucia: menos baños y más usura». Los cadíes dicen: «menos bibliotecas, menos ciencia y más juzgados». Los faquíes dicen: «menos escuelas y más aljamas...»

Sobre todo la construcción de Palacios y de las obras de arte que recrean al Pueblo, eso les saca de quicio... ¡Cuántas maldiciones el Charadjid!

¿Y de las mujeres? ¡Que son literatas... que ya no paran en los serrallos, que llevan el rostro des-

cubierto y alternan en las tertulias de los hombres..

¡Y de todo esto, es Itimad la culpable!.. ¿Pero es que quieren lacerar el corazón de Motamid...? Ellos saben hacia adonde apuntan y el temple de las flechas que hieren mejor... Maldición sobre ellos. Porque...

HABIBAH

(Tapándose los oídos). Porque el día que reinen los doctores de Yusuff, los versos alocados de Ebn el Djaili, implorarán de ellos humilde merced...

Este torrente necesita una valla... ¡Qué hombre! ¡qué modo de hablar...!

Estamos enteradas de su misión, señor El Djaili. Enteradas y más que enteradas.

Y bien, Aixa; nos hemos olvidado de colocar el Espejo...

AIXA

Tienes razón, señora; voy... (se dispone a salir).

EL DJAILI

Aguarda, señora mía. Que tú no me conoces y quiero en un instante desvanecer ese juicio desfavorable de la cruel Habibah sobre tu servidor humilde...

(A Habibah). Mis versos alocados, burlona doncella, sólo se hicieron para cantar las glorias de Motamid, señor de la generosidad y del valor. Que yo

no soy uno de esos mendigos en quienes los versos humillados vienen a representar como lazarillos de imploraciones... ¡Como ese lusitano Ibn Ammar que, en los infiernos, ahora danza. El llegó hasta el Señor, cuando éste era príncipe, engañándole en Silves con uno de esos hipócritas poemas...

Del mismo modo, Ammar, cuando era pobre, hubo de cantar las glorias de un burgués grosero, quien vino a premiar sus poéticas adulaciones con un saco de cebada que le envió para su mula. Y dicen que cuando Ammar llegó a Visir siendo en una ocasión gobernador de Silves, correspondió al burgués su regalo devolviéndole el mismo saco lleno de monedas de plata y enviándole a decir con afectación: «Si en vez de haberme regalado este saco colmado de blanca cebada me lo hubieras donado lleno de dorado trigo, ahora yo te lo hubiera devuelto repleto de monedas de oro». ¡Ah, Ibn Ammar! No me extrañó después por esta su manera de ser, su traición en Murcia, cuando enviado allá por el Señor, soñó en proclamarse Emir y se hacía tributar honores reales. Sus deslealtades para con Motamid, quien le elevó al primer puesto del Estado. Sus sátiras contra Romaiquía, después de haber obtenido su primer perdón; debido a Itimad, precisamente... ¡Ah, yo le ví entrar en Córdoba, después de sus últimas rebeliones, prisionero, montado en un asno; sobre un serón de esparto... Yo estuve presente en la entrevista que con el prisionero tuvo

Motamid en su calabozo de Sevilla. Ammar se arrastró en su presencia y Motamid iba otra vez a perdonarle enternecido...

Pero, aún, el monstruo se atrevió a decir que el Rey le perdonaría porque en esta entrevista habíase reanudado entre los dos cierta relación contraria a Naturaleza... ¡Maldito!

Yo no me alegro del mal del prójimo y menos si este prójimo es un cofrade... Pero, ¡por Alah!, que hube de sentirme dichoso cuando llegué a enterarme de que Motamid, indignado por esta última vileza, le había degollado con su alfange vengador...

Después me decía tristemente el Rey: «He aquí Djaili, que existen los hados y sus predestinaciones. Porque has de saber, amigo, que una noche, Ammar dormía junto a mí cuando yo era príncipe, y por tres veces oyó una gran voz que lúgubre le decía: «¡Este que duerme a tu lado habrá de darte la muerte!»

Ammar se levantó asustado. Yo le busqué al despertar y hube de encontrarle oculto entre unas esteras en el pórtico del Alkázar». Así vino a decirme el Rey.

No hube yo de llegar así a Motamid, no...

(Mientras el Djaili endilga atropelladamente el anterior discurso a Aixa, paciente y aburrida, Habibah hace signos de impaciencia unas veces, otras pugna por no reír).

HABIBAH

(Riendo). ¡Pobre Aixa! ¡Pobre de mí! ¿Pero es

posible Djaili que por atropellar palabras se te olvide hasta respirar?

DJAILI

(Cortado). ¡Pues no otorgo yo a todo el mundo el favor de mi oratoria...!

AIXA

(Compadecida). Perdón, señora. El Djaili habrá de contarnos como hubo él de llegar hasta el Príncipe; y enseguida iremos por el espejo que ha de concluir el adorno del salón.

DJAILI

(Ofendido). Es que...

HABIBAH

Ha sido una broma, Djaili (burlona). Yo te estoy muy agradecida por el poema que compusiste a «La inquieta Habibah». No he querido ofenderte (afectando seriedad). Complace a Aixa. Yo te lo ruego.

DJAILI

Implacable Habibad. ¿No te basta perseguirme con tus risoteos por los jardines de Sevilla? ¿No te ha colmado aquello del respetable Thofail, el filósofo...?

(Ambas damas ríen grandemente).

Pues habrás de saber, señora mía, (a Aixa) que yo compuse un poema, el cual remataba así:

Ante los mil dinars
Toda promesa sucumbe
Y toda vida se vende.

Hubo de leerlo el Rey. Envió por mí, y llegado a su presencia, le estuve hablando en verso toda la tarde, con locuacidad tal, que el Rey vino a calificarla de maravillosa.

Entonces me dijo:—Toma los mil dinars. Tu vida es mía. Tendré en tí un huracán de versos...

(Empieza a oírse un confuso ruido exterior. Toques marciales resuenan dentro de Palacio).

AIXA

Lllaman a la Guardia. Es la Señora que se aproxima. Vamos, Habibah, traigamos el espejo; (salen ambas de la sala).

Pasaje IV

(El Djaili queda mirando la puerta por donde salieron las mujeres. De vez en vez, su semblante se torna más serio; por último, aproximándose a un ángulo, inclina sobre el pecho la cabeza).

EL DJAILI

¡Habibah...!

Pasaje V

(Precedidas por Aixa y Habibah entran dos doncellas

conduciendo un gran espejo de acero con caballete dorado. Entre todas lo colocan en el ángulo de la sala, a la derecha del ajimez).

HABIBAH

Djaili: ¿Tú, pensativo...?

¡Calla, pues es verdad! ¡El Djaili melancólico!

EL DJAILI

(Saliendo de su abstracción). ¿Puedo ayudaros, señoras?

(El Djaili interviene en la operación de colocar el mueble).

HABIBAH

Gracias Djaili. Ya hiciste alguna vez cosa de utilidad.

EL DJAILI

(Previo unos instantes de contemplación del espejo).

Espejo del espejo de la Gracia de Sevilla—Del espejo que es el rostro de una reina verdadera—Nadie ose en tí mirarse: Nadie habrá su magestad...

HABIBAH

(Se interpone entre el poeta y el mueble y empieza a aliarse con zumbona coquetería).

EL DJAILI

Espejo...

HABIBAH

(Accionando e imitando los gestos del Djaili). Menos

mal espejo amado que es el aire raudo espejo—Del sonido que modula lengua arítmica de animal... Menos mal...

EL DJAILI

(A Aixa, que ríe). ¿Lo ves, señora?

(Se oye en la plaza el son de una música dulce y melodiosa).

HABIBAH

(Al Djaili). Bah...

AIXA

¡La Reina!

HABIBAH

¡Salgamos a recibirla, Aixa!

(A El Djaili). Poeta: ¡mil dinars si sales a recibir a la Reina! (Salen riendo, las dos, juntamente con las doncellas).

Pasaje VI

El poeta no se mueve entre ofendido y subyugado.

Entran en la sala varios soldados que forman en la puerta, guardia de honor.

EL JEFE

(Descubriendo al Djaili). ¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí?

EL DJAILI

(Saliendo de su ensimismamiento). Ya lo ves: nada.

EL JEFE

¿Quién eres?

EL DJAILI

(Desdeñoso). ¿Qué te importa?

EL JEFE

(Con cierto respeto). ¿Eres de la Corte?

EL DJAILI

(Con énfasis). Soy el Djaili, capitán.

EL JEFE

Perdona, Djaili. ¡Salud, poeta!

EL DJAILI

(Mirando a los soldados con dignidad y pavoneándose un tanto). ¡Salud, bravos guerreros!

EL JEFE

Djaili. He oído hablar de tus arengas en la Corte. Mientras llega la Reina, dinos una.

EL DJAILI

¡Capitán! ¡Soldados! Corte de sabios y de guegueros es la Corte de Motamid. Guerreros somos nosotros: tanto como vosotros lo venís a ser. Con nuestras plumas como lanzas, y con nuestro pensamiento, como estratega, conquistamos del negro

seno del Misterio, sus secretos a la Verdad; y, a la Belleza, sus encantos.

Y para imponerlo a lo inarmónico, investigamos los principios de la armonía. Así allegamos potencia y gracia para el Reino de los hombres. Pero la banda de guerreros matadores de hombres, acecha la corte de aquellos guerreros y a vosotros también os amenazan: ¡a vosotros, los que velais por nosotros, para que nuestra acción guerrera no se interrumpa! ¡Entonces las plumas se tornarán en espadas, de hombres matadoras! Uno seremos en la guerra que habrá de vencer la guerra, para la eterna guerra que sostenemos y sostendremos nosotros, contra las fuerzas indomadas e inarmónicas del Universo! ¡Hermanos guerreros!... ¡Viva Motamid!, ¡Viva la Reina Itimad!

EL CAPITAN

(Escuchando ruido acelerado de pasos en el corredor).

¡La Reina! (Alinea a sus soldados a ambos lados de la puerta del salón).

Pasaje VII

Entra la Reina acompañada de su séquito. Caballeros y damas de la Corte, entre las cuales aparecen Aixa y Habibad. Los soldados se retiran de ambos lados de la puerta inmediatamente después de haber entrado Romaiquia.

ROMAIQUIA

(Descubriendo al Djaili). ¡Cómo! ¿Tu aquí, Djaili?

EL DJAILI

Señora... (saludando respetuoso).

ROMAIQUIA

Al entrar, hánme anunciado que espera un correo enviado por el Rey, delante de sí. (Llamando). ¡Arif!, (surge un urgier). ¡que entre ese correo!

Pasaje VIII

ZOHAIR

(Entrando). Soy yo, señora.

ROMAIQUIA

¿Ah, eres tú, Zohair? ¿En dónde hubiste de dejar al Rey?

ZOHAIR

A una jornada de Córdoba me hizo adelantar para entregarte esta carta. Creo estará aquí dentro de algunas horas.

ROMAIQUIA

Lee en voz baja el pergamino.

El Rey por esta carta viene a asegurarnos en la certeza de que antes del alba estará en Córdoba, para presenciar el portentoso que en esta hora ha de realizarse.

Y dime, Zohair: ¿Qué pasa en Granada? ¿Qué ha sucedido a Motamid en la ciudad de Ebn Nasar? Has podido tú observar si viene satisfeito de su visita al emperador Yussuf?

ZOHAIR.

(La Corte escucha atentamente sus palabras). Señora, en Granada domina hoy Yussuf. El Rey Abdallah está preso. Su madre, la Sultana, ha sido obligada por crueles medios a entregar los tesoros de la dinastía.

En el auditorio se promueve un movimiento de indignación.

El fautor de este resultado ha sido un Cadí, protegido por la madre del desventurado Abdallah, la cual bien cara paga hoy su piedad intempestiva.

ROMAIQUIA

¿Su piedad?

ZOHAIR

Es el caso, Señora, que el Cadí Ebn Djafar, ha sido en Granada el intrigante principal de esta cruzada, emprendida por los doctores contra los príncipes del Andalus. Abdallah hubo de mandarlo prender y lo encerró en una fortaleza. Mas he aquí que el astuto Cadí prisionero, llevábase todo el día recitando en su calabozo, en voz alta y solemne los más impresionantes versículos de Alkorán. Su propósito no era otro que excitar con la noticia de esta

conducta la excesiva superstición de la madre del Rey. Llegaron al conocimiento de la Reina estas muestras de piedad del zorro Cadí y forzó a su hijo a liberarlo. Enseguida que se vió libre, Djafar, traicionó nuevamente a Abdallah, yendo a contar al Emir de Africa los propósitos sustentados contra él, por el Rey de Granada. Sublevóse la plebe en la misma Granada excitada por las patrañas de los doctores, los cuales aseguraban vendría a abolir Yussuf todo tributo y a suprimir las cargas que sobre el pueblo había impuesto aquella corte de dispendiarios, artistas, hombres de ciencia y filósofos: con otras patrañas por el estilo; y he aquí señora, que Abdallah, yace hoy triste en el fondo de prisiones oscuras, dominado el reino, por Yussuf, los faquíes y los jueces del Islam.

ROMAIQUIA

¿Y Motamid?

ZOHAIR

Motamid aunque nada dice, parece conmovido ante estos tristes presagios.

Preferible hubiera sido el seguir pagando tributo a los cristianos a haber llamado auxiliares como éstos. Yussuf y sus fanáticas tribus caldeadas por el sol del desierto, de tosco y duro corazón, como las rocas africanas, son bárbaros y fanáticos tanto o más que los cristianos del Rey de León.

Yussuf no hace nada sin el previo consejo y sin el fetva de los imanes que lo autorice. No conoce el árabe literario. No entiende las metáforas de los poetas y trata a los sabios con grosero desdén. Los poetas de Granada hubieron de enviarle versos cantando en su loor. — «¿Te gustan?» — Preguntó a Yussuf, Motamid: y Yussuf respondió: «No entiendo nada de esto. ¡Sólo sé que piden pan!» Con nuestro Rey ha estado el emperador en apariencia muy agradable. Pero el señor ha comprendido, al fin. Ha temido incluso que Yussuf se apoderara de él en Granada, para poder así más fácilmente conquistar el reino de Sevilla...

(Los caballeros llevan instintivamente mano a la espada).

Y ha tenido necesidad de pretextar que los cristianos amenazan estas tierras para no alarmar a Yussuf, evitando que este le hiciera prisionero antes de salir de Granada...

ALMUNDHAFFAR

Los bárbaros africanos nada podrán contra nuestros alfanges poderosos. ¡Juremos, caballeros, que antes de consentir profanación alguna de este territorio moriremos todos defendiendo al Rey Motamid y a la Reina Itimad...!

(Los guerreros desnudan las espadas y extendiendo los brazos con ellas empuñadas saludan a la Reina .

EL DJAILI

(Excitado por la escena, no teniendo alfange que empu-

ñar, da algunos pasos adelante, colocándose en medio de los circunstantes y muy excitado viene a declamar):

¡Oh, faquíes y cadíes, de espíritu anquilosado—
Oh, grotescos guardadores de la ciencia del pasado
—Que os decís depositarios de la inspiración de
Alah.—Si la vida es despreciable ¿qué os importa
su dominio?—¿Y por qué contra su gloria concitáis
el exterminio.—Si la gloria de este mundo por
si sola morirá?...

(Estos últimos versos los dice el Djaili, con gesto y tono de gran ironía).

—Oh, doctores islamitas...

(Habibah, hace grandes esfuerzos por no reir desde que principió el poeta su improvisación. Se tapa los oídos con las manos, y, por último, no pudiéndose contener, procura hacerse ver en esta actitud por el Djaili. Empujando a unos y a otros, consigue, por fin adelantar y que este se fije en ella).

(El poeta queda cortado).

ROMAIQUIA

¿Qué te ocurre, Djaili?

HABIBAH

Señora, que Alah le ha cortado la lengua por hablar mal contra los suyos.

(Todos ríen desvaneciendo el ambiente trágico de la escena anterior. El Djaili, algo corrido, pretende también seguir la broma, saludando ceremoniosamente a Habibah).

AIXA

(Destacándose al frente de un grupo de damas). Señora, si tú nos das permiso...

ROMAIQUIA

¿Qué deseas, Aixa?

AIXA

Proyectábamos estas damas y yo el salir a la terraza sobre el jardín, para pasear, adorando el pueblo de estrellas que, en los espacios fríos, habitan, sin Rey.

ROMAIQUIA

Id, Aixa, y si por acaso descubris en lo lejano señales que avisen la llegada del Señor, corred a avisarme.

AIXA

¿Vienes, Djaili?

EL DJAILI

Iré si nos acompaña Habibah. Tú digiste Aixa, amiga, que las estrellas no tienen Rey. La Reina de las estrellas (señalando a Habibah) bajó a atormentar a El Djaili, a este Planeta oscuro.

HABIBAH

Haré contigo las paces, Djaili; pues a ello me fuerza tu galantería, si aciertas a decirme en serio, el por qué la estrellas no tienen Rey.

EL DJAILI

En serio lo dije, Habibah: ...Porque al venir tú

a estas moradas de Edes, quedó vacío el trono del Urano.

HABIBAH

(Con mimoso desdén). Bah...

ROMAIQUIA

Esa pregunta se contesta muy fácilmente, Djaili.

Las Estrellas no tienen Rey porque todos los Soles son reyes... No es esto, Habibah?

HABIBAH

Exacto, señora. Las estrellas no tienen Rey, porque no lo necesitan. Y no lo necesitan, porque cada una de ellas reina sobre su órbita y ninguna la traspasa para invadir la órbita ajena.

AIXA

Las estrellas no tienen Rey, porque cada una tiene un rey en su propio deber, que es el derecho de las demás estrellas.

Señora, si tú lo permites...

ROMAIQUIA

Sí, Aixa. Id sobre el jardín. Cantad en la terraza, envueltos en el espacio frío, mirando a las luminarias del cielo, el día en que los hombres no necesitarán rey, porque todos sean reyes como lo son los soles.

Será el día en que los hombres podrán liberarse de la tiranía de los reyes y, los reyes de la tiranía de los vasallos. Será el día en que los hombres sean por su propia luz incendiados como lo son las estrellas; el día en que no necesiten de la ajena luz para caminar entre las sombras, ni del ajeno impulso como fuerza vital que les haga recorrer su trayectoria por los ámbitos de lo Infinito.

Los hombres, como los soles, girarán sin chocar entre sí, en sus propias órbitas, y la solidaridad de los hombres será como la de los astros: enjambre de radiantes mariposas que por las negruras del éter volarán juntos hacia un eterno e ignoto foco de luz; faro perdido en la oscuridad de la noche insondable...

Cantad al día en que todos los seres, así incendiados por la Verdad, el Universo será todo luz, en cuyo potente llamear, la noche quedará por siempre desvanecida. Entonces, el Universo será una estrella, cuando todos los seres sean soles. Lo infinito brillará como una Gloria...

Id amigos, a pasear sobre la terraza, bajo las luminarias del cielo...

(La Reina extiende el brazo señalando la puerta. Salen Aixa, Habibah y varios caballeros y damas acompañados por el Djaili).

Pasaje IX

(La reina queda ensimismada durante algunos instantes. La Corte permanece silenciosa).

ROMAIQUÍA

¿Tardará mucho el señor, Zohair? ¿Falta aún mucho tiempo para que aparezca el alba?

ZOHAIR

Señora. El Rey no puede tardar. Dentro de una hora la voz del Muezzin llamará a los fieles a la oración matutina desde el minarete más alto de la gran Aljama.

ROMAIQUIA

He aquí, señores, que me siento morir de curiosidad. ¿Será verdad que mi esposo tuvo poder para hacer nevar sobre la sierra de Córdoba? Dí palabra de que yo nada preguntaría y de que hasta que el Muezzin anunciara hoy el nacimiento del día nuevo, yo no abriría las puertas de ese ajimez para presenciar el gran milagro.

Vosotros, caballeros de Córdoba, (dirigiéndose sonriendo a Almundhaffar) sabreis ya si Motamid llegó a cumplir su promesa, más bien que real, divina.

ALMUNDHAFFAR

(Sonriendo). Señora, tenemos el deber de callarlo todo. No podemos desobedecer al Rey; el cual ordenó no se dijera nada sobre este asunto.

ROMAIQUIA

¡La sierra de Córdoba blanca como el armiño! Tenía cuando yo la ví irisaciones rosadas como una gigante concha de nácar transparente... Yo la hube de contemplar llorando... ¿Por qué? No sé... A veces la sierra blanca me parecía un túmulo de immaculada pureza acogido amorosamente en el regazo de lo azul. Motamid y yo dormíamos en el centro de la blanca tumba, coronados para siempre con diademas de flores.

¡Oh! los antiguos reyes del ignoto Egipto, cuyos ojos inmóviles en esfinges hieráticas, paralizados están por el terror del supremo Misterio; los reyes milenarios de ese lejano y obscuro país en que el río, el hombre, la serpiente, el pájaro, la estatua y la flor, son formas nostálgicas de un trágico anhelo de eternidad perdida entre sombras espantables; esos reyes estáticos de rígida línea como la fatalidad irreductible, construyeron en la árida planicie de los desiertos sin fin, grises mausoleos de montañas ingentes, dentro de las cuales buscaron refugio, contra la profanación de los siglos, sus sombras adustas.

¡Ah... qué afán de vivir...! ¿Cómo no ha de ser vencida, al final, la muerte? ¡Andalus riente... Tus pájaros, tus flores y tus ríos, y tus hombres, y tus estatuas, tienen ojos de resplandeciente claridad, como el puro cristal de la Gloria conseguida!...

Una tumba blanca, como una montaña de nieve, sembrada de rosas, bordeada por la magnífica pompa verde de mirtos y limoneros, acariciada por el dulce batir de las cimbreadas palmeras; perfumada por el efluviar de los azahares... ¡He aquí una tumba digna de los reyes del Andalus...!

(Romaquia se aproxima al ajimez y mira a través de las celosías). ¡No veo nada! Todo está sumergido entre las fauces de las tinieblas.

¡Cuánto se hace esperar esta noche la voz del Muezzin!...

¡Cuánto tarda Motamid!...

¿Le habrá ocurrido alguna mala aventura?

¿Por qué hubiste de dejarle tú, valiente Zohair?

Una celada, quizás...

¡Ah señor! ¿Por qué nos odian tanto esos hombres pálidos que nos combaten en nombre de la Religión y de la Ley?

¿Nuestra Religión, no es acaso la de ellos?

Crear belleza; esto es, encarnar en el Hecho el Verbo divino de la Belleza que es la desnuda Verdad...

¿No es esa la finalidad suprema de la vida?

¿Y no es la finalidad suprema de la vida la suprema finalidad de la Religión y de la Ley?

¿Por qué han de soliviantar al pueblo y a Yussuf en contra de nosotros?

Motamid les responde con su dulce tolerancia:

¿Acaso no estoy yo aquí, para defender la libertad de mis enemigos?

Que analicen uno por uno los detalles de nuestro vivir, ¿Qué Biblia, qué Evangelio o qué Alkorán podrá repugnarlos?

Hablan los hijos de Israel de un macho que cargaba con los pecados del pueblo. Nuestros enemigos no tienen ojos en el espíritu para percibir las esencias de vida que por nosotros obran. Sólo tienen ojos en la cara y, éstos; necesitan para ver, de cuerpos que resalten y de materiales extensiones.

He aquí que Romaiquia es ahora el símbolo tangible del Pecado. El macho que conduce las fingidas impiedades del Andalus pecador. ¡Como el macho de Israel, la pobre Itimad, arrojada será al desierto solitario...!

(Itimad sobrecogida por una sombría visión, guarda silencio durante unos instantes. Después continúa lentamente y como hablando consigo misma).

¡Al Desierto...! Al Africa hosca de huracanes de arena, como aludes de cenizas abrasadas de muertos calcinados! ¡A la costa huraña de rocas aguzadas como puñales, encarnadoras de una maldición de odio estéril e implacable!

¡Oh príncipe mío!... Tal vez serán nuestros cuerpos por el éxodo separados; y en las agrias vertientes de los petrificados montes, alcanzaremos, al fin, inhospitalaria sepultura!...

Tal vez el polvo de nuestros cadáveres profa-

nados, arena vendrá a ser calcinada del desierto, que en tromba asoladora irá a destruir los verdes y humildes oasis, cegando sus fuentes rumorosas y fecundas...

¡Pero, no! ¿Verdad que no, Zohair? ¿Verdad que no, Almundhaffar? ¿Verdad que no, valientes caballeros andaluces? ¿Verdad que vosotros teneis alfanges resplandecientes, como serpientes de sol, para garantir a vuestra Reina, a la pobre Itimad, un eterno sueño de amor en la sierra más bella del Andalus, vestida de blancor esplendente?

(Algunas damas lloran escuchando a la Reina. Los caballeros se conmueven profundamente)

ALMUNDHAFFAR

(Exaltado). ¡Guay del emperador Yusuf y de los bárbaros africanos! ¡Maldito el Rey de León! ¡No verán nuestros ojos el vencimiento de Motamid!

(Se oye a lo lejos el resonar de clarines y atambores).

ROMAIQUIA

(Animada por un goce repentino). ¡El Rey! Alegrémosnos, señores; y olvidad mis lúgubres augurios...

¡Nadie podrá vencer al Sol. Nadie podrá anular a los hijos de la luz!

¡Una humilde luz llegará a bastar para incendiar ancho campo de tinieblas...!

Pasaje X

(Entran en el Salón AIXA, HABIBAH, EL DJAILI y el cortejo de señores que hubieron de salir a la terraza).

HABIBAH

(Precipitada). Señora. El Rey llega. Las antorchas de su comitiva se confunden con las estrellas, a lo lejos. Aixa dijo: «Ved que allí aparece una multitud de nuevos soles». El Djaili contestó, galante como siempre. «¡No, Aixa. Son las antorchas del Rey!» desmintiendo enfáticamente a esta señora. Yo, haciendo justicia a los guerreros de la escolta, hube de replicar: «¡Estúpido, esas luces son las estrellas del Andalus!»

ROMAIQUIA

(Muy alegre). ¿Cómo es eso, Djaili? ¿Tú desmentir a una dama? (El poeta calla) ¿Por qué callas, dí? ¿A dónde fué entonces tu locuacidad? ¡Habla, huracán de palabras!

EL DJAILI

Señora. Si el Djaili es un huracán de versos, Habibah es una tormenta seca de rayos, descargando sin cesar sobre el pobre Djaili. Cuando sobreviene una de esas tormentas, se aquieta la atmósfera. Los rayos son exhalados de los senos desgarrados de las nubes. El espacio es sofocante y el aire cálido. El huracán se retira entonces a sus guardidas

ignotas. Y esto sucede a este huracán (indicando a sí mismo) con respecto a esa tormenta (señalando a Habibah). La verdad es que cuando aparece esta mujer yo no sé en dónde me meto. Desde luego no estoy en mí...

ROMAIQUIA

Pues si Habibah es tormenta de rayos y tú eres el huracán, la tempestad completa clama por la unión de Habibah y el Djaili.

HABIBAH

(Vivamente). ¡Ah, señora! Yo recurriré al mismo Alah contra ese decreto de la tempestad completa. Si yo fuera hurí divina y el Djaili llegase a entrar en el cielo, antes que ser destinada a su palacio en el Paraíso, me erigiría en Espartacus de las huríes contra los creyentes gloriosos y contra su señor Alah.

(Los clarines y atambores se escuchan más cerca anunciando la proximidad del cortejo).

ROMAIQUIA

¡Salgamos al pórtico, a recibir al Rey!

Pasaje XI

(El Rey entra apresuradamente en el salón).

MOTAMID

El Rey se adelantó a la comitiva y está ya aquí, entre vosotros. (Abraza a Romaiquia).

Salud, señores. (Se dirige afectuosamente a todos los reunidos saludando a cada uno cariñosamente).

ROMAIQUIA

Conduciéndolo al diván junto al muro del fondo.

Descansa aquí, mi señor. (Se sienta en un taburete junto a la cabecera del diván).

¡Oh, Motamid; ya empiezo a creer que se realizará el gran milagro!

MOTAMID

Dentro de pocos minutos sabrá Itimad, cuanto puede llegar a crear la Potencia divina del Amor. No es justo, señora, corresponder a la divinidad de un amor que obra milagros, con la tibieza de delicados desvíos.

ROMAIQUIA

(Mimosa). ¿Mi señor habla así de su esclava Itimad?

MOTAMID

Hablo así a Itimad, mi tirana señora. ¿Es por que no apresuré mi vuelta de Granada para descansar en Zahara unos días, por lo que me escribió la Reina esta carta que con mi última se cruzó? Todas tus cartas han comenzado siempre de este modo, con esta fórmula inventada por tí: «De Itimad, la esclavizada por el amor, a Motamid, su señor, Rey natural de hombres (reine mi señor tantos años como ha reinado y reinará el Amor)...»

¿Por qué suprimiste en el comienzo de tu úl-

tima carta esta dulce fórmula, y con ella tu nombre adorable? Es lo que mi señora se diría: «Estoy enfadada con él por no haber venido a gozar conmigo del amor que le tengo, en la bella Medina. Pues, por Alah, que ha de pagar bien caro mi enfado. Si llega a leer mi nombre, *Itimad*, en el principio de mi carta, lo ha de besar, como siempre... ¡Pues, por el amor ofendido! Que no ha de besar mi nombre, cuya esencia es un suspiro del amor, latente en un ritmo de plata que compuso Orfeo.

ROMAIQUIA

Fué una distracción, señor. Como el nómada atraído, a la vez, en el desierto, por la voz perfumada de cien oasis, así es nómada el alma de Romaiquia, por cien jardines de ensueño, atraída a la vez, en el desierto de la vida; toda desierta, cuando se ausenta su señor.

MOTAMID

¡Oh, señora! La distracción de una deidad, ¿cuántas desdichas no puede venir a infligir a los mortales? ¿Queréis llegar a ser dioses? Pues no distraeros jamás. Tú lo digiste, *Itimad*, en el bello poema que hubiste de componer aquel claro día en la bulliciosa *Almuzara*. «¡El ambiente del cielo es de bella inquietud!» La distracción de un día hará caer al Dios desde lo alto del Olimpo, entre los mortales inarmónicos. El Olimpo es la suprema ar-

monía y para mantenerse en él, hay que llegar a conservarse en un supremo equilibrio, el cual vendría a desvanecer la más leve distracción... Pero, ya empiezan a llegar los rezagados de mi escolta.

(Entran en el salón varios guerreros de la comitiva del Rey).

(Los recién llegados saludan respetuosamente a los dos soberanos).

Pasaje XII

EL KADER

(Quien preside a los que entraron).

—A tu orden, gran señor.

MOTAMID

¡Hola, Kader; bien os apresurásteis!

KADER

Señor; te hubimos de seguir al galope, pero ninguno pudo alcanzar tu caballo alado como el huracán. Dentro de varios instantes llegarán a Palacio todos los de la comitiva.

MOTAMID

Y, Ebn Mokri, a pesar de sus años, ¿se propuso seguiros?

KADER

Tu Visir llegó con nosotros, pero hubo de en-

contrar en una antecámara a su gran amigo Thofail, el filósofo, quien venía hacia acá, y allí quedaron departiendo unos momentos, antes de entrar a saludarte.

MOTAMID

(Con extrañeza). ¡¡Thofail!!

KADER

De tu extrañeza he participado también yo, gran señor. Tú sabes que Ebn Mokri era gran amigo de Thofail, el filósofo. Tú conoces cuánto hubo de lamentar su muerte, cuando un correo que le enviaron, desde Medina a Granada, vino a asegurarle que había presenciado su entierro. Figúrate cuál sería su sorpresa y aun la nuestra, cuando al atravesar uno de los salones del Alkázar, sale a abrazarle Thofail.

MOTAMID

Es cierto que un amigo de Ebn Mokri, conocedor de su amistad con el filósofo, le hubo de comunicar la triste nueva. Por cierto, que yo he extrañado el que no se me participara a mí también la noticia, dada la estimación grande en que tengo a Thofail.

ROMAIQUIA

No quisimos, señor, llevar tan lejos la broma.
(Aparecen en la sala Ebn Mokri y Thofail).

MOTAMID

(Viéndoles aparecer). ¿Pero es que no moriste, Thofail?

(Todos miran al Djaili y a Thofail, y ríen).

THOFAIL

Señor, es cierto que murió el antiguo Thofail, filósofo serio y hermético. Queda el nuevo Thofail, hechura de una broma de la Corte: y como hijo de una broma, alegre y expansivo.

MOTAMID

(Riendo). ¿Y te llegaron a enterrar? Habla; es curioso.

EBN MOKRI

Hixem, el médico, certificó la muerte de un muñeco, diciendo que era el muerto Thofail. Al muñeco enterraron y, al cadáver supuesto, un epitafio compuso el Djaili.

THOFAIL

Un hombre impenetrable, de seriedad constante y hermética, es un muñeco fingido. Con mi seriedad, enterraron este muñeco. Resucité sólo un momento merced a la indignación que me produjo un epitafio que me compuso el Djaili. Era una broma más seria que la misma muerte.

EL DJAILI

¡Oh, señor. Yo fui quien hube de recibir los últimos muñecazos...!

MOTAMID

Ya me habrás de recitar tu epitafio, querido Djaili. Ahora déjame decir una cosa a Ebn Mokri: ¿Tienes pronto el pliego para el rey de León? (al Hagib).

EBN MOKRI

Está aquí, gran señor. (Indicando su cartera).

MOTAMID

Almudhaffar. He pensado en tí, para confiarte una misión...

ALMUDHAFFAR

Estoy pronto a servir a mi Emir.

MOTAMID

Buscarás al rey Alfonso. Debe hallarse en Toledo. Le entregarás de mi parte el pliego que te dará el Visir.

Procura con tu elocuencia y por los medios todos, que el Rey cristiano acuda con todas sus fuerzas al llamamiento que le dirige el Rey de Sevilla.

(En la sala se produce un movimiento de simpatía al escuchar la orden del Rey).

¿Qué, señores míos? ¿Acogéis mi resolución con complacencia? Ya no puede vacilarse por más tiempo. Si Alfonso no se alía con nosotros, en contra de nuestro común enemigo, bien pronto el Emirato de Sevilla, y Córdoba la excelsa, serán meras provincias del imperio africano de Yussuff...

ALMUDHAFFAR

¡Muera Yussuff! ¡Quebrantemos el imperio africano!

(Los circunstantes acogen con vivas muestras de aprobación las imprecaciones de Almudhaffar).

MOTAMID

No sé si será aún tiempo para que el rey de León acuda en socorro de los andaluces. He visto a Yussuff en Granada y su comportamiento no es de amigo, sino de franco conquistador... Almudhaffar, en ese pliego van mis ofrecimientos y seguridades para el monarca leonés. Entrégalo, Hagib.

(El Mokri entrega el pliego a Almudhaffar).

ALMUDHAFFAR

¿Cuándo habré de partir, señor?

MOTAMID

Que te preparen escolta, y parte en seguida.

ALMUDHAFFAR

¡Reine por muchos años, mi señor!

(Almudhaffar sale de la Cámara):

MOTAMID

(Después de un instante de abstracción, en que el Rey aparece sumido en profundos pensamientos). Grandes días de prueba se aproximan para nuestro esfuerzo indomable, valientes compañeros míos; los que conmigo compartís la soberanía de esta tierra.

Ya no es posible ocultarlo. Las hordas fieras del bárbaro Yussuff, van a guerrear muy pronto contra los soldados de Motamid. La fuerza ciega de elementos brutales que por sus instintos se mueven, como catapultas arrolladoras, habrá de empujarlos contra los débiles representantes de la fuerza espiritual, contra los representantes de la fuerza consciente que, en el Fin, habrá de domar a aquella fuerza.

En el Fin, no tengo duda... Pero en este tránsito fatigoso, en que por la posibilidad de vencer en parciales combates el mal al bien; el bruto al civilizado; la maldad a la justicia; la sombra a la luz; en este tránsito, el cual por esa posibilidad, es tránsito y no es fin...

Mas he aquí que bastante hube de contristarme en Granada, viendo como la grosería del bruto triunfaba de la delicadeza de los verdaderamente fuertes...

Los fuertes somos nosotros; ¡pero somos tan pocos aún...!

¡Y para contrastar nuestra fortaleza se necesita de que resista tantos combates nuestra debilidad!...

(El Rey se levanta).

¡Eh, señores!... Vivamos estos instantes de tránsito fatigoso, como si en el día estuviéramos del combate triunfal!

Pasaje XIII

(Hasta la sala luminosa abriantada por la corte esplendente empiezan a llegar las ondas cristalinas que conducen la voz del Muezzin de la Gran Aljama, recogida por el seno puro de un limpio y blanco amanecer).

La voz del Muezzin:

El tránsito oscuro de la noche muere
Y en radiante tránsito aparece Dios.
¡Tránsito del día que de Oriente llega!...

ROMAIQUIA

¡El Muezzin! (Se levanta y corre hacia el cerrado ajimez).

MOTAMID

(Deteniendo con suavidad a Romaiquia). Todavía no, Itimad. Esperemos a escuchar hasta el fin, su canturía sagrada.

Un poeta amigo, la hubo de componer. Un imán, aún no sublevado contra el Rey, mandó recitarla en este día, al Muezzin.

(Mientras el Rey habla con su esposa, el Muezzin canta, repitiendo dos veces más, las estrofas anteriores. Después, continúa).

La voz del Muezzin:

Trémulos, en el blancor del alba,
Desperézanse, al despertar los seres,
Y en nacientes cantos, al Señor reviven.
¡Por ellos Dios canta el Reinarse de Dios!

Dios es el Día que, contra sombras, viene:
Y en un día eterno quiere ser Dios.

Su grito de luz ahuyenta la noche
Dios, entre sombras, un grito es de luz.

Y es Dios la luz, que por ser en todo,
Quiere incendiar las tristes tinieblas...

En la blanca Oración que la Aurora dice
Diciendo su voz para el gran combate,
Todos los seres al Señor proclaman.

¡Confesadlo también, todos los humanos!
Este Dios, Único de todos los seres
Alah es, y la luz de los musulimes.

¡Proclama, oh muslim, por el mundo entero:
<¡No hay más Dios que nuestro Dios Alah,
Y es Mohamed su único profeta!...

MOTAMÍD

¡Ven, Romaiquia!

(El Rey va a abrir los maderos que cierran el ajimez de fondo. La sierra de Córdoba aparece nevada, a la luz azulada del amanecer).

ROMAIQUIA

(Aproximándose conmovida al vacío del ajimez). ¡Está blanca!... Mi rey, hizo nevar para mí!...

La reina se acoda en el alfeizar de azulejería. De sus hermosos ojos brotan lágrimas de ternura y admiración. Después queda extática, contemplando con adoración la sierra... La Corte presencia conmovida y muda la escena. El Rey mira a Itimad, radiante de gozo.

MOTAMID

(Después de un largo silencio). Cumplióse, Itimad, tu deseo y mi palabra.

(El Rey sigue hablando con cierta solemnidad y lentitud).

Este manto de rosada nieve, no hubo de llover del cielo, en lentos copos albos, como vedijas de lana, de corderos limpios.

Hilado fué en las entrañas de la tierra, en donde duermen las energías creadoras de las Potencias celestes...

Ellas aguardan para surgir divinas, en creación de Gloria, la evocación poderosa de Dios.

Encarnación en hechos soberanos, clama el verbo de Dios que vive en mi amor eterno a Itimad: en mi anhelo inextinguible de Belleza, sin fin. Y el verbo de Dios que vive en mi Amor a Romaiquia y en mi anhelo de inmortal belleza quiso, excitado por la Diosa Itimad, evocar las energías dormidas en el seno de la Sierra. ¡Ah, cuando una mujer es Diosa, cómo excita a obrar al Dios que el amado lleva vivo, en el Santuario de un espíritu real! Y fueron mis servidores comprando y descuajando almendros, y requisando carretas, por todos los ámbitos del Andalus, y trasladándolos fueron a esa parte de la Sierra que ahora absorbe la adoración de la Diosa que excitó a obrar milagros, a mi Dios. Y ahí fueron plantados durante el Invierno, como esperanzas de Primavera. Han transcurrido los tres meses de plazo que pedí a Itimad, para realizar el porten-

to. (Motamid, ríe.) ¡Portento! El mas grande portento de Dios está en la sencillez y espontaneidad de sus naturales creaciones!... Y pasados los tres meses, los Almendros han florecido, y la Sierra está blanca: (a Itimad.) blanca como tu pureza: como tu candor: como tus vestidos de novia eterna mía; blanca, como tú; virginal amada de este Dios: blanca con los suaves tintes rosa de tu pudor angélico: siempre inocente: siempre alarmado: nunca por esto, ofendido.

Itimad: eterna niña: eterna virgen: eterna novia: eterna novia serás, porque una novia es novia porque siempre es nueva para el amante: porque siempre el novio encuentra novedad en el encanto de la novia. ¡Transparente como la clara linfa de una fuente pura, es la sabiduría de las palabras que usaron los antiguos hombres!

Para nuestros remotos antecesores, novia y nueva era lo mismo. ¡Itimad, mi siempre novia: mi siempre nueva, en un nuevo encanto de tu Belleza blanca!

El Rey ha ido acercándose, lentamente, a Romaiquía, durante este parlamento. Ella saliendo de su abstracción, viene a abrazar el cuello del príncipe.

ITIMAD

¡Motamid, Motamid: haz otro milagro! ¡Impide que los bárbaros vengan a arrancar las flores de nieve que al conjuro de tu amor brotaron en la Sie-

rra! ¡Yo quiero dormir, eternamente, bajo el esplendor inmaculado de las flores blancas!

Esto lo dice Romaiquia, con supremo fervor, pretendiendo ocultar la cabeza en el pecho palpitante del Rey.

MOTAMID

¡Morir! ¡Dormir! El milagro está hecho, Itimad. Vivirás siempre, y un palio de flores blancas, siempre tendrás por dosel de Reina.

Tu eres la luz, la pureza: el calor: el perfume: ¿No oiste la voz del Muezzin? Vendrá el invierno: y vendrá la noche: tránsitos de frío y de tinieblas: Pero acabará su tránsito, y volverá el tránsito radiante de la Primavera y del Día, que es el tránsito de Dios que afirmarse quiere por siempre en un Día eterno: en el florecer de una Primavera Eternal... Nosotros, Itimad, somos la Primavera y el día: nosotros somos la Vida: Nosotros somos Dios que quiere afirmarse; que quiere ser también en los tránsitos fríos y oscuros del Invierno y de la noche: La Vida es el clamor de una eterna necesidad: Perfección Suma: esto es: Dios: la necesidad de Dios. Y Dios será solo cuando todo sea una satisfacción de esta necesidad: una encarnación del verbo universal de Dios: Para que Dios, la absoluta luminosidad, y la Absoluta Belleza, y la Absoluta Animación pueda ser, se necesita que no haya algo que sea sombra: ni algo que sea frío: ni algo que sea feo: ni algo que sea inerte.

Se necesita que no haya invierno y que no ha-

ya noche: que todo sea una palpitación de vida triunfadora: que el Universo sea una luz: un Amor: un Perfume... Nuestra luz y nuestro amor.

Dios lo quiere y lo será: lo será. El milagro está hecho, Itimad. Tu, eterna flor blanca, vivirás siempre; es un Decreto de Dios. Es Dios mismo, quien vivirá por tí; y quien por tu vida, se conservará.

ITIMAD

¡Dios: Dios! Perdona mi amargura, y mis lágrimas rojas como las del Sol Poniente; amado mío. Son las lágrimas que tiñen de púrpura el espacio, en donde llora el poniente Sol. ¡Andalus, dulce como un atardecer, en que el Sol que se muere, llora! ¡Andalus, Tierra del Sol Poniente: Tierra de los duelos del Sol!... Flores blancas de la Sierra: Reino de Motamid y de Itimad: la Estrella se muere, de este día... ¡Pero no llorad la muerte de la Estrella!

Como un grano limpio que se siembra enterrándose entre sombras, vendrá a surgir purificada y nueva por el Oriente Blanco. Trasladémosnos al Alba sonoro en que habrá de volver triunfante, y sea nuestro duelo un canto de vida a la eterna victoria del divino Sol!...

La corte escucha arrobada el diálogo de Motamid y de Itimad. En los ojos de todos, húmedos por la emoción, acaso brilla una lágrima en donde alientan fundidos, sus amores por el Rey y sus amores por las bellezas de su Creación; y amenazada ya por la inminencia de la Muerte...

JORNADA TERCERA

La agonía de la Realeza



Escenario

En un Salón del Alkázar de Sevilla. El salón está dividido en dos compartimientos, separados por una balaustrada de arabesca azulejería. Sobre la balaustrada, se asientan esbeltas columnas de alabastro que sostienen arcadas de calados frisos. Ambos compartimientos se comunican por el espacio abierto entre un extremo de la balaustrada y el muro de la izquierda. En el centro del muro lateral derecha, del primer compartimiento, la puerta principal de acceso al Salón. En el fondo del segundo, un gran ajimez que abre sobre la Plaza del Palacio.

Largos cogines laterales, se extienden a lo largo de la base de los muros. Otros se encuentran repartidos por el suelo.

Pasaje I

En esta segunda estancia, silenciosamente, Motamid celebra consejo rodeado de sus oficiales. Todos se encuentran cubiertos con armaduras guerreras. Una mesita circundada por los almohadones en que se asientan los circunstantes,

ostenta sobre el tablero varios planos y rollos de pergamino, los cuales consultan de vez en cuando el rey y sus consejeros. Hasta el primer compartimiento del Salón, llega apagado el rumor de sus palabras. El Halcón Gris, aguarda en la puerta de separación de ambos departamentos, rígido y sombrío, las órdenes del Rey.

En la estancia de primer término, aparece Itimad, erigida, de pie, e inmóvil, junto al muro lateral izquierda. Parece abstraída e indiferente a todo lo que sucede a su alrededor.

Habibah, Myriam y otras damas de la Corte, forman un corro, triste, pero hablador, cerca de la Reina.

Es el anochecer del día 7 de Septiembre de 1091. La claridad penetra por los ajimeces del Salón, en penumbra. La luz trabajosamente filtrada, sostiene todavía un angustioso combate contra las sombras, en triunfo.

Al aparecer la escena, las damas habían en voz queda y vuelven de vez en cuando, hacia la Reina, los ojos llenos de lágrimas.

HABIBAH

(Apartándose del grupo y yendo a tomar entre las suyas las manos de Itimad).

—Estás helada, señora... ¿Quieres permitirme que te envuelva en un manto?

ROMAIQUIA

(Sorprendida; y como al despertar bruscamente de un sueño).

—Inútil, Habibah.—Se pone el Sol. Hace frío.

(Dulcemente). Mi creencia de vida va hacia el Ocaso. La noche reina en el alma. La noche es negra y helada. Aceptemos la fatalidad de este tránsito de frío y de sombras. No me contentan las artificiales hogueras que fingen luz y calor, en la noche. Yo quiero el Sol... o nada. En el Oriente de mi alma, acecho yo, ahora, una Esperanza de Sol...

MYRIAM

(Conteniendo con grandes esfuerzos los sollozos).

Tengamos esperanza, aún, señora. Quizás vengan refuerzos que obliguen a Abuberk a levantar el sitio. Tal vez los cristianos...

HABIBAH

(Observando que Romaiquia ha vuelto a absorberse en su silencio, suelta con un gesto doloroso las manos de la Reina, y viene a sentarse desalentada al lado de Myriam. Las señoras, aproximan sus cogines, haciendo un cerco a su alrededor. Habibah, mira primero a la esposa del Emir, con triste amor, y dice, después, en voz baja).

Es muy triste esta negación de toda esperanza... Ya lo ha dicho Itimad, esta tarde. No es la muerte de un reinado. Es el ocaso de una creencia...

Tenía razón la señora. Los enterradores, nos cercan, de nuestra creencia de vida... (Pausa. Después, Habibah sigue hablando, con irónica vivacidad, y en tránsito brusco del dolor a la ironía). Y si al menos esas bestias no tuvieran forma humana... No se podrían enamorar de nosotras. No podrían cometer con nosotras

las doncellas de Palacio, el pecado grosero de la bestialidad... Hermanas: dentro, de poco la bestia vendrá a abrazarnos, despidiendo acre olor, con sus patas sucias... ¡Nos matará, sí, de repugnancia y de miedo! ¡Nos pateará, sí, creyendo que nos acaricia!...

(Habibah, ríe nerviosa y significativamente como si jugara una broma sombría a sus compañeras).

¿Quién dijo a la Naturaleza supremo artífice, ni perfecta a la Creación? ¡Cuánto falta para que todo sea perfecto! ¡Cuánto falta para que sea Dios! Un hombre es más perfecto, cuando su obra es más perfecta: cuando la creación universal sea perfecta; entonces será la Perfección Absoluta viva: entonces será Dios. Al ser, lo forjará Dios, su propia obra perfecta. Así dicen nuestros Filósofos... Y mirad, hermanas, si la creación es aún perfecta. La bestia morabita tiene forma humana: Si cada espíritu tuviera su forma propia, según su especie, los que dicen hombres del desierto no verían en las delicadas doncellas del Andalus, hembras selectas para sus cubiles. ¿Pues qué, sabría profanarnos un mono de los que se columpian en las selvas? (Habibah vuelve a abrir sus labios en risa trágica. Las demás mujeres escuchan aterradas).

UNA DAMA

¡Yo digo, que antes de verme encerrada en el harém de Abu-Berk...! (Hace un gesto significativo).

HABIBAH

Y, allí, sereis complacientes con el señor. Y habreis de recitar diariamente los versículos del Alkorán... Todos los poderosos gozan en la Tierra, por adelantado, del Paraiso. Vosotras sereis las huríes, prometidas por Alah, a esos terribles morazos negros...

MYRIAM

Calla, por Dios, Habibah...
¡Quién sabe, aún, si los cristianos!...

UNA DAMA

Yo digo que los cristianos...

MYRIAM

Acaso, ¿no están tan interesados como nosotros, en arrojar a Yussuff de España? ¡Si pudiéramos aguantar el cerco, vendrían; vendrían, en nuestra ayuda, seguramente!

UNA DAMA

Otra vez, con los cristianos, Myriam! Después de los combates de Almodóvar se retiró Alvar Fañez, sin apenas pelear contra el general de Yussuff, nuestro sitiador Abu-Berk. Los leoneses son de la misma camada que la bestia almoravid. Según hube de escuchar no hace dos horas a Zohair, parece que la tierra ha tragado a los soldados de Alfonso.

Y, añadía Zohair: «Están ya muy claras las intenciones del rey de León. Abandonar a Motamid: porque sabe el Rey cristiano que en cuanto Yussuff y sus hordas dominen en el Andalus, los pueblos andaluces se levantarán contra el Califa; y, entonces, será, muy fácil al monarca leonés, vencer al uno y conquistar los otros...»

OTRA DAMA

(Angustiada). No. No puede haber salvación alguna. Todas las ciudades del Reino han caído en poder de Abu-Berk. La rendición de Carmona, ha sido la muerte de Sevilla. El incendio de esta mañana, que redujo a cenizas la flota sevillana en el río...

MYRIAM

Pues yo creo en la salvación, aún. Tengo fé en el valor magnánimo de nuestro señor. No osarán los moravides volver a penetrar en la ciudad, después de haberles obligado Motamid, con inaudita fiereza, a repasar esta mañana, la brecha que abrieran los traidores.

HABIBAH

¡Bendita tu candidez; Myriam! El populacho gobernado por los faquíes y por los jueces, nuevas brechas abrirán por donde penetren los bárbaros...

MYRIAM

Y los bárbaros hallarán los pechos acerados de este pueblo que decían Corte de filósofos herejes y de afeminados artistas. Mira al Djaili, ¡quién lo hubiera podido pensar siquiera!

HABIBAH

(Animándosele los ojos, pero afectando indiferencia). He oído decir que El Djaili hizo esta mañana hablar a su espada mucho más que antaño a su lengua. ¿Sabe tú con detalles lo ocurrido? Me interesa, porque es extraño.

MYRIAM

Al mismo Emir lo oí contar cuando volvieron al Alkázar los guerreros enardecidos, después del combate.

HABIBAH

(Con gran interés). ¿Y qué dijo Motamid?

MYRIAM

Después de haber peleado en primera fila, como un león a quien le matan su hembra, el Djaili salió de la ciudad por el boquete de la muralla persiguiendo a los invasores. Muertos varios soldados que hubieron de seguirle, el Djaili continuó batiéndose por entre la nube de flechas que lanzaban si-

tiadores y sitiados. Entonces de entre los morabitos se destacó un jeque que ordenó a los suyos dejasen de acometer al Djaili. Y dirigiéndose al Poeta, así le dijo:

«No es justo que muera obscuramente, acribillado de heridas, causadas por innúmeras manos anónimas, el que tales prodigios de noble valor y de indomable fuerza viene a realizar en este combate duro. Dime quién eres y si estás dispuesto a pelear contra el noble Abenasid. Si tú me vencieras, libre te dejarán mis soldados penetrar en la ciudad por la brecha de la muralla. Y si a vencerte llegase yo, tu cabeza sería para mí, el más glorioso trofeo de todas mis rudas batallas.»

Y el Djaili, erguido, cubierto de sangre, con la cara negra de polvo y de sudor, contestó esgrimiendo la espada roja:

—Soy el Djaili. Poeta de la Corte de un hombre rey: Motamid. Peleo por el Rey: y no como tú, por el Paraiso de huríes que a los muertos por el Profeta, promete Alkorán.

Mi hurí es de la Tierra y en el Palacio del Rey vive mi hurí. Ella no me ama. Mi amor, sin embargo, pelea por el Rey.

Con la pluma de ave, versos escribo en pergaminos tersos, y con mi alfange altivo en los cuerpos de los bárbaros, grabaré con roja tinta, vengadoras estrofas sagradas...»

Abenasid hizo mandato a los suyos y los arcos

de los flecheros, colgando ociosos, quedaron entre las manos y de los hombros suspensos. Motamid, apercebido, ordenó parar a los flecheros el combate. Y las murallas, se coronaron de guerreros; presididos por el Rey. Y los altozanos de la llanura bulleron brilladores, al posarse en ellos, el enjambre curioso de los guerreros de Abu-Berk, que quisieron presenciar la lucha.

Abenasid, gritó con voz poderosa:

—Sé tú, señor, Emir de Sevilla, Rey de poetas guerreros, quien venga a dar la señal del combate!

Y el Rey dió la señal, agitando con ambas manos un rojo alquicel.

Y los dos enemigos esforzados, se acometieron. Los escudos multicolores, buscaban febriles las espadas obscurecidas de sangre, ofreciendo en los choques rudos, a las aceradas puntas, fugitivos destellos de Sol. La Estrella del Día se gozaba en el combate, envolviendo el Palenque en derroche de luz. E Iris palpitaba riente jugando alocada, en los mil colores brillantes de los guerreros que entusiasmados contemplaban la pelea: y en los vestidos y armaduras de los dos paladines, sublimados por el ansia de gloria y por el heroico valor.

Hasta que el Djaili, concentrando en esfuerzo último toda la vehemencia generosa, acumulada por el Sol, en la sangre y en el vino del Andalus, saltó como un tigre sobre su fuerte rival, y el alfanje del Poeta hirió el cuello del africano. Y la cabeza del

hijo del desierto, rodó palpitante por el polvo hasta quedar rígida y amoratada, apretados por el dolor, los labios cárdenos.

El cuerpo del caballero morabita, un instante fué surtidor de sangre que se elevó a lo azul, como una ofrenda roja al Dios de los guerreros. Después cayó pausadamente, al mismo tiempo que llegaba rodando su cabeza a los pies del poeta vencedor.

HABIBAH

(Pretendiendo, inútilmente, ocultar las lágrimas). Hace seis días que no he visto al Djaili.

MYRIAM

Yo le ví después del combate, en la Plaza del Alkazar. Le felicitaban todos los guerreros y él les recitaba un poema compuesto en honor de Motamid, glorificando su bravura. Decía El Djaili: «El valor del Rey nos incendió a todos. ¿Quién sospecharía fuerzas de Hércules en un hombre delicado, como lo es nuestro Emir? Un capitán moravid, fué a acometerle. Era un hombre rudo y alto como una montaña. Pues, lo mismo que Hércules, nuestro padre, rompió en dos, la barrera de montañas que impedían el amor y el abrazo del mar interior y del mar de Occidente, así Motamid con su alfanje poderoso, hendió de alto a abajo, el cuerpo de aquel gigante, cortándolo en dos pedazos. Cuando Hércules rompió la barrera que impedía los amores

del misterioso Océano y del mar azul, se precipitaron el uno sobre el otro en efusión atronadora, de espúma hirviente. Así la sangre del cuerpo gigantesco herido, fluía a borbotones por los dos pedazos, y se mezclaba sobre ellos, elevándose en la efusión de una cabellera o de una llama roja. » Y los caballeros, aplaudían con entusiasmo el poema de versos escritos por el Djaili...

Pasaje II

Zohair, el capitán de la guardia del Rey, aparece en el dintel de la puerta del Salón. En su rostro viril, de líneas enérgicas, éstas se suavizan influenciadas por la emoción que en el corazón del guerrero evocan la visión de la Reina, arrogante aún: en su ensimismamiento sombrío; y la de las mujeres, que, tristes, departen su anterior conversación, fundida en el susurro que hasta el capitán llega de sus quedas voces.

ZOHAIR

Señora...

HABIBAH

(Apercibiendo al recién llegado). ¡Chst! (Yendo hasta la puerta). ¿Qué ocurre, Zohair?

ZOHAIR

Algo muy grave, que comunicar al Rey.

HABIBAH

¿Qué es ello, capitán?

ROMAIQUIA

(Que ha percibido el movimiento de Habibah, y a Zohair en el dintel).

—¿Qué deseas, Zohair?

ZOHAIR

(Inclinándose). Hablar al Rey.

ROMAIQUIA

Entra. (Señalando al segundo compartimiento del Salón).

(Zohair avanza y queda junto a la puerta de la estancia del Rey, en donde, inmóvil, se encuentra el Halcón).

MOTAMID

(Notando la presencia del recién llegado). Avanza, capitán. ¿Por qué vienes? ¿Ocurre novedad?

ZOHAIR

(Embarazado por el temor de comunicar la noticia).

—Señor...

MOTAMID

(Resuelto). Habla, Zohair. En estos supremos instantes ninguna noticia debe ser secreta, para quienes son ya víctimas de una misma desgracia irreparable.

ZOH AIR

Señor: Los moravides acaban de entrar nuevamente en la ciudad.

(Las mujeres escuchan aterradas. Romaiquia, indiferente. Motamid salta de su asiento, como un tigre acosado).

MOTAMID

Vuela, Zohair, y prepara la Guardia. Saldremos en cuanto esté a punto. (Va a salir Zohair). Aguárda. ¿Por donde abrieron la brecha?

ZOH AIR

No ha sido brecha, señor. Los traidores abrieron al enemigo la puerta de la ciudad que da sobre la pradera de Plata. Un oficial que envía tu general Ben Amid, trae la noticia. Aguarda ahí, fuera.

MOTAMID

Qué tardas en hacerlo pasar? (Zohair sale).

¡Halcón, el casco y la espada!

(El Halcón va hacia el cojín donde se encuentran estos arreos, y comienza a ceñirlos a su señor).

Pasaje III

(Zohair vuelve con el oficial y sale enseguida a cumplir la orden del Emir).

MOTAMID

Habla, oficial (al enviado de Ben Amid). ¿Los morabitos invaden la ciudad?

EL OFICIAL

¡Han entrado en ella, sin combate!

MOTAMID

(Apresurado). ¿Y Ben Amid?

EL OFICIAL

Conforme a tus órdenes, las tropas de Ben Amid se concentran y guardan las calles de acceso a la Ciudadela.

Ben Amid, tu general, me envía para decirte que dada la muchedumbre de enemigos que entran por la Puerta traicionada, sólo cabe resistir y no atacar.

Su plan consiste en utilizar los parapetos contruídos en las calles próximas al Alkázar, y las murallas de la Ciudadela, para defender el tiempo que se pueda el castillo.

MOTAMID

Hay que atacar enseguida, y que morir cuanto antes. Vamos, señores, a reforzar los puestos; y si todo está perdido, busquemos la muerte en las calles invadidas de la ciudad.

(Todos se levantan y siguen al Rey. Al llegar a la estancia de primer término, un Arif aparece en la puerta principal del Salón).

Pasaje IV

ARIF

¡Alah acreciente los dones de mi señor! El Gran Faquí y el Cadí de los cadíes piden tu venia para hablarte.

MOTAMID

Hazlos pasar, mientras se arma mi guardia.

(Desaparece el Arif, y al instante surgen en el dintel del Salón el Gran Faquí y el Cadí de los cadíes).

Pasaje V

MOTAMID

(Viendo a los recién llegados). ¡Ah, ¿acechábais ahí, notables zorros? Pasad: (Los interpelados vacilan). ¡Pasad, os digo! (Con ímpetu).

(El Faquí y el Cadí entran haciendo humildes zalemas).

He aquí el gallinero abierto; y ahí (señalando a Romaiquia) el ave predilecta que ansiábais devorar... Pero, ¡por Alah!, que aún soy en este Palacio el Rey de Sevilla. Y vais a conocer, de una vez, la justicia del Emir. ¡Halcón! ¡Halcón!

(El Halcón Gris abandona su rigidez y viene al encuentro de su amo).

—¿Por qué te hiciste ladrón? Contesta brevemente. Los minutos son siglos.

HALCÓN

Señor: Un hombre de gran influencia en las Aljamas, alegó no sé qué derechos sobre la alquería que cultivaron mis abuelos, y con cuyos productos alimentaba mi padre a mis hermanos y a mí. El Cadí resolvió a favor de aquel hombre y envió a los alguaciles para desampararnos de nuestra hacienda. Yo maté a los alguaciles, y no maté al Cadí... (con saña feroz).

MOTAMID

(Vivamente). Porque los cadíes se encuentran guardados por los soldados del Rey, para evitar contra ellos la acción de la verdadera justicia. Por eso no le matasté. Explicado y comprendido, buen Halcón. Los cadíes tienen una honda: la Ley; y una piedra: los alguaciles. Con la honda de la Ley arrojan a los alguaciles sobre la cabeza de los desventurados huérfanos de toda influencia con el Cadí. Y la honda y la piedra, y la mano del Cadí que mueve la honda, al servicio están de las personas influyentes en las Aljamas.

Tú, Halcón, no mataste al Cadí: te limitaste a rechazar la piedra.

Pero, continúa. ¿Cómo robabas, Halcón?

HALCÓN

Asaltaba con mis hombres a los viandantes ricos y los convoyes reales. ¡Siempre desafié el peli-

gro frente a frente! (Mirando con orgullo significativo al Gran Emir y al Sacerdote).

MOTAMID

Comprendido, Halcón, comprendido. Llegastes a atacar cara a cara todo aquello que representaba cuanto vino a aniquilarte. He aquí, respetable Cadí: venerable Faquí, una de las manchas con que vuestros fetvas, reprochan obscurecido mi reinado. ¡Un exbandido, brigadier de la seguridad del Reino!

Vosotros, honderos de las personas influyentes de las Aljamas, vinisteis a robar, no por necesidad, sino por codicia, al padre de este hombre, traicionando al Emir, que, para la Justicia, os confió la misión de aplicar la Ley. Este hombre robó por venganza contra la Ley la cual antes habíale robado los medios de una honrada subsistencia. Y robó, abierta y lealmente; exponiendo su vida arrogante y fiera en los caminos reales. Vosotros, no: vosotros dísteis la orden de robar; pero no expusísteis el pecho al peligro. Mientras que con los labios insultábais la santidad de la Justicia: mandábais a los soldados del Emir como ejecutores de vuestros desafueros. Así traicionásteis la Justicia y mi confianza. Decid: ¿no es la lealtad, la suprema condición de los buenos servidores? He aquí porque para servir a la seguridad de mis súbditos, nombré al Halcón, ladrón leal de caminos: y no a uno de vuestros protegidos: ladrón de esos que traman robos entre

las sombras de la traición, ambiente de vuestras aljamas...

(Los dos funcionarios están aterrados, sufriendo sobre la cabeza baja el descargar formidable de la cólera del Rey).

Ahora bien... Hasta ahora no me decidí a lanzar contra vosotros mis justos castigos. Unas veces por la intervención piadosa y tolerante de esa Reina, por vosotros vilipendiada; otras, por temor de alarmar a aquellos de mis vasallos embaucados por vosotros, siempre hube de aguardar tiempos mejores para haceros sentir el peso de mi ley, contemplando impasible vuestra obra de serpiente, que deslizaba la traición contra mi reinado... Llegaron, por fin, esos tiempos mejores. Son los instantes, en que mi ciudad concitada contra mí, por vosotros, abre sus puertas a los bárbaros del desierto, a quienes vosotros mismo hubísteis de llamar!

Son los instantes en que mi trono se derrumba, y en que mi realeza soporta humillaciones tremendas, que vosotros atrajísteis contra mi espíritu real.

¡Halcón, venga a tu padre, y que la cabeza de los traidores, clavadas en picas y elevadas sobre los muros de mi Alkázar, contemple dentro de poco, cómo finaliza en triunfo el desarrollo de su traición!

EL GRAN CADÍ

(Arrebatado por el miedo). Señor, venimos a salvar tu vida.

MOTAMID

¡Malas bestias! Habéis matado mi reino, y aún fingís la generosidad de querer salvar lo que no puede ser sin mi reino: mi vida.

Malas bestias! Vosotros podéis vivir sin vivir y reinar...

Una voz doliente clama aprisionada en el fondo más oscuro de nuestra conciencia. Es la voz de Dios. ¡Dios, a quien invocáis en público: a quien martirizáis entre las sombras del ser, lleno de apetitos groseros, convertido en cárcel impenetrable y en verdugo implacables de la Divinidad.

¡Malas bestias! Esa voz, en vosotros, doliente y lejana: es en mí voz imperiosa que me llena el ser. Esa voz pide siempre reinar en mí y por mí. Es la voz de Dios; es toda, toda mi vida. Voz que aquí tiene un templo (golpeándose el pecho). La conciencia es el único templo verdadero de Dios. Si Dios no ha de reinar por mí, que el Templo de mi conciencia se derrumbe. Preferible es a llenarlo, como hacéis vosotros, de instintos mercaderes: de instintos de bestias; de enemigos de Dios; mientras que él en su propio Templo se ampara, perseguido, agobiado, lacerado, despreciado y con voz implorante, en un ángulo estrecho de la Sombra...

EL GRAN FAQUÍ

Señor... Abu-Berk.

MOTAMID

Zorro: crees que ese nombre me infunde temor, y que este temor habrá de contener el impulso de mi brazo justiciero.

EL GRAN CADÍ

Permítenos, señor, hablarte: y dispón después de nuestras cabezas, según tu voluntad.

MOTAMID

(Impaciente). Sea, pero acabad pronto.

EL GRAN CADÍ

Supimos que esta mañana, nuestro señor Abul Kasim, (Alah proteja su estirpe) había enviado a Abu-Berk proposiciones de capitulación. El general africano exigía la rendición sin condiciones de la plaza de Sevilla...

Señor, mintieron quienes vinieron a hablarte de nuestra animosidad contra tí. Los demás faquíes y cadíes de España, promulgaron fetvas desposeyendo a los príncipes del Islam en el Andalus. Los de Sevilla, no.

Prueba de nuestra adhesión al Emir, es esta de que fuimos a rogar a Abu-Berk, para que por respetos a nuestro carácter sagrado...

MOTAMID

(Indignado). Acaba Serpiente!

EL GRAN FAQUÍ

... Se comprometiera a respetar tu vida, y la de los tuyos. En el nombre de Alah, clemente, escúchanos Abul-Kasin, Ebn-Abad-Billah (guarde Dios tu prosperidad...)

MOTAMID

(Desesperado). O acabáis pronto la burla, o por Alah, a quien vosotros desconocéis, que con este mismo alfange os cercenaré la cabeza...

EL GRAN CADÍ

Abu-Berk nos recibió con los honores debidos a nuestra representación. Y nos mandó que viniésemos a tí, para asegurarte que si rendías inmediatamente la ciudadela, tu vida sería salva y la de tu familia también; y que, además, os dotaría Yussuff de una pensión decorosa.

MOTAMID

«Un veneno es más dulce que la vergüenza de esa rendición.» Los bárbaros me quitarán mi reino, y me abandonarán mis soldados. Pero, ¿qué importa? No me abandonarán jamás, porque son realmente míos, la dignidad y el valor.

En cuanto a vosotros... Halcón. Entrégame el fetva que, por orden mía, te procuraste de manos de los conspiradores.

Tú, Gran Faquí, toma, y lee.

(El Faquí toma temblando el pergamino que le entrega el Halcón).

Escuchad, señores: lo que dicen los imanes, cadíes, alfaquíes y doctores del Islam, sublevados contra la impiedad de Motamid.

Faquí, lee: y si tarda un punto, despedázalo, aquí mismo, buen Halcón.

(El Halcón desenvaina el alfange y se sitúa junto al gran Faquí).

EL GRAN FAQUÍ

(Leyendo con voz temblorosa).

«En el nombre de Alah, clemente y misericordioso. A todos los fieles musulimes de las tierras del Andalus, que se encuentran bajo el Emir Abul-Kasim-Ebn-Abad-El-Billah, llamado también Motamid, (maldecidos sean su nombre y su simiente. Relevados sois de la santa obligación que os hubimos de imponer, de rezar por su prosperidad reverentes zuras en las Aljamas del Emirato.)

SABED: que nos, los doctores del Islam, y en nombre de todos, el Gran Faquí y el Gran Cadí de esta Aljama de Sevilla, hemos absuelto a Yussuff-ben-Tasfchin (guarde Dios su vida para gloria del Islam) del juramento que prestara a los Emires del Andalus, cuando hubo de salir de Africa para ayudar a esos príncipes contra los cristianos de León (estirpe Alah, para siempre, su semilla de toda la haz de la tierra) de no tomar jamás las armas para conquistar las tierras de dichos príncipes.

Y mandamos, a todos los musulimes, que obedezcan a Yussuff, Califa en Marrakesch, y a sus emires y visires, como representantes del Islám. Casado vuestro Emir con una esclava libertina, los preceptos del Alkorán son burlados y el Libro de la Espada es objeto de befa impía. Los pueblos son expoliados por los impuestos. La hez de los filósofos y poetas, presididos por el Emir y su esclava, hacen escarnio del Islam.

Dice el Gran Yussuff (acrecente Dios sus triunfos) por nuestro Consejo:

« Iré contra ellos, en nombre del Alah (sea bendito eternamente) y les desposeeré de sus tierras; y el pueblo no pagará tributos; y la ley del Islam, será restablecida... »

MOTAMID

¡Basta. Ya veis como es inútil negar vuestra participación en el crimen!

Pasaje VI

ZOHAIR

(Entrando). Señor: La guardia está dispuesta.

MOTAMID

(Disponiéndose a salir y haciendo al Halcón una seña significativa que aterran al Juez y al Sacerdote).

Hasta luego, Itimad. (Estrechando amorosamente las manos de la Reina. Esta inclina la cabeza, llorando, sobre el hombro del Emir.)

No temas: volveremos a vernos. A reconocer voy los puestos que guardan la fortaleza. Aún no ha sonado la hora del combate definitivo. (Va a salir acompañado de los oficiales).

El Halcón Gris se arroja ansioso sobre el Cadí y el Faquí, apresándoles los brazos con sus dedos de hierro, e intentando arrastrarles fuera del Salón, tras de la comitiva del Emir.

EL CADÍ

(Con suprema imploración a Romaiquia).

Señora: ¿no podrás tú salvar nuestra vida? Somos ilegalmente condenados. Nuestro carácter es el de embajadores.

EL GRAN FAQUÍ

(Volviendo hacia Itimad la cabeza).

Señora, Alah misericordioso, implora, por mí, tu clemencia...

EL HALCÓN

(Empujándoles). De parte del Halcón ireis como embajadores a Alah.

EL CADÍ

¡Piedad, señora!

EL HALCÓN

¡Callad! Mi padre os condena desde el Reino de las Sombras. (Los empuja con más fuerza).

ROMAIQUIA

(Interviniendo). ¡Quieto, Halcón! ¡Señor, señor!:
(a Motamid, que ya dobla el dintel seguido por los suyos).

MOTAMID

(Volviendo a entrar en el Salón. El cortejo que le sigue,
se abre en dos alas para dejarle paso).

¿Qué deseas, Itimad?

ROMAIQUIA

Una última gracia para Itimad. Ella te pide que
le cedas estos prisioneros.

MOTAMID

Es Dios quien vive en tu piedad, como hace
un instante vivió en mi justicia. Halcón, obedece a
tu Reina, en quien vive Dios. (El Halcón los suelta, con
gran disgusto). ¡Y pensar que este Dios ha de ser
vencido ahora, en el combate!

En tu poder los tienes: divina Itimad. Perdona
a los enemigos que te escarnecieron... Es la Ley: es
la Ley...

El Rey conmovido lleva las manos a los ojos y sale pre-
cipitadamente de la estancia, seguido de los guerreros y del
Halcón.

Pasaje VII

EL GRAN FAQUI

(Al Cadí, aparte). Nadie se atreverá ahora a detenernos. Cerca está ahora nuestra venganza. Veamos de complacer a Abu-Berk, quien desea ahorrar la resistencia del castillo. (A la Reina). Señora...

ROMAIQUIA

Adelantando hacia ellos, con el brazo extendido hacia la puerta.

—¡Sois libres!

EL FAQUI

Señora: ¿no podrías tú convencer a Motamid para que entregase la ciudadela? ¿No quiere tu piedad ayudarnos a ahorrar sangre abundante de fieles musulimes?

ROMAIQUIA

¡Sois libres!

EL CADI

Tal vez si Motamid cediese, conservaría la vida y... ¡aún quién sabe! Reformando sus principios y su conducta ilegal, quizás por un pequeño tributo, como el que ha pagado a los cristianos, vendría Yussuff a dejarle el Reino.

EL FAQUI

(Con cierta petulancia). Tú no ignoras, mujer, que Yussuff, para obrar, pide previo consejo a Faquíes y Cadíes, tal como en la Ley está mandado. Y, nosotros, en pago de tu perdón...

ROMAIQUIA

(Con dulzura y como si tratara de persuadir a locos o niños).

Un reino no es una corona y un manto de púrpura y un rebaño de súbditos o servidores. Quien no ejerce una dominación espiritual no es rey, a pesar de todo esto... Vosotros seríais reyes si tuviérais la libertad y la inspiración de un espíritu real.

Idos. No queremos nada. Somos la vida derrotada por la muerte, en el episodio pasajero de las individualidades nuestras... Nos confesamos vencidos, pero rendidos no. ¿Quiénes somos nosotros para rendir la Vida? Ella, vencida en nosotros, triunfa ahora mismo, en otros lugares y cuerpos del espacio. Habéis arruinado una fortaleza: pero ni habéis podido humillar al guerrero que en ella alentaba, ni mucho menos, cautivar el ejército que defiende la inspiración de sus estandartes...

Sois libres. Vuestro castigo estará en vivir prisioneros, esclavizados de la Muerte. Nuestro premio estará en morir cuando ya no podamos liberar nuestra realeza...

EL FAQUI

Eres soberbia, mujer.

ROMAIQUIA

Es soberbia real. La soberbia de la vida ante la muerte. La soberbia real es soberbia virtud. Quien llega a sentir esta soberbia no se degradará jamás. Ella es virtud magnífica que aspira sin cesar al trono. Antes de entrar en la ergástula, mata al ser que domina, quien, bendiciéndola, muere.

Dijisteis que Alah crea incesantemente: y que el Rey representa a Alah. Cuando el Rey no puede crear no es Rey: y antes de dejar de serlo, se crea una muerte real: una muerte bella, que es vida triunfante de la muerte, aun en sus propios dominios oscuros.

EL CADI

No nos engañaron mujer. Tu filosofía ha perdido al Rey. El Emir debió dar ejemplo a sus súbditos cumpliendo la ley; y tu...

ROMAIQUIA

(Con ingenuidad) ¿De qué ley hablas, Cadí?

EL CADI

Principalmente de Alkoran, mujer.

ROMAIQUIA

Cadí: Dentro de tí sientes un Imperativo Bueno. Es el verbo de Dios. Y un grosero imperativo. Es el aullido del animal. La ley humana es una fórmula de transacción buscada por el legislador entre el Dios y el animal, cuya unidad es el hombre...

El Faquí hace signos de horror.

¿Te ofenden mis palabras, Faquí?

EL GRAN FAQUI

Mujer: es la Ley divina. Es Alkoran...

ROMAIQUIA

(Con indulgencia). Ley de Dios, dijeron para dominar los legisladores. De ella dedujeron consecuencias con relación a los hechos, y fundaron los tratados jurídicos... La voz de Dios en la Ley, fué más ahogada aun, en los tratados, por la voz de la bestia lógica: por el aullido recortado con líneas geométricas, de la bestia racional... (Observando los signos de horror de los dos funcionarios). Hay una ley que dice: No podrás alumbrar una fuente en una peña...

Pero, por si la peña tiene un cóncavo que pueda guardar el eco de mi evocación: por si este eco puede ser alguna vez alma que anime a la peña...

Cadí: Faquí: Escuchad con calma a vuestra acusada, Itimad.

Dios no está fuera de todo. Dios no es un ser fuera de todo: Dios, desde el Principio, es un Verbo en todo: que clama acción: encarnación de su propio Imperativo de Bondad. Dios es un Verbo que se encuentra en todo, clamando, desde el fondo de cada ser, encarnación; creación en hechos que realizan la Verdad. Así, Dios es en todas las manifestaciones de la vida universal. Y aquellos seres hombres o no, que cumplen este Imperativo de Dios: que realizan la encarnación del Verbo de Dios, en obra buena: o lo que es igual: en obra redentora: en obra grande: en obra *verdadera*, creadora de la vida o de la gloria de Dios sobre la tierra; creedlo rocas, que rocas sois, por falta de creencia; esos seres abnegados, heróicos, creadores, son dioses que realizan: que crean a Dios; el cual será creado, cuando sea realizado su Verbo absoluto, por entero, en la Vida Universal... ¿No veis cómo la frente de esos seres circundada es por aureola de luz? ¿No veis, cómo alumbra lo pasado, esa aureola de los creadores de Dios? ¿Os sorprende oirme hablar así? Escuchad: es Dios: Alah: que llevo en mí: quien por mi boca os habla...

El FAQUI

Calla: calla, Itimad.

ROMAIQUIA

Tú, Cadí, atiende. Yo necesito un juez, porque

todo inocente lo desea. Tú, Cadí, acostumbrado a escuchar los crímenes de bandidos monstruosos, escucha los crímenes benditos de esta pobre mujer...

FAQUI

¿Pero tú eres, mujer?

ROMAIQUIA

(Sonriendo). Ahora hablará Dios; ni mujer ni hombre. (Al Cadí). Y yo, dije al Príncipe. Cumplamos la voz de Dios. Realicemos al Dios, que dentro de sí llevamos, y sea esta nuestra Ley. Avivemos el verbo de Dios en la conciencia y en el corazón de nuestros súbditos: en su afán de Belleza: en su afán de verdad: en su ansia de creación y de gloria. Que la voz de Dios, igual en el ánimo de todos, porque Dios es uno, sea la Ley de tu Reino, Motamid. Que Dios más libre en tí que en los demás, (porque más que otro alguno, en tus hechos, lo liberas o realizas, tú) y que su voz más potente en tí que en los demás (porque más claramente sientes tú el Imperativo de su Verbo); que Dios por tí, y no tú, sea el Rey...

He aquí que es falsa tu acusación, Cadí. Nosotros hemos cumplido la ley: la Ley de Dios. Tú no puedes comprender el honor que se debe a esa ley, porque el honor que a ella se debe es tributado a la otra; y este honor, ¡oh gran Juez, es para tí!

¡Motamid: Itimad! Hemos sido una efusión de Dios: Una efusión de alegría de Dios, en libertad. He aquí la causa de la perdición nuestra. La Fatalidad condena a los dioses efusivos. ¡Un parto muy lento, muy doloroso ha de crear la Serenidad de Dios! Dios es el dolor, en el Principio... ¡Pero es tan dulce ser una efusión de Tí! (Elevando los ojos en oración, Romaiquia queda en actitud de éxtasis. Después, como justificándose y hablando consigo misma). El Andalus es un arrebatado efusivo de la generosidad luminosa del Sol...

EL GRAN FAQUI

(Viendo al Cadí, a punto de conmovirse). Humíllate, mujer o Reina. Vuelve en ti. Olvidaste a Alah. No fuiste al Templo. El Rey y el Pueblo convocados por tu voz de Sirena, dejaron de asistir los viernes a las Aljamas. Y ni escucharon la voz del Muezzin que les invitaba a la oración: ni guardaron el ayuno en la Pascua del Ramadán: ni creyeron en el Profeta: ni en los imanes y faquíes: ni en los santos del Islam: y se mofaron de los preceptos de la Religión y no creyeron en la vida eterna del Paraiso...

ROMAIQUIA

(Con infinita dulzura, en voz queda y armoniosa).

El Cadí identificó su Ley con la ley. Tú, sacerdote, identificas con tu religión, la Religión. He aquí la soberbia mala. Esta es la soberbia vana y no la magnífica virtud de la soberbia real. Porque

la Ley, es mi ley: y la Religión es mi Religión... y lo que vosotros teneis, realmente, de Religión y de Ley.

Motamid os lo dijo: yo también.

Os hemos anunciado es Dios el Verbo eterno que hace vibrar la esencia de todas las manifestaciones de la Vida, en un ansia de conservación para el mejoramiento: de mejoramiento, para la creación de la Belleza y de la Verdad. ¡La Belleza es la Verdad realizada: es la carne de Dios!

Dios es majestad en la Tempestad grandiosa: Armonía en el alba claro y sonoro: serenidad en la Noche azul, en que trazan imperturbables sus círculos luminosos las blancas estrellas. Dios es ingenuidad en los amores de los pájaros inocentes, que agitan sus alas en temblor de colores: cruzando los picos con emoción inefable, ardientes los ojos, cual ascuas de amor. Dios es el concierto alegre de los cantos y ruidos de las selvas: con el silbar de los aires y el mugír del Mar. Que está Dios palpitante y vivo en el ritmo: en el eco: en el torbellino armonioso: en el rumor de la espuma virgen, inmaculada, que suspira rubores al besar la playa y esparcir la cabellera por el regazo moreno de la arena limpia. Dios es conciencia en los seres que despiertan al amor: a la admiración y a la creación de la belleza y de la verdad: el Fiat eterno que conduce la agitación de los seres en ineludible fatalidad creadora... ¡Belleza: verdad: carne de Dios!... ¿Veis; veis

mi Sierra de Córdoba vestida de novia con las flores que hilaron los almendros de Motamid? ¡Pues, allí: allí estaba Dios! Los bárbaros han descuajado ya esos almendros, en misión despiadada e impía. ¿Veis: veis? ¡Así han perseguido: han ahuyentado a Dios, que vivía en el blanco florecer de la sierra... Ahora está desolada: está triste: los pájaros se fueron: los arroyos se secaron. Nada hay que cante ni que perfume. ¡De ella fué cruelmente arrojado Dios! ¡La Muerte, la enemiga de Dios, reina en la Sierra!

EL FAQUI

¿Eres mujer o una apariencia de Satán?

ROMAIQUIA

(Con unción). Tú lo has dicho Faquí. La realidad soy. Realidad que no puede ahora, sumergida en mundo de tinieblas, desvanecer el sueño, a veces, sombrío, la pesadilla infantil, de Alah, tu Dios. Esa pesadilla será desechada un día... Pero será un tránsito terrible: Por negar al Dios de su pesadilla, los hombres habrán de negar en absoluto, a Dios. Un abismo, se abrirá a la Humanidad entre tu Dios y el mío... Mi Dios será el de la Era última. Ya ves, Faquí, si amo a Dios, que si los hombres no llegasen a comprender el mío, yo desearía que amasen el tuyo...

EL CADÍ

(Admirado). Perdona, Faquí. Esta mujer se ha

defendido de tu acusación de vivir sin Dios. Pero no ha contestado el porqué no fué al Templo y por qué apartó al pueblo del culto al Profeta y de los santos del Islam.

ROMAIQUIA

Cadí: Faquí: Os agradezco el consuelo de mi acusación en las últimas horas de mi reinado. Pensaba recibir al verdugo con pasividad, que espantara a la misma muerte. Al hacer revivir mi creencia, habéis venido a revivir mi alegría.

Yo no fuí al Templo, porque el templo estaba y está en mi.

Si Dios realizado es la Belleza y la Verdad: y si Dios, en potencia, es el Verbo de Perfección, que en la esencia de cada ser clama encarnación en hechos: la Verdad o Belleza, ya creadas, y el espíritu de cada ser, es el Templo verdadero en que mora lo que existe creado de Dios. Allí donde existían Belleza o Verdad, allí acudió Itimad a adorarle y a gozar de Él. Y me recogí en el templo de mi espíritu, para adorarle también, en su creación ya hecha, y en su verbo divino, ansiando con fervor encarnar su voz con mis propios actos, en la realidad del Mundo. He aquí, la oración.

¡La voz del Muezzin que a la oración convoca! No es desde lo alto de los minaretes de las Aljamas, desde donde la voz del Muezzin verdadero convoca a la verdadera oración,...

El seno blanco del Alba, arrebolado por los rayos virginales de la faz rosada del Sol naciente, vibra conmovido y perfumado, por los himnos a la vida, de los seres que reviven: por el fresco despertar de las flores en abrir de radiantes corolas: por el sonido de cristales que chocan en el bronce de las esquilas y en las linfas de las fuentes.

He aquí el Muezzin que me invita a la oración. No hay agitación, ni aleteo de voz o fuerza de ser alguno que no sea un Muezzin, invitando a la oración. No fueron los viernes. fueron todos los días y todas las horas, en que al escuchar esa invitación, Romaiquia, se recogió en su Templo. ¡Que no ayuno en la Pascua del Ramadán! ¡Ay, de vosotros los que ayunáis un día y os hartáis el resto del año! Tiene para mí, tan poca importancia y tan poco goce el comer, que no le concedo seriedad alguna a la obligación de ayunar. ¡Lo absolutamente preciso para conservar fortalecido y sano este cuerpo, templo del espíritu: este espíritu, templo donde mi Dios se levanta...

¡Que no he honrado a los faquíes! ¿Qué es un Faquí? Un sacerdote: es decir, un guardador del templo de Dios y un sacrificador en el altar de Dios. Y yo te digo, Faquí, que cada hombre tiene en sí su templo; el espíritu: y en su templo, un altar: la conciencia. Y yo te aseguro, Faquí, que cada hombre es sacrificador en este altar verdadero de Dios: obrando en él, el verdadero sacrificio, que no

consiste en inmolar inocentes animales en altares de piedra; sino en inmolar estímulos groseros: estímulos de bestia: que nos incitan a no sufrir el dolor que la encarnación del verbo de Dios nos produce. Así es este sacrificio creador, el verdadero sacrificio: así es la conciencia el verdadero altar de Dios: así todos los hombres que guardan su templo, y que sacrifican en este altar, son los sacerdotes de Dios. Motamid e Itimad honraron siempre a los hombres que más sacerdotes fueron, a los que más sacrificaron por la creación o encarnación de Dios, en el altar de la conciencia...

¡Ah, mi creencia es más grande que la tuya! Tú crees que sólo son los faquíes los sacerdotes ungidos por Dios: y yo creo que Dios hizo sacerdotes a los hombres todos.

EL CADÍ

Entonces, ¿para tí, Mohamed, no fué un Profeta? ¿No crees, ni admiras, la virtud de los santos del Islam?

ROMAIQUIA

(Se recoge un momento en sí y una sonrisa ilumina después su pálido semblante. Cerrando los ojos, habla lentamente, como leyendo en su espíritu esclarecido por deslumbrante luz interior).

¡Profetas!... Y, hubo hombres que amaron todo. Fundidos con lo Infinito en una soberana efusión de amor, su ojo y su corazón, miraron y sintie-

ron por lo Infinito, las supremas verdades del Ser.

¡Profetas! Y hubo hombres en quienes Dios, a quien todos los seres llevan en sí, clamó con voz más clara y potente: proclamando y escribiendo las supremas verdades de la Vida: despertando a Dios, que en los demás hombres, como en Todo, alienta. Profetas fueron, son y serán, todos aquellos hombres que marchan delante diciendo y señalando los caminos de Dios, que son los de la Belleza, la Verdad y el Bien.

¡Santos! Fueron todos aquellos que siguiendo a los Profetas, con inquebrantable firmeza, avanzaron adelante por esos caminos de Dios, sin que bastare a detenerles los desgarramientos de todos los mentidos martirios, ni las caricias de todos los falsos amores...

¡Oh, Cadí! No es Mohamed mi profeta. (El Faquí se oculta el rostro con las manos). No son mis santos, los santos del Islam. Es más amplia la creencia mía... Mis profetas y mis santos son los profetas y los santos de todas las religiones, en cuanto tuvieron visión de lo Infinito: en cuanto sintieron el Dolor de la Santidad... Dolor que parirá a Dios... ¡Religión..! Ella sirve para crearle: para realizarle en la vida! Dime, Faquí: ¿soy irreligiosa? Yo te invito como una hermana a creer, que todas las religiones, son religiones, en cuanto han presentido o tienen esencia de la Religión!

(El Cadí y el Faquí están anodadados y miran con asombro a Romaiquia).

EL CADI

Señora: Sabíamos que la Corte de Motamid, era descreída de nuestra creencia...

ROMAIQUIA

Y por esto la llamásteis descreída...

EL CADI

Itimad: ¿en dónde aprendiste todo eso?

ROMAIQUIA

Yo no sé nada. Habla por mí, no mi Dios: el Dios de todos. En mi conciencia, su voz escribió un Korán.

Dios vino a mí, a través de generaciones que lo parieron con dolor, y fui yo el último parto de su parir doloroso e incesante... Yo... fui un ritmo de alegría, creado por el dolor. Un ritmo que, ahora, en el concierto de los ruidos trágicos, se desvanece. Reintegrémosnos al Dolor... nuestro padre y el mejor escultor de las almas. Ahora Dios, es eso. La alegría definitiva de Dios estará al fin: en el fin de su creación gloriosa y triunfal...

(Romaiquia dobla la cabeza, como aguardando el sacrificio).

EL FAQUÍ

(Despertando del hechizo producido por las palabras de Itimad).

Sacrilegio es ese sueño tuyo, mujer. ¡Ay de tí,

cuando las trompeta de Israfil llame a los hombres al juicio de Alah!

ROMAIQUIA

(Resignada). Sueño llaman los hombres a la realidad de Dios: y realidad a los sueños de sus modorras de bestia.

Prácticos son los objetos que puedan alcanzar sus miembros pesados. Aquellos que requieren alas para llegar hasta ellos, son fantasmas: son utopias. (Mirando al cielo). ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo no volverá a vivir Itimad?

Pasaje VIII

(Amina, el aya de los hijos pequeños del Emir, aparece en la puerta de la estancia. Itimad al percibirla, despierta bruscamente de su abstracción).

ROMAIQUIA

(Yendo hacia Amina). ¡Mis hijos!... (Volviéndose al Cadí y al Faquí). He aquí que en mis hijos pongo yo, en este mundo, mi creencia. ¿Qué es de ellos, Amina?

AMINA

Te echan de menos y piden verte.

ROMAIQUIA

¿Qué hacen?

AMINA

Señora: Tu hija Xelima calma a los más pequeños. Parece, entre ellos, una tierna madrecita.

Lloraban, hace unas horas, por ir a jugar, como de costumbre, a la Pradera de Plata, extrañándose, como en los días anteriores, de que no se les llevase a aquel lugar.

Zahira preguntaba:—¿Por qué tantos días sin ir a la Pradera? Y Xelima contestó:—No puede ser: Hoy tenemos que estar aquí y acompañar a madre. Además, en la Pradera, hay soldados. Es la guerra.

Y dijo, entonces, Abderramem, pasándose los puños por los ojos, para enjugar las lágrimas:—¿Y qué es la guerra?

En esto una inmensa bandada de estorninos apareció en el trozo de cielo que se descubre desde la puertecilla de la terraza. Un aguilucho los perseguía y llegó a acometerles. Los pájaros se replegaron, primero, en una apretada nube oscura. Después la banda se estiraba o retorcía en el aire, como una alada serpiente. El aguilucho se vió precisado a detener el vuelo ante los torbellinos de aire que los pájaros fraguaban con la fuerza de sus concentraciones.

—Esa es la guerra—dijo Xelima, señalando al cielo.—Un pájaro grande que quiere comerse a los chicos. Sólo que en la guerra, en vez de ser pájaros, son hombres.

Pero Abderramem replicó:—¿Y cuál es el pájaro grande que quiere comerse a los hombres?

Entonces Xelima, vencida por Abderramem, contestó así:—Es verdad, hermanito. Los hombres debieran unirse todos para combatir sólo los pájaros extraños: porque los pájaros iguales, juegan a ver quien vuela más, pero no se matan unos a otros. ¡Sólo hacen la guerra a los pájaros distintos!

Zahira, seguía preguntando por tí: y la más pequeña, Ommalisam, lloraba, sin consuelo, en los brazos de Zoraida. Entonces, Abderramen, quedó un instante pensativo, y rompió a llorar también: «Madre no viene, decía, porque se la ha comido un pájaro grandel!»

ROMAIQUIA

¡Mis hijos! Amina. Bájalos al Patio, en donde acostumbran a jugar. y avísame, enseguida, para ir a unirme con ellos.

Cadí: Faquí: Me acusábais, hace unos instantes de no creer en la Eternidad y en el Paraiso de los fieles. He aquí que esa mujer os contestó, por mí, al invocar a mis hijos. He aquí que estas damas que me escuchan y que los guerreros que siguen al Rey, espíritus idénticos al de Motamid y Romaiquia, os contestan por esta Reina, destronada ya.

EL CADI

No te entendemos, Señora.

ROMAIQUIA

Hermanas: (a las señoras de la Corte).

Convirtamos el dolor en goce, al transformar nuestro dolor, durante estas horas amargas, en bella esperanza de un eternal Paraiso.

EL FAQUI

(Desesperado). ¿Te burlas aún, maldita?

(Las damas de la Corte protestan ante el insulto extemporáneo).

HABIBAH

¡Todavía eres la Reina, señora! ¡Aún existen en Palacio soldados que acudan a tu voz!

OTRA DAMA

(Aproximándose al dintel de la puerta y a grandes voces).

¡Soldados: la Reina os llama!

MYRIAM

(Abandonando su natural dulzura y mirando indignada al Faquí).

¡Malvado! ¿Te atreves a insultar a la Reina? Cúmplase, señora, y cúmplase pronto; la sentencia del Emir!

Pasaje IX

(Aparecen varios soldados de la guardia en la puerta del Salón).

EL JEFE

(De los soldados, inclinándose). Dispuestos nos hallamos, señora.

LA REINA

No es ya nada. Podeis retiraros. (Los soldados se van. Al Faquí y al Cadí, con dulzura).

¿Por qué me insultas, Faquí, antes de escuchar mi pensamiento? Te dije que a la invocación de mis hijos, y de estas damas y de aquellos guerreros, espíritus idénticos a los de Motamid e Itimad, responde mi creencia en un eternal Paraíso. Te dije que el dolor de morir puede transformarse durante las horas amargas, en el adelanto del goce de vivir, por siempre, en ese Paraíso Eternal, ¿No me tachabas de descreída en la Eterinidad y en el Paraíso?

EL CADI

Perdona al Faquí, Itimad. Su religioso celo le llevó más lejos de su deseo de respetarte...

EI FAQUI

No te entiendo, oh mujer, si de otro modo no expones tu creencia..!

ROMAIQUIA

(A sus damas, con ingenuidad y alegría, inefables).

Alegrémosnos hermanas. La Eternidad es nuestra... (Pausa, después de la cual, ríe). ¿Veis? (al Cadí y al Faquí). ¿Veis? Son muy dulces estas horas, muy dulces: ya no viviremos en Sevilla... sino en el Paraíso... Este día... Es un día eternal y radioso... Reinan por siempre, Motamid e Itimad... ¡Yussuff! Los cadíes y faquíes... ¡Pobres animales inferiores! Vosotras lo sabeis... Siempre me encantaron los pobres animales... Cuando alguno me picaba o mordía, yo protestaba contra quienes querían castigarles... ¿Qué saben ellos? Son nuestros hermanos, que dicen inferiores. Hijos de la vida: son nuestra propia vida, a quien debemos querer como tutores piadosos. Perdonadlos. Curemos la herida que el animal nos cause, con el bálsamo infalible, con la alegría infinita de nuestra dulce piedad...

EL FAQUÍ

¡Está loca!

ROMAIQUIA

(Apercibiéndose). Escucha, doctor. He aquí mi desvarío, sobre la Eternidad. Tú has venido a decirme: Descreída, ¿qué Religión es esa tuya, que no cree en la Eternidad? Tienes Dios, templos; altares, profetas, santos; pero Eternidad... ¡Eso no! Ese afán de vivir, sólo nosotros podremos satisfacerlo. Escuchad, doctores del Islam. Creed, como cree Ro-

maiquia, y como Romaiquia, vendreis a gozar, y será salva nuestra vida.

(La Reina se sienta entre sus damas en el centro del cogín lateral, al borde de la balaustrada del fondo. Se dirige a los demás en actitud complaciente y mimosa, como si fuese a narrar un cuento a sus hijos).

Cuentan que, en cierta ocasión, llegó un derviche predicando Alkorán, a cierta tribu pacífica que moraba un oasis feliz, en el desierto. Y cuentan que el jeque de la tribu, al derviche, hubo de preguntar irónico: «Dime, sacerdote; si la Religión existe para la Eternidad, ¿en qué Eternidad creen los musulmes? ¿Cómo se premia eternamente a los buenos y se castiga eternamente a los malos?»

Y el derviche habló, entonces, al jeque salvaje, de otra vida de ultratumba, adonde el individuo humano, después de muerto, va a gozar o a sufrir por una eternidad, en el Paraíso, morada de Alah, o en el Infierno, morada de Satán.

El jeque reía piadosamente escuchando el cuento, como ríe un anciano ante los sueños de un niño. «Ven conmigo», dijo al derviche. Y le condujo a su jardín. «Mira, añadió entonces, la lección de Eternidad que nos ofrece Naturaleza». Y tomando entre sus dedos, un grano de trigo, así empezó el salvaje a hablar de Eternidad. «Ves, derviche, este grano? Se siembra. A poco de él queda la cáscara, la escoria: la envoltura; esto es, el cadáver. ¿Pero se puede decir, por esto, que el grano murió? No.

Mira como su vida apunta renovada en el germen; como asciende dotada de nuevas energías por el tallo; y como viene a florecer y a multiplicarse en los granos de la espiga. ¿Qué son los granos de la espiga, sino el mismo grano que se sembró, renovado, multiplicado en su propio vivir, que viene a aumentar, de este modo, sus garantías contra la Muerte? Y observarás, continuó el jeque, que los labradores para sus siembras, escogen siempre las semillas sanas. Estas son las fuertes; las robustas; es decir, las semillas buenas: porque estas semillas son únicamente las que se multiplican en cosechas abundosas. Las semillas podridas: esto es, las malas, esas no se eternizan multiplicándose en la cosecha futura. He aquí, pues, lo que sucederá con los hombres buenos y malos. Los hombres se eternizarán sólo por la espiga de sus hijos, que son su misma vida florecida y multiplicada. Los hombres buenos, fuertes, robustos, como las semillas buenas, se multiplicarán en cosechas abundosas. Los raquíuticos y malos no se perpetuarán por esta espiga. Si llegan a engendrar, son granos raquíuticos, que se extinguirán al fin. Los hijos se avergüenzan de la vida mala de sus padres. Arrojarán de sí la vida mala de aquellos antepasados que les avergüenza, y acojerán y fortalecerán la buena, de aquellos antepasados que vengan a enorgullecerles. Así, sólo estos antepasados buenos, sobrevivirán. Es por esto, la negación, la muerte eterna, el castigo

de la Barbarie y de la Maldad: y la afirmación, el eterno vivir, renovado y triunfante, el premio inmortal de la Belleza y del Bien: de la Fortaleza y del Heroísmo...»

He aquí, como habló el salvaje.

Hermanas: Motamid y Romaiquia, mitades de un sólo Ser, fundidos por las nupcias, en una vida única, fueron el grano que sembró el Amor.

De ambos quedará la envoltura inerte: la escoria: el cadáver. Pero, he aquí que nuestra vida no morirá, reproducida en renovación, florecida y multiplicada por esta espiga de nuestros hijos, quienes de nuestra obra embellecedora de la vida, se enorgullecerán...

¡Nuestros hijos! No son sólo esos niños que lloran por su madre... Son también estas damas: son también la corte de los hombres magníficos, en cuyo espíritu engendraron y modelaron su propio espíritu, su propia vida, Motamid e Itimad. ¡He aquí la espiga gloriosa de nuestros hijos espirituales! Si éstos creen, y piensan, y sienten, y gozan, y penan, y aspiran el vivir y por el vivir como nosotros, ¿no vendrán a ser reproducciones nuestras? ¿Y qué nos puede importar la muerte, si en ellos, nuestra vida perdurará?

Ya veis, juez y sacerdote, porque Romaiquia, en su último día, no llora; y, contenta, ríe.

Mi venganza ha triunfado de la barbarie que morirá. ¿Cuál es mi venganza? ¡Multiplicar mi luz entre las sombras! La belleza entre la monstruosi-

dad: el bien de mis obras entre el mal enemigo. Por esto, río. La muerte me ha vencido, en mi... ¡Pero, ay, de la muerte combatida por mí con la eternidad de mis hijos, del espíritu y de la carne! (Profética).

... Y llegará un día en que nuestros hijos del Andalus se avergonzarán de la grosería bárbara de sus antepasados morabitos y se enorgullecerán de la delicadeza y potencia espiritual de Romaiquia y de Motamid. Y dirán, ellos, entonces: «Neguemos en nuestra propia vida, la vida de los morabitos: consagremos, en nuestra propia vida, el reinado eterno de Motamid e Itimad...» Decid, doctores del Islam: ¿Tenía razón para reirme ante esta decepción de la muerte, representada por vosotros?

Pasaje X

AMINA

(Entrando). Señora: tus hijos te esperan.

ROMAIQUIA

(Levantándose, sonriente). Vamos, hermanas. Adios, doctores de la Ley.

La estirpe excelsa de los reyes de Sevilla se continuará por los hijos de Itimad, en el destierro. Ellos serán los reyes y no el Rey de Marruecos,

aunque el Rey de Marruecos, en esclavos los convierte...

No matad a los hijos de Motamid. Como aquel Rey que quiso matar al niño-rey, para suprimir competidor, nada adelantaráis matando a estos niños. El niño Rey escapará, siempre. Cada niño es una esperanza de rey. El niño Rey, será mi niño. El espíritu de mis hijos conduce al Rey, y es la flecha, aún no truncada de la santa fatalidad que os vendrá a negar algún día. En él, alentarás fuerte e incontrastable el espíritu de Itimad, la esclava, proclamada Reina, por Motamid, Rey de Sevilla.

(Salen Romaiquia y las demás mujeres. El salón cada vez más obscurecido, va siendo dominado por las sombras de la noche).

Pasaje XI

EL CADI

(Con estupor). Faquí: jamás hablé con Itimad. No la comprendo; pero esa mujer era un gran peligro.

EL FAQUI

Está loca... Su reinado ha concluido, para siempre... (Temeroso). Pero no debemos permanecer aquí más tiempo. Si el Rey volviera...

EL CADÍ

Nos haría matar.

EL FAQUI

(En voz baja). Salgamos y sigamos concitando al pueblo para que la ciudadela no resista... (Compungido). Ahorremos sangre preciosa de musulimes inocentes. Abu-Berk y Yussuff nos lo pagarán. Y, Alah, nos premiará por su mano... (Amenaza los muros con los puños cerrados). ¡Casa de profanación!

EL CADÍ

Espera, sacerdote. Nosotros purificaremos estos muros, asilo hasta ahora, de la impiedad. El palacio será nuestro. Los libros, en los cuales se acumuló el error, serán quemados en grandes piras. Las estatuas serán calcinadas por el fuego, y destruidas serán las pinturas de escenas nefandas. Los filósofos interpretarán Alkorán con la censura de los imanes y escribirán luminosos tratados de derecho; y los poetas dedicarán sus versos al Profeta de los creyentes y a sus representantes en la Tierra... Las Bibliotecas se compondrán de historias eruditas, que escribirán rebuscadores de nuestra tradición y comentadores admirados del texto legal. Nos respetarán supersticiosamente. ¡Faquí! ¡Pero cumplamos ahora, las órdenes del Califa!

EL FAQUÍ

¡Alah acreciente sus triunfos y prosperidades!
(Salen cautelosamente, mirando primero desde la puerta ha-

cia el corredor. La sala queda un instante solitaria y en tinieblas.)

Pasaje XII

El Djaili aparece, a poco, vestido de guerrero. Investiga la estancia, y al descubrirla vacía, grita, yendo hacia el dintel.

EL DJAILI

¡Hola, traed luces!

El poeta se recuesta sobre un ángulo del salón en actitud meditabunda y sombría.

Pasaje XIII

Llegan dos soldados, trayendo candelabros con bujías encendidas, de múltiples colores, las cuales vienen a colocar sobre el mármol de la balaustrada divisoria del salón.

EL DJAILI

(A uno de los soldados).

—¿En donde están la Reina y sus damas?

UN SOLDADO

La señora y sus doncellas cuidan ahora de los hijos del Emir.

EL DJAILI

Ve y dí a Habibah que Abd-el-Djaili la saluda

y que la ruego venga a escucharle unos momentos' (Salen los soldados).

Pasaje XIV

El Djaili queda en la misma actitud pensativa que adoptara durante el pasaje anterior. A poco, entra en la estancia la bella Habibah.

HABIBAH

(Entrando). ¡Salud, Abd-el-Djaili! (Sin disimular su alegría).

No dirás, poeta, que soy desatenta contigo. Enseguida me apresuré a acudir a tu llamamiento...

EL DJAILI

(Levantándose). ¡Habibah!

El Djaili mira apasionadamente y con firmeza a Habibah. Esta dobla el hermoso cuello, inclinando la cabeza.

EL DJAILI

Habibah; Esperaba, como siempre, por saludo tuyo, una chanza.

HABIBAH

(Algo confundida, y sin levantar los ojos).

Es que tu... ¡me pareces otro, Abd-el-Djaili!

EL DJAILI

(Aproximándose a la doncella). ¿Acaso, porque des-

pués de varios días en que no nos hemos visto, me presento ante tí, vestido con traje de guerrero?

HABIBAH

(Atreviéndose a mirarle). Ya sé, Djaili, que has rimado, durante estos días, tus mejores versos heroicos...

EL DJAILI

(Con tristeza). ¿Te satisfizo mi comportamiento, bella Habibah...?

La doncella no responde, impresionada por el acento de su interlocutor. Durante unos momentos, ella piensa que tal vez el Djaili ha querido dirigirle un triste reproche por el menosprecio de sus burlas de antaño.

HABIBAH

(Después de un silencio). ¡Djaili!

EL DJAILI

Pasaron ya los tiempos de las burlas felices...

Ya no hago reír a nadie, Habibah... El brazo de El Djaili, silencioso, se mueve durante estos días, tanto como antaño se movió su lengua. La corte se pregunta asombrada: ¿Pero es posible que sea este Djaili, el charlatán que tanto nos divertía? ¡Quién hubiera pensado que su apariencia sencilla e ingenua, fuese el vestido de tanta seriedad!

HABIBAH

(Como si se defendiera de una acusación). Yo no me

paré jamás a investigar si tú eras serio... Pero no sé como yo he presentado siempre tu seriedad. ¿Quieres que te sea franca, Djaili? (Dejándose arrebatar por la ingenua efusión de su arrepentimiento, y con mucha animación). ¿Quieres que te sea franca? Cuando se reían de tí, yo, sentía sorda rabia contra tí, porque hacías reír a los demás; y para vengarme de ti... yo te hu-
be de burlar con más saña que otro alguno.

EL DJAILI

(Agradecido). ¡He hecho reír!... Es cierto. Los necios se ríen de aquel que sin ser suyo, a los demás se derrocha, en ingenuas efusiones. (El Djaili ríe). Por primera vez, durante mi vida, heme recogido en mí y no me he derrochado a los demás, sin ser antes mío.

Atiende, Habibah. Cuando por las noches quedaba a solas, conmigo mismo, y pensaba en las risas y en los desvíos o menosprecios que provocaba en la Corte, a causa del desate de mi lengua, yo me decía, de vez en cuando, con indignación. ¿Por qué se han de reír de mí, charlatán, siendo yo más discreto que ellos, silenciosos?

Ellos aparentaban recogerse en sí, como si dentro de sí, tuvieran otra cosa que el vacío. Ya, este fingimiento, es verdadera discrección. Yo, ocupado en liberar el torrente de mis palabras no pensaba en concentrar y ordenar las esencias que existían en mí. Algunas veces, en la soledad, llegué a

idear que si existiera un candado invisible, el Djaili lo hubiera comprado para sellar su boca,

Otras veces, hacía propósito de enmienda. Pero mi fortaleza y buenos propósitos, durante la soledad, diluíanse en la efusión de la compañía. Entonces, mi voluntad ni aun siquiera pretendía venir a ser el freno de mi lengua desenfrenada. Hasta llegué a poner mi goce, en estos juicios de los demás: «¡Pobre Djaili! ¡Es demasiado bueno! Fiel al señor como un perro; sensible para todo y para todos, como las cuerdas de una guitarra en constante tensión. Su pecho es la caja de sonoridad de la guitarra... ¡Cómo nos hace reír!» ¡Perdón, generosa Habibah! He sido conscientemente, un bufón, tal como esos enanos ridículos, o tal como esos hombres grotescos, que usan para reír los reyes y los señores cristianos!

HABIBAH

(Con astucia). ¡Y ha sido necesario que las desgracias tremendas del Reino, sobrevengan; para que impresionado por la conmoción, el Djaili vuelva a meterse en sí mismo!

EL DJAILI

No es la muerte cercana, Habibah. Eres tú, quien me ha metido en mí. Mi seriedad, quizás no existiera, a pesar de la tremenda conmoción, si Habibah no viviese...

HABIBAH

Expílicate, Djaili.

DJAILI

Habibah, quiero pedirte un favor. Para esto te hice venir. Desde que fué inminente el peligro de la entrada de los bárbaros en la ciudad, nació la necesidad que me metió en mí; y me sugirió la idea de pedirte este favor, para librarme de un gran tormento.

HABIBAH

No puedo penetrar tus enigmas..,

EL DJAILI

Y, a medida que la hora fatal se acerca, el acicate de mi necesidad es más intenso: más terrible mi martirio, y más poderosa la idea de pedirte este favor... No te reirás, ¿verdad, Habibah? ¿No te parecerá ridículo este último favor, que pide de tí tu amigo el Djaili, quien tanto te hizo reir, ahora serio y moribundo?

Ya ves, Habibah. Todo está perdido. Inútiles han sido nuestros esfuerzos, de hace unos instantes, para contener a los bárbaros. Hemos perdido algunas calles de las que circundan la ciudadela. No hay otra salida para la esperanza que la de morir con bella muerte... Hasta el populacho que habita en las calles dominadas todavía por nosotros, nos

es claramente hostil y pide la rendición del castillo para evitar el saqueo de los soldados de Yussuff que amenazan asaltar el barrio del Alkázar... La hora terrible se acerca... y sintiéndola ya, no he podido resistir: he abandonado mi puesto y he venido a verte y a rogarte...

HABIBAH

(Conmovida). ¡Oh, Djaili! ¿Y qué deseas tú de mí?

DJAILI

(Después de un corto silencio). He sentido siempre que una esencia poderosa presidía y alumbraba, como una estrella, todo mi vivir.

Esa esencia... es mi amor por tí, Habibah.

Amor humilde, que fué en su cuna saludado per tus burlas y tus risas de desprecio. Amor humilde que ha convertido en amor sombrío y feroz, la bárbara amenaza que nos cerca... He aquí la causa principal que metió en mí, a mi propia alma silenciosa... Porque, atiende lo primero que vine a imaginar: ¡Caerá Habibah, esclava de los bárbaros... y...

HABIBAH

(Espantada ante la profecía). ¡No: No!...

EL DJAILI

(Concluyendo sombrío). ... Y al harém repugnante irá a parar, de algún bárbaro, señor!

HABIBAH

(Llorando de humillación, y con energía). ¡No, Djaili, no!

EL DJAILI

Habibah, te amo como te amaría un dios... Yo te conjuro para que por ningún hombre te dejes profanar... Ya ves: Ya ves si mi amor es divino, si te amo como un dios a una deidad, que no vengo a pedirte en estos supremos instantes el consuelo de una leve caricia, ni la promesa de una imposible esperanza. Sólo vengo a... exigirte (con tono enérgico) a exigirte, sí, puesto que como a deidad te amo, la seguridad de un divino juramento... Y, es... que yo he jurado defender al Emir hasta la muerte... Y quiero que tú me jures que si muero sin poder matarte yo, te matarás tú, Habibah, antes de caer cautiva...!

Estas últimas palabras las ha pronunciado el Djaili con tono reconcentrado y salvaje. El semblante de Habibah ha ido iluminándose con un goce anhelado, mientras escucha las revelaciones de El Djaili. Por último, una sonrisa en sus labios, es el amor que florece ante aquella enérgica revelación del amor, o lo que es lo mismo, del hombre, que bajo la apariencia de el Djaili, presentía. Ella amaba al Djaili que adivinaba su instinto; en el poeta ligero, ingenuo locuaz. Su amor era un presentimiento. Y su amor se vengaba del disfraz grotesco que envolviera al Djaili, persiguiéndole con sus risas de desprecio y burlas alegres e implacables.

HABIBAH

¡Te lo juro, Djaili! (Con cierto voluptuosidad y recalcando las palabras.

DJAILI

Con suprema alegría y disponiéndose a salir.

Con esa promesa, divina Habibah, parto hacia la muerte... No hay caricia para mi amor, como la caricia de tu juramentó... Me esperan... Mejor dicho, me espera...

El Djaili va a doblar el dintel de la puerta.

HABIBAH

Extendiendo sus brazos hacia El Djaili.

—¿Quién? (Musitando esta interrogación con cierto anhelo y terror). ¿La muerte?

EL DJAILI

Precipitándose hacia Habibah, tomándole las manos y besándolas con reverencia.

O la gloria. Es lo mismo. Mi vida es ahora amor divino por Habibah... fidelidad al espíritu inmortal del Rey; valor de sacrificio. Ya ves tú, Habibah. Fácil sería al Djaili conservar la vida. Un poema servil a Abu-Berk y, el Djaili y Habibah, gozarían de su amor presente. Pero al transcurrir de los días languidecerían, morirían por siempre nuestras vidas y nuestros amores: apagado su perfume heroico.

Exprimamos la flor, convirtiendo su vida en perfume. De todos modos, la flor habrá de morir...!

Sólo su perfume no morirá nunca, amorosamente recogido por los senos del espacio.

¡Tu juramento, Habibah! Cumple tu juramento y, en el jardín de los amores futuros, con el mío, se encontrará fundido tu amor, como matices divinos de una flor eterna.

El Djaili vuelve a besar las manos de Habibah y torna hacia la puerta, con resolución. Habibah, queda con los brazos extendidos, y sus ojos brillan en ansias de amor y de muerte.

Pasaje XV

El Rey, Zohair, Halcón y el cortejo de guerreros que acompaña al monarca.

MOTAMID

¿Cómo, Djaili? ¿Tú en Palacio?

EL DJAILI

(Retrocediendo). Vine a hablar con Habibah...

MOTAMID

(A Habibah). ¿Algún juramento de amor?

EL DJAILI

Mi entras Habibah, baja confundida y ruborizada la cabeza.

—Un juramento de muerte, señor.

MOTAMID

Siendo tuyo y de Habibah, no puede ser, Djaili, juramento de muerte, sino de vida.

Felices los que mueren aspirando sobre la muerte la eternidad del amor. Son gloriosos los últimos instantes de aquellos que, al morir, ven cumplida su esperanza de amor terreno, en la esperanza de un amor inmortal!

El Rey guarda un silencio de emoción durante unos instantes.

¿Y la Reina? (A Habibah).

HABIBAH

Está en el patio con sus hijos.

MOTAMID

Acompáñala, dulce Habibah. Yo sé que mejor que nadie la podrás consolar tú. (Habibah se dispone a salir).

EL DJAILI

Si me das permiso, señor, yo volveré a ocupar mi sitio en el puesto que me designaste.

MOTAMID

Id los dos.

Extendiendo el brazo hacia la puerta. Habibah sale de la cámara. y en pos de ella, el Djaili, haciendo ambos al Emir una reverencia.

Pasaje XVI

MOTAMID

(Con voz lúgubre). Por fin, se unieron Habibah y El Djaili...

Pausa. Durante un instante los guerreros guardan un silencio respetuoso. El Rey parece meditar sobre las ingenuas alegrías pretéritas disfrutadas por su Corte.

Los bárbaros han dejado de atacar...

Encerrados nos tienen, en el castillo.

Apretado y estrechado el cerco, tal vez esperan rendirnos por hambre...

El populacho teme al hambre y al saqueo. Esos abyectos se arrastraban a mi paso por las calles, clamando, desesperadamente, rendición.

El Rey empieza a pasear lentamente por la cámara, entre el mirar triste de los guerreros callados. De repente se detiene frente al Halcón.

—Halcón: Ayúdame a despojarme de estos hierros. (Señalando su armadura. El Halcón obedece, sin replicar).

Se oye, adviniendo del exterior, un confuso griterío que,

cada vez, más aumenta, hasta llegarse a percibir distintamente estas voces:

UNA VOZ

¡Salva nuestros bienes, Abul-Kasim!

OTRA VOZ

¡Salva nuestras vidas, Abul-Kasim!

OTRA VOZ

Emir; no hay esperanza. ¡Ríndete a Abu-Berk!

A cada una de estas voces, siguen ruidosos clamores de aprobación. Los guerreros escuchan las voces con indiferencia. El Halcón concluye de desarmar a Motamid.

MOTAMID

Ya están ahí esas repugnantes plañideras... ¡El populacho! ¡La muchedumbre!

Son los incapaces de soltar bocado de pan, por absorber Belleza y besar la Gloria!

¡Maldito Emir, que nos sacaba nuestro dinero para convertir Sevilla en espléndido nidal de los partos del espíritu! Yussuff, abolirá los tributos. ¡Pues, viva Yussuff! Así dicen los mercaderes miserables, que acumulan dinar sobre dinar, como albañil que pasara la vida arrimando montones de piedra para no construir edificio alguno! ¡A latigazos hay que sacarles el dinero, para las creaciones santas! Así, los mendigos que les siguen: aquellos que al dolor de la iniciativa del esfuerzo creador, pre-

fieren la humillación de vivir con las migajas que en la mesa de los ricos sobra!

El rumor exterior vuelve a alzarse en clamoreo inusitado e imperioso.

UNA VOZ

Ríndete, Abul-Kasim.

OTRA VOZ

¡Asesino!

(Ambas voces son coreadas, ruidosamente, por las del populacho).

ZOHAIR

¡Malvados!

MOTAMD

¡Asesino! Porque quisiera veros suicidas heroicos. Un heroico suicidio, por siempre conservará una vida... Porque no quiero ¡bárbaros! que para siempre murais en el lento y humillante suicidio que desarrolla una vida miserable...

Escuchadlos, señores. Son los que imploraban hace poco, a mi paso por las calles...

Son los que, cuando no lloran, tiranizan...

Hienas, vestidas con pieles de cordero: sombríos rapaces, que ansían las tinieblas para acometerse los unos a los otros, con las fauces ensangrentadas.

Sólo domándolos, como a bestias cretinas, se

puede llegar a sugerirles corta inspiración y hábitos humanos. ¡Esclavos! Únicamente el látigo del capataz o el aguijón de la necesidad, podrá conducirles a la alta creación... Así fueron conducidos a la construcción de las pirámides, que elevan sobre el desierto sus agujas oscuras, como un anhelo confuso del misterio azul.

(Vuelve a alzarse más intenso el rumor).

¡Como grita ese rebaño temeroso!

¡Halcón, hijo; sal y despeja la Plaza, para que la humillante mendicación no atormente nuestros oídos!

¡Acuchilla y mata, sin piedad: véngate, Halcón!

¿Ves el Cadí y el Faquí que escaparon a tu alfanje justiciero? Son unas de tantas cabezas como la hidra tiene: La hidra está ahí, en la plaza de mi Alkázar, profanado por voces de imploración! Ellos, los que componen la hidra, el populacho, son los que por temor a su recíproca fiereza, fraguaron la necesidad de la ley, y de Alkorán: y de la horca: y del Cadí. Son ellos los que hicieron al Cadí: a aquel Cadí que condenó a la ruina a tu padre moribundo y disgregó la pollada de tus hermanos, condenados al azar!

¡Mátalos, Halcón, mátalos; que el hombre en ellos, no vive; que en este tránsito monstruoso, que ellos representan, es la Bestia quien rige la inteligencia del hombre: y es, por esto, el animal huma-

no, menos que hombre: menos que bestia: cantidad negativa de hombre y de bestia!

HALCÓN

Al momento verás como acallo sus aullidos...
(Sale el Halcón, desnudando el alfanje).

Pasaje XVII

UNA VOZ

Abu-Berk, nos matará!

VARIAS VOCES

(Con ira). Abul Kasim, asesino!

OTRAS VOCES

(Implorantes). ¡Piedad! ¡Piedad! Ríndete, Motamid!

MOTAMID

¡Rendición! ¡Rendición! Si vosotros quereis rendiros, es porque nada teneis que rendir! Careceis de dignidad: careceis de vida. ¡Y quereis salvar con la rendición, la vida...! (El Rey inclina silencioso la cabeza sobre el pecho. . . en el exterior se oyen, a poco, los alaridos del populacho expulsado de la Plaza por el Halcón. Mezclados con sus imploraciones llegan a la Sala los gritos de los soldados que aclaman a Motamid).

LA VOZ DEL HALCÓN

¡Fuera la canalla! Matadlos a todos. ¡Viva Motamid! (Varios gritos de soldados corean al Halcón).

OTRA VOZ

(Implorante). Estamos acorralados. ¡Halcón, por Alah, déjanos libre la puerta de la Plaza!

OTRA VOZ

Halcón, por piedad, déjanos huir!

ZOHAIR

El Halcón ha ocupado la puerta de la plaza y ha encerrado a la muchedumbre, sin duda.

VARIAS VOCES

Halcón, Halcón. ¡Nuestra vida! ¡Nuestros hijos...!

UN CABALLERO DE LA SALA

Vayamos a ver la hecatombe. (Muchos guerreros van hacia la ventana del segundo compartimiento).

OTRA VOZ

(Desde fuera) ¡Motamid, salva a tus vasallos de las iras de tu Halcón!

OTRAS VOCES

¡Perdón! ¡Perdón! ¡Viva el Emir!

LA VOZ DEL HALCÓN

Todos. Todos vais a morir...

UN CABALLERO DE LA SALA

¡Va a degollar a la muchedumbre!

MOTAMID

(Volviendo de su abstracción). ¡La vida! ¡Los hijos!
¡Mis vasallos! ¡Huir...!

Vida vasalla de mi vida... ¡Pobre vida mía, en mis vasallos, humillada por la Bestia, hasta la servidumbre! ¿Y he de ejecutar a mi propia vida en ellos prisionera, por destruir la Bestia que en ellos mantiene su prisión? ¿Salvaré ya mi reinado, aunque en ellos haga perecer mi vida?

OTRAS VOCES

(De fuera). ¡Piedad! ¡Piedad!

MOTAMID

Sin piedad no existiría Dios en el Hombre...

He aquí en esos gritos de piedad, una vibración que me llega al alma... Es la vibración de mi propia vida, que implora con el alarido de la bestia asustada.

Y, bien; mi reino está ya destruido... ¡Que huya la bestia, aunque arrastre por ellos mi vida en servidumbre!

¡Que huya la bestia: que se salve la bestia que en ellos aprisiona mi vida!

Caballeros: No es precisa esa hecatombe. No se salvará mi reinado. Es la fatalidad de la Noche que se acerca. Si destruyo a esas bestias, no vendré por esto, a parar el Sol, para siempre en su zenit. Y al matar las bestias, apagaré el rincón de Sol: la vida mía que en el fondo de sus antros animales se esconde tímida: debilitada: lacerada: doliente...

Concluyó mi reinado... ¡Respeto a mi vida en los demás. Prisionera, ahora, es arrastrada... Vencedora, mañana, volverá: volverá, triunfante... Llegará el día en que volverá y vendrá con nosotros a parar el Sol, para que la noche, en luz se desvanezca, para siempre.

Zohair: Sal inmediatamente; ordena al Halcón que deje la puerta de la Plaza libre, para que mis vasallos atemorizados huyan..! (Zohair sale a cumplir precipitadamente, las órdenes del Rey).

(Al salón llegan los alaridos de la muchedumbre acorralada por los soldados del Halcón).

Pasaje XVIII

MUCHAS VOCES

¡Gracia, Halcón, gracia!

OTRAS

¡Malvados! ¡Asesinos!

OTRAS

¡Piedad! ¡Piedad!

CABALLERO 1.º

De los asomados por el vacío del segundo compartimiento del salón, hacia la Plaza.

El Halcón hace en el pueblo tremenda carnicería.

Todos los caballeros acompañantes de Motamid, van al segundo término de la estancia, junto a los asomados al vacío.

CABALLERO 2.º

Ved aquellos, como se arrodillan implorantes.

CABALLERO 3.º

El alfange del Halcón despide chispas de sangre, a la luz de las antorchas.

CABALLERO 4.º

Ya llega Zohair, e intima al Halcón.

El Rey, ha permanecido durante este parlamento, mudo y sombrío. Los alaridos de la multitud, condenada por el Halcón, van disminuyendo, hasta ser sustituidos por gritos de agradecimiento.

CABALLERO 1.º

Ya el Halcón se mete por entre las filas, ordenando finar la matanza.

CABALLERO 2.º

Mirad, como resisten aquellos soldados furiosos.

UNA VOZ

(Desde la Plaza). ¡Alah, premie tu piedad, Abul Kasim!

VARIAS VOCES

(Desde la Plaza). ¡Alah te lo premie! ¡Alah te lo premie...!

CABALLERO 1.º

La muchedumbre escapa, al fin. Mirad como se atropellan por ganar la puerta libre de la Plaza...

Hasta la cámara, en silencio, llega el rumor de la muchedumbre que se fuga precipitadamente.

CABALLERO 2.º

El Halcón escolta a los que salen y desampara, tras de ellos, la plaza del Palacio.

CABALLERO 3.º

Seguramente, pretenderá lanzarlos de las calles nuestras y empujarlos hacia los barrios ocupados por los moravides.

CABALLERO 1.º

(Después de un instante de silencio). Algo grave debe ocurrir. El Halcón, seguido de sus soldados

vuelve a entrar huyendo en la Plaza. Viene gesticulando como un loco...

LA VOZ DEL HALCÓN

Entre el rumor de gritos y de juramentos, se oye resonar con acento extentóreo.

¡Traición, traición: Cerrad las puertas del Alkázár!

A este grito, siguen otros más confusos.

UNA VOZ LEJANA

¡Sevilla, por el califa Yussuff!

CABALLERO 1.º

El Halcón cierra las puertas de la plaza... ¿Qué podrá ser esto?

CABALLERO 2.º

Volviendo con otros varios al primer compartimiento, en donde rigidizado y mudo sobre el muro frontal a la puerta del salón, se encuentra el Rey Motamid.

¿Oyes, señor?

Pasaje XIX

ZOHAIR

Apareciendo, apresurado en la puerta de la cámara.

—¡Señor, señor! Un escuadrón moravid ha

forzado, sin duda, los puestos que guardan este Arrabal...

HALCÓN

Surgiendo, también precipitado detrás de Zohair, que avanza hasta el centro de la estancia.

Los bárbaros se encuentran tras los muros de Palacio. Empujaba yo al populacho por las calles próximas, cuando percibí al enemigo, que se acercaba cautelosamente. Por un milagro, no hemos caído en su poder...

MOTAMID

Requiriendo su espada, única arma ceñida a su túnica.

Del mismo modo que tú, Halcón, empujaste al populacho, vayamos, Zohair, con tus soldados a rechazar al enemigo,

Seguramente, ha burlado la vigilancia de alguno de los puestos guardadores de las calles nuestras, rompiendo sigiloso la línea de nuestros soldados. De no haber sido así, todo el ejército de Abu-Berk lo tendríamos ahora, ante nuestras puertas, y algún aviso hubiéramos tenido del combate,..

Adelante, señores. ¡Vamos a morir, castigando su osadía! (El Rey adelanta hacia la puerta).

HALCÓN

Señor: vas desarmado. Permite que vuelva a vestirme las piezas de tu traje de guerrero.

MOTAMID

Halcón: quiero volar ligero hacia la muerte. Con esta túnica sencilla, me podrán herir mejor.

Motamid se precipita hacia el corredor, seguido de su escolta.

Pasaje XX

Romaiquia, Myriam. Habibah, Amina y las demás damas de la Reina, conduciendo a los cuatro hijos pequeños del Rey, sorprenden a éste, en el instante de salir. Un tropel de criados entran detrás en el salón. Vienen acobardados y temblorosos. La Reina se abraza al cuello de su marido, que retrocede al centro de la cámara.

ROMAIQUIA

¡El Palacio está ya cercado!... ¡Nuestros hijos, Motamid!

MOTAMID

(Conmovido). ¡Itimad!

ROMAIQUIA

En la muerte una contigo, o en el destierro! ¿Vas a morir? Quiero caer junto a tí, en el angustioso combate.

MOTAMID

Itimad. ¿Podrá la desgracia abatir tu fé?

Uno fuimos en el reinado de la Belleza y del Amor. Uno somos en estos niños (señalando a sus hijos) que a los dos fundidos nos conducen en abrazo eterno. Uno en el espíritu de aquellos que claman amorosos: «¡Itimad-Mntamid!» Nombres de un solo ser por el amor fundido, con dos mitades: por la Naturaleza complementadas.

Nosotros, en uno, somos el grano que sembró el amor... Somos el grano ya en escoria convertido... ¿Murió nuestro reinado? Míralo, Itimad, como renace, conducido por esos niños: conducido por los espíritus que nos son fieles. Retoños del árbol caído de Motamid y de Itimad. (El Emir se desase de los brazos de Itimad, y besa, uno por uno a sus hijos, levantándolos entre los brazos). ¿Reinareis algún día? Os lego un espíritu real, modelador de tronos verdaderos en la conciencia de los pueblos reyes, que vendrán...

Nuestro reino no es de este mundo, porque no es de este día... Volverá nuestro día... Nuestro reinado, será entonces de este Mundo...

Las damás de la corte lloran oyendo hablar al Rey. Los guerreros tienen inclinadas las cabezas. El Rey vuelve a abrazar a Romaiquia.

Adiós, Itimad. Nada vale este abrazo. Es fugaz, como este instante. ¿Pero, quién podrá desunir este eternal abrazo nuestro? Cuida, cuida de este nuestro abrazo en nuestros hijos.

El Rey sale precipitadamente de la estancia, arrancándo-

se del cuello de su esposa como si temiese una explosión de su emoción contenida. Los guerreros todos siguen al Emir.

Pasaje XXI

Habibah va a enlazar con sus brazos a la Reina, desamparada por su marido. Los niños lloran. Las damas y los criados también. Itimad, parece un instante rendida; pero, poco a poco su semblante se serena, iluminado por una inefable expresión.

ITIMAD

Desasiéndose de Habibah y sentándose sobre el cojín lateral del muro del fondo.

—Acercadme a los niños.

Las doncellas conducen a los hijos del Emir hasta el cojín donde se sienta su madre. Abderramen y Xelima, se sientan a derecha e izquierda de Itimad. Esta sienta sobre una de sus piernas a Ommalisan, y sobre la otra a Zahira.

¡Motamid! (La Reina llora un instante, abrazada a sus hijos. Después se serena, un tanto).

—Cada uno, habrá de besarme...

Xeliman y Abderramem, lloran, besando a su madre. Ommalisan y Zahira alzan los brazos, ofreciéndose en caricias hacia el cuello de Itimad.

—¡Ea, no lloremos más! ¿Por qué lloras tú, Xelima? ¿Y tú, Abderramem? Las madrecitas no lloran, Xelima. ¿No quieres tú serlo de tus hermanos? Las madrecitas no lloran, hasta que sus niños se mueren... Y tú, (a Abderramem) ¡tú; un guerrero! Tú,

vas o llorar? ¿No sientes ganas de matar al pájaro grande, que viene a embestir esta banda de pájaros que son los hombres? Pues, si lloras, el pájaro grande no te temerá, y se reirá de tí...

ABDERRAMEM

Padre, no vendrá más.

XELIMA

Y, a tí, (a Romaiquia) van a llevarte.

ROMAIQUIA

¡Qué locura! ¿No veis que contenta estoy?

Padre se está vistiendo ahí fuera un traje muy hermoso, un traje heróico, resplandeciente como el Sol. ¿Tú no lo sabías, Abderramem? Padre pelea, ahora, contra el pájaro grande.

ABDERRAMEM

Yo quiero que me lleven con él.

ITIMAD

Los niños no tienen fuerzas para luchar contra el pájaro grande. Cuando seas tú como tu padre, entonces tendrás fuerza para matarle: más fuerza que tu padre; y tú te pondrás entonces para pelear con él, ese traje resplandeciente que ahora padre se está haciendo, y que te legará en herencia.

ABDERRAMEM

¿Y, cuándo?... Yo quiero ir ya. Padre, no volverá.

ITIMAD

Pero tonto, si tú eres tu padre. ¿No quieres tú ser como él?

ZAHIRA

Madre: ¿nos van a matar?

ITIMAD

¿Quién va a poder, ni a querer, matarnos, Zahira?

OMMALISAN

Yo quiero ir al patio, madre.

ITIMAD

Jugaremos aquí. ¿Tú no ves que ahora no se puede salir? ¡Es de noche!

Acercaos, hermanas (a las damas de la Corte). Venid a jugar con los niños...

(Las damas van sentándose; atraen hacia ellas a los niños y los besan).

Fortalezcámosnos, en la hora suprema, con la esperanza del más allá. Besad el más allá: Está vivo y sobre la tierra. Son mis hijos que os ofrecen sus bracitos para acariciaros.

Esforcémosnos por arrebatat a la Muerte, la única fuente de vida, imposible de cegar: la Esperanza. Vuestra Reina quiere serlo hasta el último instante, ofreciéndoos un último consuelo real...

He aquí lo real. He aquí la realidad augusta. La pureza de nuestras vidas: lo que en ellas hubo de puro; es decir: de fuerte, de inmortal, alienta en la pureza inmaculada de estos niños, que son nuestras vidas en renovación...

Adoremos, en ellos, nuestra esperanza de Eternidad rejuvenecida... Besemos en ellos un glorioso más allá...

El más allá: La Pureza, la verdadera fortaleza que vencerá a la muerte, es carne que habita entre nosotros.

¡Besad a estas señoras: a los criados, también, niños míos!

(Los niños besan a las damas y a los criados, que puestos en dos filas llenan el salón).

Adoremos a los niños en la hora de la muerte... Sea nuestra esperanza inmortal, hecha carne en un niño, nuestra última oración. ¡Felices los creyentes que al morir son besados por los niños! Los besa el Paraíso. Los besa, por ellos, lo que existe hecho de Divinidad...

(El fragor del combate contra los africanos comienza a llegar del exterior: gritos de guerra: alaridos de desgarramientos; redoble de atambores: estridores de hierros: agudezas de clarín... Los niños siguen, yendo de personaje a personaje de la escena, besándolos a todos).

VARIAS VÓCES

(Mezcladas con el anterior ruido).

—¡Viva Motamid!

OTRAS

¡Sevilla, por Abu-Berk!

ITIMAD

(Viendo que los circunstantes besados por los niños, apenas si dan muestras de pavor).

A los no creyentes, aterrará ese vano ruido. El chasquido dulce del beso de un niño, se sobrepone a todos los ruidos bárbaros y convierte en miel la amargura de las almas inquietas por el desasosiego de la muerte...

Seguid besando, hijos de Itimad y de Motamid: Seguid besando a los creyentes fieles del imperio augusto de la Belleza inmortal.

Los niños con los brazos alzados recorren las filas de damas y servidores. En los ojos de todos aparecen lágrimas amorosas, emergidas de fuentes puras de religiosa emoción. Itimad se ha levantado de su asiento. Sus ojos están húmedos. Una inefable sonrisa resplandece en su boca: dirige a los niños con los brazos extendidos, como si ofreciera un pan celestial.

La figura de la Reina, envuelta en graciosa y solemne majestad, impresiona a sus fieles servidores. Los más próximos a ella besan la fimbria de su túnica y los bordes de su manto.

Pasaje XXII

El ruido del exterior va alejándose. El Djaili, tambaleándose, pálido, con los vestidos desgarrados y sangrientos, y con la cabeza descubierta, entra en el salón. Su mano empuña una espada manchada.

EL DJAILI

(Con voz entrecortada, como si le costase gran trabajo hablar).

Señora: Motamid, al frente de la guardia, ha lanzado a los africanos que asediaban el Alkázar, y ha llegado a empujarlos hasta el puesto de la calle que guardaba yo. Ahora, como un león enloquecido, los destroza y empuja hacia la ribera opuesta del Río Grande...

El señor me ha ordenado, mande yo el resto de la guardia que en palacio queda, mientras él puede volver.,

Y... es... que... ni el Emir... ni yo... (El Djaili llevándose al pecho las manos, cae al suelo).

HABIBAH

(Lanzándose hacia el Djaili, caído).

—¡Djaili!

EL DJAILI

(Incorporándose y mirando a Habibah, quien lo abraza, con expresión de infinito agradecimiento).

¡No contábamos... con mis heridas!... ¡Pero es-

ta herida por Habibah... No es sangre; emana bálsamo divino que las endulza todas!...

HABIBAH

(Besando la frente del poeta). ¿Vas a morir? (Con supremo dolor).

DJAILI

El instante de este beso; es la gloria... La gloria es imperecedera... Yo que gozo de ella... no puedo ya morir.

(Casi delirante). Qué hermoso combate, entre las sombras... Eran antorchas las hojas de los desnudos aceros... Las heridas irradiaban sangre, como soles rojos... El Sol, nuestro padre, no ha querido ver desde el cielo, la ruína tremenda de su reino amado... El Sol, nuestro padre, se ocultó esta tarde... ¡Quieren apagar, en nosotros, sus hijos, las luminarias de la Tierra... Vámonos con nuestro padre... Va también ensangrentado, a hundirse en la tumba del ocaso negro...

ITIMAD

(Acercándose al Djaili e inclinándose sobre él).

Dices bien, Djaili. El ocaso nos aguarda. Pero muere, en paz. Reapareceremos, cuando al Sol nuevo, el alba bendito, abra el arco del Oriente.

El DJAILI

(Incorporándose con energía, alentado por una suprema visión).

¿Verdad, señora?... Por ello, combaten ahora tras de Motamid envueltos entre las tinieblas impenetrables, los borrachos de Sol... Los que se emborracharon de luz en el día resplandeciente... El Andalus volverá a ser nuestro...

HABIBAH

(Con cierto reproche). ¡Djaili!

EL DJAILI

Perdona, Habibah... Te amo... Después del Sol... eres tú, mi amor primero. Amada mía... No quiero que tu delicadeza... venga a ser empañada... por el vaho nauseabundo... de algún bárbaro señor...

HABIBAH

¡Te he prometido morir, Djaili!

Pasaje XXIII

ZOHAIR

Entra apresuradamente, acompañado de varios soldados de la guardia, todos jadeantes y maltrechos.

—Señora... (Zohair está aterrado. No se atreve a hablar. La Reina ha notado su presencia y su embarazo, y apartándose del grupo que forma con Habibah y el Djaili, se precipita hacia el capitán, cubriéndose con las manos los ojos).

ITIMAD

(Con supremo dolor).

¡Ha muerto Motamid!

Las mujeres y los niños y la servidumbre prorrumpen en sollozos. Los niños vienen a colgarse de la túnica de la Reina.

ZOHAIR

(Reponiéndose un tanto y con expresión de rabia poderosa).

¡No ha muerto! ¡Peor aún! Solo, entre millares de bárbaros; acorralado, acometidos por todos, como un león herido, sin rendirse a nadie, le han hecho prisionero!

(Itimad se oprime con las manos el corazón, en trágico arrebato. Después, vuelve a serenarse, y queda como una esfinge del dolor real).

ITIMAD

(Con voz profunda, lenta, y ardiente, como de un terrible delirio febril)

¡Motamid! ¡Motamid!... Está aquí.... (La Reina cobija a sus hijos que la rodean). ¡Está aquí!... ¡Libre, pero sin fuerzas! ¡Es tierno aún, como todo lo que nace, de todo lo que muere!...

EL DJAILI

Habibah... tu promesa... Con ella, apaguemos una luz que, inútilmente, contra las sombras, lucha...!

(El Djaili, saca, trabajosamente, una daga del cinto, y la hunde en su pecho, con resolución, antes de que Habibah, por un movimiento instintivo haya podido arrancarle el arma de las manos. Habibah, se arroja sobre el cuerpo del Poeta, abrazando su cuello).

Pasaje XXIV

(En el salón penetran soldados en fuga y servidumbre azorada).

VARIAS VOCES

(De los que entran).

¡Motamid ha caído prisionero!

OTRAS VOCES

¡Los moravides han entrado en el Alkázar...!

(Se oye el chocar de aceros y la gritería del combate en el corredor inmediato a la cámara: cada vez más próximos a la puerta. La Reina, entre el tumulto, permanece impávida, rodeada de sus hijos).

Pasaje XXV

(El Halcón Gris entra de espaldas en el salón, entre varios soldados fugitivos, y blandiendo el alfanje ensangrentado).

EL HALCÓN

¡Atrás, bárbara canalla! ¡Viva el Emir de Sevilla!

(Un ballestazo lanzado desde el corredor, lo hiere y cae, soltando el alfanje, en medio de la cámara; al mismo tiempo que aparecen en la puerta de la estancia varios soldados de Yussuff).

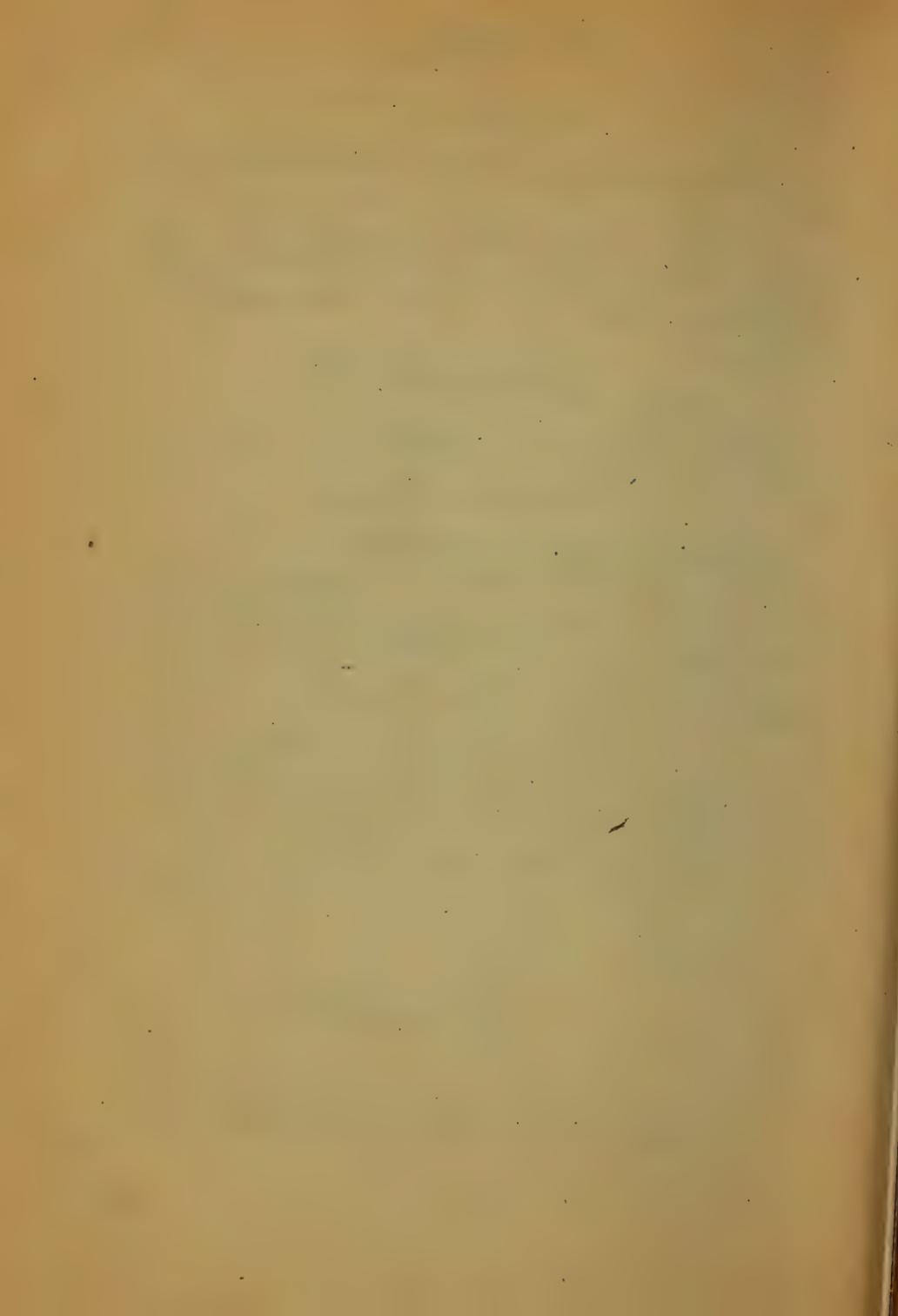
UN SOLDADO

¡Sevilla por el califa Yussuff!

OTRO SOLDADO

¡Rendíos, esclavos andaluces...!

(Los soldados africanos entran en la cámara, viniendo a acometer con los aceros a los andaluces. Muchos, en la sala, extienden los brazos en señal de sumisión. Zohair, desesperado, adelanta en actitud guerrera, con la espada desnuda, pretendiendo contener a los bárbaros. Itimad, está erguida e indiferente en el centro del salón, como una estatua de sí misma. Habibah, en un arresto de suprema resolución arranca el puñal hundido en el corazón de El Djaili y lo vuelve contra su pecho...)



EPÍLOGO

El Peregrino del Cementerio de Agmat

PERSONAS

- 1 EL PEREGRINO.—(Alkatib, andaluz aristócrata, Edad viril).
- 2 EL BEDUINO.— (Joven penitente de la tribu de Lakm, venido a Agmat, desde el desierto de Arabia).
- 3 KADOR (Campesino mísero, desarra-
pado y famélico, de ojos fe-
briles, servidor de Abdallá,
gran señor de Agmat).
- 4 El Cadí de la ciudad.
- 5 El Imán de la Aljama Grande.
- 6 Hombres 1.º, 2.º y 3.º
- 7 Los viejos del bastión de la muralla.
- 8 Hombres, mujeres y soldados de Agmat.

La acción se desarrolla en la primera
mitad del siglo XIV.



Escenario

En el Cementerio de Agmat; situado al Este de una de las puertas de la ciudad africana.

El camposanto está sembrado de blancos mausoleos cupuliformes abiertos por árabes arcadas. Las piedras de las tumbas de los pobres, destacan su sucio blancor por entre la hierba seca que cubre el suelo.

En el centro del declive de la ladera, por donde el Cementerio asciende, se nota un altozano, o elevación de terreno, sobre el cual se alza uno de aquellos monumentos funerarios, casi arruinado y de traza humilde.

Es un atardecer nacarado del estío. Una muchedumbre, de labradores cansados, adviene del campo a la ciudad, por el camino polvoriento. Las mujeres se cubren con grandes sombreros de palmiteras. Los hombres, con harapos manchados, a guisa de turbantes. Las chilabas pardas y blancas, que en bermejas convirtió la mugre, cubren cuerpos sudorosos, de semblantes tostados por el Sol, y de piernas ennegrecidas rematadas por los pies descalzos, y cubiertos de polvo, o enfundados en babuchas astrosas de color indefinible.

De vez en cuando, alguna mula o algún asno martirizados por sus ginetes o conductores, vienen a abrirse paso, por entre los viandantes, quienes, entonces sólo, alteran el ritmo de su fatigado andar.

La multitud camina, silenciosa y triste: y, así va entrando en la ciudad; al lado de cuya puerta, sentados, con las piernas cruzadas, sobre el bastion del muro, algunos viejos graves e inmóviles, contemplan la escena, mientras que sus labios, en rezos pausados se mueven; repasando, entre los dedos, las cuentas de gruesos rosarios.

Pasaje I

Un peregrino, de esclarecido semblante y de edad viril, con rosario y bordón, al llegar, mezclado con la muchedumbre, delante de la puerta de la ciudad, tuerce hacia el Cementerio, por una vereda estrecha que, zigzageando, remonta el declive del campo sagrado.

Extrae de su bolso un pergamino; lo desenrolla, y después de leer atentamente su contenido, señala con el brazo extendido, la tumba medio derruida del altozano.

EL PEREGRINO

(Volviendo a guardar el pergamino, y siguiendo su caminata hacia la vieja sepultura).

¡Agmat!... (Se detiene un momento, para mirar la ciudad, con el semblante iluminado por el amor y animado por un fervoroso sentimiento de religiosidad inefable. Después, continúa andando lentamente).

¡Agmat!... Sagrado es el polvo de tu tierra yerma; porque es polvo de tu tierra, el cuerpo deshe-

cho de los dioses, que atraen mi peregrinación. ¡Si el polvo suyo estuviera vivo, cómo haría palpitar viviente, el grano muerto de tu tierra calcinada!

¡Agmat!... Muriente y prisionero, te preguntaba el Rey:

«Dime ciudad, desierto de hombres: Carcelera >inhospitalaria de un Rey. Quiero saber, si los >ojos de mi cara; mejor que los de mi fantasía, han >de volver a ver mi jardín, lleno de flores y, tam->bién, mi lago; en aquel noble país donde los oli->vos crecen. Allí van a arrullar las palomas y a gor->jear amores, pájaros divinos...»

He aquí, señor, que conmigo viene a adorarte polvo vivo del noble país que te añoró en el desierto.

Para el peregrino, hay un lugar sagrado: Tu sepulcro.

Felices los que te adoraron vivo, aunque, al verte prisionero, mis labios cantaran con la melancolía de tu hijo, el Raschid.

«Regulador de la lluvia protectora: señor de la >generosidad y del valor: protector de hombres: el >mayor favor que recibir pudiera, sería el con->templar tu noble semblante: brillante, él, me ser->viría, de antorcha en la noche; y, en el día de Sol...

(El peregrino llega hasta el altozano).

«Pero, al menos, con místico respeto, saluda->ré tu tumba... Ella, de la del vulgo, se distingue >por la elevación del terreno. Sobresaliste, en la

»vida; y, en la muerte, sobresales entre los dormi-
»dos a tus plantas.

«¡Sultán entre los vivos y los muertos! El anhe-
»lo de los siglos no producirá un rey, como fuiste
»te tú.»

(El peregrino arrodillado se humilla sobre la tierra que rodea el sepulcro).

¡Divina mujer adorable, una con el ser del Rey; lo más delicado del espíritu de este ser! ¿Dónde encontrar una palabra para nombrar tu esencia? ¡Idioma grosero de lengua animal!

¡Sólo tiene el lenguaje de los hombres palabras de sonido! ¡Tu nombre, como el del amor, debiera tener una luminosa palabra! Como la divina palabra que dice la pureza del amor dormido en la serenidad imperturbable de la noche azul... Como la divina palabra que dice la ingenua alegría del amor niño que despierta en el seno nacarado del alba sonoro... Una palabra, no de sonido: sino de luz...

¿En dónde encontrar las cenizas tuyas?

¡Agmat! Si en tu recinto murió la mujer, en dónde está la tumba de la diosa? Las cenizas de la mujer, mezcladas con el polvo del desierto, según su predicción sombría, asolarán en impetuosos aludes, acallando las risas de los espantados Oasis...

Pero la diosa, ríe: Ríe inefable, su risa de amor en los espíritu donde su recuerdo mora. En el mío, es aurora límpida de músicas de cristal. Ríe, dicen-

do su divina palabra de luz transparente, en la infinitud azul de las noches de luna: en la gracia impoluta de los amaneceres blancos... Ahora mismo, ríe en el regazo celeste del atardecer que despide con sonrisas de nacientes estrellas, la majestad radiante del Sol que se va...

Inútil es, pues, el buscar su tumba. Aquí reposan las cenizas del Rey. Y si aquí no vivió el espíritu de la Reina, velando en terrible martirio el espíritu del Rey, ella, que vivió en el Rey, aquí, también, tiene su sepulcro.

(El peregrino besa, con fervor, repetidamente, la tierra en que se encuentra arrodillado).

Hoy es la fiesta de la cesación del ayuno. Los peregrinos musulimes que van a la Meca, siete vueltas dan, alrededor de la Kasba.

Este campo santo es la Meca. Las piedras de esta tumba, son la Kasba del peregrino de la Religión de la realeza verdadera; que es la Religión de la libertad: de la Belleza y del Amor.

(El extranjero se levanta y empieza a girar lentamente alrededor del sepulcro, dando las siete vueltas sagradas).

Pasaje II

(Al altozano arriban tres nuevos visitantes. Son tres moradores de la ciudad, que llegan atraídos y asombrados por la ceremonia del extraño penitente).

HOMBRE 1.º

(Dirigiéndose hacia sus acompañantes).

— Este es el peregrino que venía esta tarde entre los labradores que tornaban del campo. Dí, extranjero: ¿Por qué das vueltas al alrededor de esa tumba? ¿Acaso es la del Profeta mismo?

(El interpelado absorto en su religiosa tarea prosigue silencioso, girando lentamente, mientras que mueve los labios en piadosa oración).

HOMBRE 2.º

Contesta, penitente. Nosotros nos encontrábamos en el campo santo, a donde venimos a rezar sobre las tumbas de nuestros deudos. Y nos hemos congregado, y hemos venido a preguntarte, movidos por la extrañeza que nos produce el verte tributar a la tumba de un mortal, honores divinos.

HOMBRE 3.º

¡No responde! Por Alah, peregrino; que o nos habrás de explicar tu conducta o te habremos de acusar, de impiedad, ante el Cadí.

HOMBRE 1.º

Dices bien. Por muy grande que sea el imán enterrado en ese sepulcro, no pueden tributársele las adoraciones que sólo a Alah y al profeta Mohamed, son debidas.

HOMBRE 3.º

Llevémosle ante el Cadí, y allí concluirá su mudez a fuerza de palos.

(El hombre va a asir por un brazo al peregrino. Este, habiendo concluido su religiosa ocupación, le detiene con un gesto).

EL PEREGRINO

(Con suma autoridad). Si en algo estimas tu cabeza, guárdate de tocarme!

HOMBRE 1.º

¿Quién eres?

EL PEREGRINO

Un hombre, ante cuyo poder inclinarse el Cadí.

HOMBRE 2.º

¿Por qué vienes a acometer una profanación?
¿Quién descansa en esta tumba?

PEREGRINO

Vosotros no lo comprenderíais... ¡Idos, y dejadme rezar!

HOMBRE 3.º

Dices que tienes autoridad para humillar al Cadí. Tú, nos engañas, extranjero. Amedrentándo-

nos, crees que escaparás a nuestro castigo. ¡Ea, amigos: llevémosle ante El Cadí, a ver si en su presencia, tiene iguales arrogancias.

EL PEREGRINO

¡Soltad, bárbaros! Soltad, u os habreis de arrepentir.

HOMBRE 1.º

Apoderémosnos de su bolso. (Le arranca el bolso del cinto y registran los tres en él).

¡Una bolsa de oro! ¡Varios pergaminos! ¡Uno de ellos, con el sello del Emir!

(El hombre va sacando estos objetos, a medida que los nombres. Al descubrir el sello del Emir, el documento que lo lleva, cae de sus manos, en un espasmo de terror).

HOMBRE 3.º

¿Qué importa que este hombre lleve un documento con el sello del Emir, para que no sea sagrada su persona? Lee: y, de este modo nos convenceremos, si debemos respetarle, o no.

HOMBRE 1.º

(Recogiendo del suelo el pergamino, y leyendo en él).

«Loor a Dios. El peregrino que presente este documento, sagrado deberá ser para todos los fieles de mi Imperio: ¡maldiga Dios al impío que sobre él ponga su manos!...)

(Los aprehensores sueltan al penitente, reverenciándole los tres con gran humildad).

Pasaje III

(Otro penitente, también con rosario y bordón, llega a la tumba. Viene de la ciudad, y le sigue una multitud de hombres y mujeres. Entre ellos, viene Kador).

PENITENTE 2.º

(Volviéndose a los que le siguen). Os he convocado, para que vengais conmigo a rendir culto a un imán ilustre. He recorrido las calles de Agmat, entre curiosas miradas y preguntas de la muchedumbre. «¿De dónde vienes, peregrino? ¿Vienes de la Meca, penitente?» Y yo os he asombrado cuando contestaba así: «No vuelvo de una peregrinación a la Meca. ¡De allá vengo, en peregrinación a Agmat!»

¡Agmat! ¡Agmat! Tu has escuchado con asombro que eres lugar de peregrinaciones santas... Pues bien, aquí es el sepulcro del Imán, de quien os hablé. Aquí reposa el imán más grande que los siglos vieron... Prometí enseñároslo si me seguíais y cumplo mi compromiso. Ahora, dejadme orar.

(El penitente se arrodilla: besa la tierra y se abstrae después en un rezo silencioso. El peregrino 1.º, y sus acompañantes, miran con asombro al recién llegado).

UNO DE LA MULTITUD

Jamás escuché lo que nos viene a decir este hombre. Una tumba desconocida era esta, hasta ahora, en Agmat.

OTRO

Nunca nos dijeron nuestros abuelos, que en este sepulcro yaciera un gran Imán.

UNA MUJER

¡No dudadlo! Lo dice el penitente. Agmat tendrá ya un protector en el Imán de su Cementerio.

OTRA MUJER

Los faquíes de la ciudad construirán en su honor un aljama: y por mediación de él, Alah, nos concederá sus dones... Y dí, penitente: ¿quién es el imán que está enterrado aquí?

PENITENTE

(Habiendo concluido su rezo: con gran orgullo:)

—Es... mi antepasado.

(La multitud le rodea con respeto supersticioso).

PEREGRINO 1.º

(Apareciendo ante los recién llegados. ¿Quién eres, tú? (Al penitente).

UNA MUJER

¡Otro peregrino!

OTRA

En efecto; aquí debe estar enterrado un gran imán que obrará milagros!

HOMBRE 3.º

(Aparte). Me parece muy extraño todo esto. Sacrilegio debe existir aquí. Por si acaso, así fuera, yo voy a dar cuenta al Cadi y a los imanes de la Mezquita. (Vase).

Pasaje IV

PENITENTE 2.º

(Asombrados a su vez).

—¿Tú también en penitencia a la tumba del Abbad? (Al peregrino).

UNO DE LA MULTITUD

¡Se llama el Abbad!

VARIOS OTROS

¡Se llama el Abbad!

PEREGRINO 1.º

Yo no vengo en misión de penitencia, sino en vuelo de amor y libertad. ¿De dónde eres tú?

PENITENTE 2.º

Del Oriente. De la Arabia. Soy beduino. ¿Y tú?

PEREGRINO 1.º

Yo, del Occidente: Del Andalus. Soy poeta.

PENITENTE 2.º

(Con efusión). ¡Oh! ¿Tú eres del reino luminoso del Abbad?

PEREGRINO 1.º

De allí soy. Pero dime penitente: ¿Cómo te determinaste a hacer peregrinación a la tumba de mi Rey?

PEREGRINO 2.º

No es largo de contar, y, puesto que lo deseas sentémosnos: y lo sabrás al punto.

(El beduino se sienta: y, a su alrededor, curiosos, como niños, que esperan escuchar la misteriosa noticia de impresión antes consejas, forman grupo el peregrino y los demás asistentes).

PEREGRINO 1.º

Habla: beduino. Te escuchamos.

PENITENTE 2.º

Atended, pues, el cuento.

La luz de la luna, sobre las tiendas blancas de los beduinos, derramaba una plena bendición de plata, en el dormido desierto.

Reposábamos de la caminata fagitosa del día: en nuestros lechos, nosotros: y alrededor de nuestras tiendas, echados sobre la arena calcinada, rumiaban, silenciosos, nuestros camellos cansados.

De repente, una melodía de infinita dulzura y de transparente pureza, vibrante en las cuerdas de un laúd: vino a arrullar mi sueño, el cual se remontó en alas de aquella armonía misteriosa, desde la tierra, al Paraíso.

Una voz, unguida de emoción divina, cantó en palabras de hombres, la música del laúd.

Desperté, entonces. Jamás mis oídos hubieron escuchado tan divina palabra. Nunca versos tan bellos vinieron a rimar los hombres.

Oid el sentido de algunas estrofas entre aquellas que en el seno amoroso de las ondas limpias, llegaron a acariciarme el espíritu, elevándole en éxtasis arrobador. Yo no sé decir los versos del Poema; pero sí recuerdo lo que venían a expresar. Hélo aquí:

«La noche ha extendido su velo de sombras—
»Cansados los seres, los domina el sueño—Pero
»velan hombres a la luz de antorchas—Y, ávidos,

»beben en brillantes cráteras—El rojo vino que, lo-
»cura, centellea.

»De repente, torna la luz, vestida de plata.—
»Es la Luna. Y, tras ella, viene Orión.—La Luna es
»reina magnífica y soberbia—Que con Orión, su
»doncella favorita,—Por el jardín del Universo sa-
»le—A pasear serena su blanca majestad.

»Y poco a poco, las estrellas brillantes—En
»gentil cortejo y porfía de luz—vienen con la co-
»mitiva de las Pléyades...—Que el estandarte de la
»Reina parece...

»Yo soy como ella: rodeadme aquí abajo—De
»nobles caballeros de brillantes vestidos.—Y de jó-
»venes hermosas de negras cabelleras—Cuyos ca-
»bellos son hebras del velo de la noche.—Ellas to-
»can las guitarras sollozantes; y cantan en ellas, co-
»pilas de pasión.—Ellas me brindan copas resplan-
»decientes:—¡Bebamos, amigos, del jugo de las
»viñas!—¡Bebamos. Sus copas, son estrellas para mí!

.

»¿Más quereis que un conjuro el vino perfu-
»me?—Su nombre divino lo perfuma todo—Ella es
»la Perla: la hada de mis sueños.—Siento deseos
»de enfermar y, Alah lo quiera—Para ver cuidándome
»ante mi blanco lecho—A la dulce gacela de
»purpúreos labios.—¿Queréis que el vino para mí
»se arome?—Dejadme perfumadlo, brindando por
»ella.—Su nombre divino lo perfuma todo.—¡Bé-

>mad, a la luz de rojas antorchas—por ti brindo
>vino resplandeciente!—Una corriente de Sol que
>endulza mis labios—Me quema la garganta e in-
cendia el pecho...>

Así cantaba la voz. Atraído por la misteriosa serenata, abandoné el lecho y salí de mi tienda. Cerca de ella, y amparado en la sombra que otras tiendas proyectaban, destacábase la silueta, blanca e inmóvil, del cantor.

—¿Quién eres? —le pregunté, acercándome.

—Soy andaluz. Me llamo Abu-Azzamad.

—¿Y a qué viniste al desierto?—le repliqué.

—Vengo de Agmat, de visitar una tumba:—
me replicó;—y quise, en soledad, envolverme en
la luz blanca de la luna, sobre los páramos muertos.

—Y dime Azzamad, a quien Dios bendiga, ¿de
quién son esos versos, que tienen la limpidez de
las linfas claras de los arroyos: frescos como la
hierba que la lluvia acaba de regar; y ya tiernos y
suaves como la voz de una doncella de collar de
oro; ya vigorosos y sonoros como el grito de un
camello joven?

—Son, —me contestó, —de mi Rey, quien mu-
rió en el destierro.

—Supongo, —repuse, —que ese Rey reinaría
sobre una pequeña porción de la tierra, cuando
tiempo tenía de sentir la belleza tanto?

—Perdonadme— contestó;— ese Rey reinaba sobre un gran país: el Andalus. Y sobre una magnífica ciudad, Sevilla.

—Y cómo se llamaba?

—Ben Abbad, por otro nombre Motamid.

—¿Cuánto tiempo há que murió?

—Más de dos siglos ha; Sevilla es ya cristiana: y Córdoba, también; pero todo el Andalus lo recuerda.

—¿Y de qué tribu era? ¿Lo sabes tú, Azzamad?

—De la tribu de Lakhm.

Abracé a aquel hombre al escuchar sus últimas palabras. ¡Ben Abbad era mi antepasado!

—¡Cuenta, extranjero, cuéntame la vida de este Rey! Y, el extranjero respetuoso, contome la historia del Abbad, y revivió en mí, su historia. Yo, su descendiente, perdido en el desierto, le recordé orgulloso en sus obras grandes, más vivamente que a mi padre mismo. Fué un Imán; un Imán de Alah... si es que Alah es la Belleza y el Amor... He aquí, porqué vine en peregrinación a su tumba...

KADOR

(Que ha escuchado atentamente con vivas muestras de emoción las últimas palabras del beduino).

¡De la tribu de Lakm! Oí contar a mi padre en cierta ocasión que nosotros descendíamos de la hija de un rey, desterrado en Agmat, y perteneciente a esa tribu.

PEREGRINO 2.º

¡Sería el Abbad!

PEREGRINO 1.º

¡Cierto! El Abbad, al morir, dejó en Agmat a sus hijas, convertidas en sirvientas. Las princesas, hijas del Rey prisionero, siervas fueron de familias acomodadas,...

KADOR

(Con orgullo). ¡El Abbad, entonces fue fué mi antepasado!

PEREGRINO 1.º

¿Y quién eres tú?

KADOR

Soy Kador: el esclavo de Abdallá; hombre de grandes dominios. Ahora me emplea en guardar sus campos y en cuidar sus bestias...

PEREGRINO 1.º

(Ensimismado). ¡Kador! ¡Beduino! ¡Pequeños de Ben Abbad!... He aquí que contemplo una humillación del rey: y la soledad de su espíritu excelso, condenado a vagar por los desiertos páramos, envuelto en la melancolía de la luna muerta...

(Abrazando a Kador). Campesino sin campos: ¿No

sabes tú la historia incomparable, de tu padre, el Rey?

KADOR

¡Oh, no! ¡Si tú me la contases, señor! No quiero hacerlo?

PEREGRINO 1.º

Y si en tí, al escucharla, despertara el alma del Abbad, soterrada bajo capas seculares de grosera esclavitud; dime, Kador: ¿te resignarías a servir a un extraño señor: a Abdallá, el de los grandes dominios? ¿Podrías vivir en la ergástula de sus esclavos; comer su rancho; guardar sus campos, y servir sus bestias?

El hombre es el Rey de la creación; el hombre Rey. ¿Te conformarías, tú, si a serlo llegaras, si así te conocieras, con ser el esclavo de un hombre que jamás lo fué?

KADOR

¿Y qué hacer? ¿A donde ir?

PEREGRINO,

¡Despreciarías a tu amo...! ¡Quién sabe, si lo matarías, al sentir humillaciones que hoy, no percibe tu espíritu insensible!... (Pausa).

¿Te haré un bien? ¿Te haré un mal? ¡Bien! Bien! me resuelvo; te contaré: os contaré su histo-

ria. Hijo del Abbad; hijo del Dolor, que continúas la prisión de tu padre augusto. El niño el recinto obscuro de los calabozos sombríos con las radiaciones de la realeza de su alma esplendorosa. Las sombras tratan y la Muerte se ríe... ¡Pues, bien! ¡Despabilemos el foz; aunque esto equivalga a alumbrar en tí el Dolor! ¡Dolor necesario, bendito dolor! Escucha, Kador. Tú, en la ergástuta, revivirás a tu padre, en los calabozos. Si este dolor te dicta tu realeza, cúmplelo. Si te manda matar, mata: y que en tí, el Rey, sea libre!

KADOR

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin comprender las palabras del peregrino. Sólo entiende que le llama «rey».

—¿Yo, rey? ¡Tengo hambre...!

PEREGRINO 1.º

El hambre de un Rey, es de gloria: no de pan. Hambre de libertad y justicia: de belleza y de Poder. La Realeza es ahora en tí una interrogante, por que el hambre es en todos los estómagos, la primera afirmación. La primera afirmación de tu padre fué la realeza: lo real: esto es: la Verdad: lo que verdaderamente es: la vida grande: la vida. ¡El hambre! También tiene una base real. Pero ante lo más grande, su base es plebeya: esto es: la nada: la muerte...

PEREGRINO 2.°

Me agradarfa escuchar esa historia famosa, de tus labios, peregrino.

HOMBRE 1.°

Cuéntala, señor.

VARIOS

Cuéntala.

KADOR

(Ensimismado). ¿Yo; rey? (Ríe).

PÉREGRINO

Pues, escuchad.

(Entre los oyentes. se produce un religioso silencio; algunos de ellos, alargan los cuellos, para mejor oír la palabra del peregrino).

Nació el Abbad, en Sevilla, la desposada del Sol... Fué su padre Mothadid, despiadado, como un tigre; arrojado como un león; firme y duro, como las rocas. Fué su madre, la más dulce y amada, entre las mujeres del Rey. Fué el Abbad hijo de un puro y efusivo amor. Con una esclava casó el Príncipe. Ella se llamaba Itimad. El, para fundirse con ella, tomó su nombre en nombre de varón: y se llamó Motamid...

(El peregrino, sigue contando la historia que escuchan con suma atención los circunstantes).

Pasaje IV

El imán, y el cañi de Agmat salen de la ciudad: y borbean por el camino, la ladera del Campo Santo. Les siguen los viejos que rezaban en el bastión de las murallas, varios soldados, algunos de éstos armados de piquetas, y el Hombre 3.º que fué a denunciarles las extrañas ceremonias de los peregrinos.

Al llegar a la vereda que remonta hacia el Cementerio, ascienden por ella, el declive, deteniéndose en un punto desde donde descubren el altozano y al auditorio que escucha agrupado el cuento del extranjero penitente. Este, continúa narrando, a sus oyentes, la historia de la vida del Abbad.

IMAN

(Al Hombre 3.º). ¿Es aquella la tumba de que hablaste y son aquellos los que la adoraban?

HOMBRE 3.º

Sí.

EL CADI

Y afirmaste que dos penitentes de lugares lejanos venían a ella en peregrinación?

HOMBRE 3.º

Es cierto: allí están.

VIEJO 1.º

Yo he visto a uno, con rosario y bordón, que venía esta tarde entre los labradores de la campiña.

VIEJO 2.º

Y yo.

VIEJO 3.º

Y yo. Creí viniera de la Meca.

EL CADI

(Al Hombre 3.º). Oíste tú el nombre del imán muerto, a quien querían adorar como al Profeta?

HOMBRE 3.º

(Recordando). Espera. Creo que sí. ¡Cierto! Le llamaron el Abbad.

CADI

Imán. ¿El Abbad?

IMAN

(Al Cadi). ¿Oíste alguna vez este nombre?

CADI

¡El Abbad! ¡El Abbad!... (Esforzando la memoria). ¿Será acaso un rey de Occidente, el cual leí antaño en muy antiguos pergaminos, murió desterrado en Agmat?

HOMBRE 3.º

En efecto: debe ser así. El peregrino primero, hablaba de un Rey...

MAN

(Al Cadí). ¿Y quién fué ese Abbad?

CADI

Quiero recordar que fué el Rey de un país que se rebeló contra Alah, siendo castigado por el Emir Yussuff-ben-Tasfchin.

IMAN

¿Y a un reprobado adoran esos hombres? Obsérvalos, Cadí. Sentados en círculo parecen que rezan. Pero es preciso sorprenderlos durante la ejecución de su delito, a fin de que para ellos no exista salvación. Ocultémosnos tras el pequeño collado que, como un túmulo funerario, en su cumbre ostenta las ruinas de la tumba, y caigamos sobre ellos, cuando en su culto satánico, rindan al sepulcro la adoración debida únicamente al lugar más sagrado con que cuenta el Islam.

CADI

Dices bien. Ocultémosnos: y marchad cuidadosos para que no aperciban con nuestra presencia una amenaza de justo castigo.

(El Cadí empieza cautelosamente a rodear la base del Altozano, y seguido por sus acompañantes, van todos a ocultarse tras de él).

Pasaje V

El canto de la Majestad caída

(Los oyentes del peregrino que cuenta la historia del Abbad, escuchan, mientras tanto, absortos, pendientes su atención toda de la palabra del narrador).

PEREGRINO 2.º

Es admirable, la historia.

UN OYENTE

Verdaderamente, un Imán fué ese Emir.

VARIOS

Verdaderamente...

UNA MUJER

Y fué también santa la Reina.

KADOR

¡Al Andalus!...

VARIOS

¡Al Andalus!...

PEREGRINO 2.º

Continúa, peregrino.

PEREGRINO 1.º

El salón, invadido por los soldados de Yussuff, sembrado el suelo de cadáveres, ya los salva-

jes morabitos, con sus manos ensangrentadas, iban a profanar la inmovilidad magestuosa de la Reina, rodeada de sus hijos aterrados, cuando un formidable ruido de voces y de armas que se escuchó resonar en la Plaza del Palacio, vino a detener el frenesí de los soldados invasores.

Gritos que clamaban aún:— «¡Sevilla, por Ben Abbad!» «¡Sevilla, por Motamid!» se oyeron desgarrar la noche, entre los alaridos de muerte. Nuevamente bramó el combate, en los corredores inmediatos al salón, atrayendo a los soldados de Abu-Berk, que dentro de aquel se encontraban...

A poco, el Rey, con la espada rota, y la alba túnica, enrojecida y desgarrada, entró en la Cámara, yendo a abrazarse a Itimad, estatua viviente.

Ben Abbad, en un arresto de valor heroico había hecho repasar el río a un cuerpo de soldadesca africana; pero envuelto por los demás soldados de Yussuff que ocupaban la ciudad; separado del resto de sus guerreros fieles, éstos creyeron que el Rey había sido hecho prisionero por las tropas de Abu-Berk. Mas habiendo revuelto contra éstas; abriendo por entre la espesa muralla de carne viva, un cauce de sangre, Motamid, pudo volver al Alkazar, seguido de una corta legión de héroes.

Nuevamente, quedó aislado el Castillo, libre de morabitos, cuyos muertos cubrían los corredores, los patios y la Plaza.

Motamid e Itimad, en el salón, velaron aquella

noche los muertos queridos; la Corte muerta, rodeaba aún a su reyes. Las heridas del Djaili y Habibah, habían mezclado su sangre. Al suicidarse, la alegre doncella, sus labios habían sellado en beso supremo de amor los labios del Djaili, el poeta amado. Motamid e Itimad, consagraron con una bendición, sus eternas nupcias. La lealtad del Halcón, sonreía triunfadora en el gesto vivo de su rostro rudo e inmóvil. Aún, el semblante del caballero Zohair amenazaba a los bárbaros, con expresión retadora...

Vino el Alba... Las rojas luces de las antorchas casi extintas, se envolvieron en los sucios sudarios del humo espeso y negro. En las pálidas frentes de los muertos, la blanca luz del amanecer iba piadosa, poniendo, con un beso de pureza, argentadas aureolas.

Itimad, acodada sobre el alfeizar de un ajimez del Salón, miraba la ciudad y seguía con los ojos el serpentear del Río, por la pradera de Plata. Y, dijo Motamid:

—Mi túnica está desgarrada y mi espada se ha roto. Ninguna flecha se clavó en mi piel. Ninguna espada atravesó mi cuerpo. El Río sagrado parece una serpiente amiga, que avanza, ante mis ojos, diciéndome con su dulce rumor:—He aquí la razón de que vivas aún. Yo que arrullé tu nacimiento quiero conducirte amoroso, a cumplir el fin que resta a tu vida...

El puñado de leones con que anoche rescaté el Palacio, está herido: una fuerza divina alienta a los que velan todavía vigilantes, sobre las almenas de las desguarnecidas murallas...

Estamos solos: Itimad. Nos rodea únicamente un hálito vivo. La santidad de esos muertos... que nos aman aún.

¿Y sabes qué me dice esa santidad, que es la fe de su amor en nosotros? Pues me dice... lo mismo que el Río.

Y. contestó la Reina:

—Oigo el murmullo del Río y el sagrado musitar de los que, por nuestro amor, murieron: Dicen:

—No morid, aún. No suprimid con el hierro propio, la vida que respetó el ageno. Realizad por completo vuestro ejemplo real. Fuisteis Reyes en el trono; sedlo ahora, en la esclavitud. Fuisteis Reyes en la altura. Sedlo, ahora, también, en el abismo.

Y replicó Motamid:

—Eso dicen. El hálito de amor perdurable; la vida de la fe de los muertos que creyeron en nosotros nos invitan a ser dolorosas estrofas vivientes de un bello canto de la Majestad caída. La sierpc del Río, pasa murmurando así: «Venid los que arrullé en la cuna. Yo os llevaré a rimar el canto del Dolor Real. Yo, que fui testigo de vuestro amor de Reyes...

Y fué un silencio largo, entre los dos.

Itimad, acodada sobre el alfeizar del ajimez, con las manos oprimiéndose las pálidas mejillas, parecía absorta en mágica visión.

—¿Ves, Itimad'—continuó el Abbad—la sierra blanca de los almendros floridos?

Itimad musitó:

—Sí: la veo.

—¿Y no crees aún que ella vendrá a ser mausoleo de tu sepulcro?

Itimad, contestó:

—La montaña se enrojece. Ahora se desvanece en una llanura roja. Han florecido los alelíos. Una llanura inmensa de sangre: de Dolor.

—No lo dudes, Itimad. Las flores rojas son bellas también... como las blancas. Vayamos cogiendo flores por la llanura sangrienta. Tras de ella, estará tu montaña blanca. Donde quiera que exista la Pureza, allí estará un mausolco que será cuna de la vida de Itimad...»

Y, en el mismo día, Sevilla, lloró. Los reyes prisioneros, condenados fueron a seguir el discurso del Río, para buscar el Africa, y sufrir la prueba del dolor real.

He aquí, como el poeta Benalabbana, cantó la partida de los reyes esclavizados:

«Metidos en un navío, los príncipes se despidieron—Llenaba la multitud la ribera, y las mujeres estaban sin velos—Y se desgarraban llenas de dolor el rostro.—Gritos y lágrimas decían: ¿Qué nos

queda ya?—La casa de la generosidad y del valor ha quedado desierta.—Para nada vendreis ya, extranjeros y caballeros de los cortejos triunfales...»

Sevilla, como una novia, arrepentida de haber por miedo vendido al novio amado, lloró de desesperación y clamó por la muerte... Tanto fué el dolor de Sevilla y tanto el amor que por ella tuvo Motamid, que hasta los cristianos que ahora la profanan, en sus romances cantan estos versos:

Es una novia Sevilla.

Es su novio Ben-Abbad.

Su cintura el Aljarafe,

Guadalquivir su collar...

En Tánger enviaron, al Rey, los poetas, cantos compuestos en su honor.

El Abbad donó a los poetas tres docenas de dhiremes, su única fortuna.

«Los poetas me piden mi fortuna—Tomad
»poetas de Tánger y de Mauritania—Yo soy más
»pobre que vosotros: Pero no puedo pedir limos-
»na—El pudor reina en el fondo de mi alma—Yo,
»cautivo, no puedo reinar por el pudor sobre los
»hombres...»

Arrastrados fueron los prisioneros, desde Tánger a Mequinez. Sus pies sangraban, pero el Rey cantaba a la vida, como a un rojo alelí.

Y arrastrados, así, vinieron a Agmat.

Motamid, cargado de cadenas, cantaba al Do-

lor en un calabozo.—«Mis hijas son las siervas de la hija—de un hombre que fuera mi ugier...»

La reina carecía de pan, y fundida con el Abbad, se alimentaba sólo de ambrosía de dolor.

Perdido el cantor, el Andalus, recogió su lira y puso las cuerdas en máxima tensión, y cantó ardoroso la guerra contra el bárbaro morabito. El Andalus lloró a los dioses perdidos, mientras la vida de los dioses entraba triunfal en el reino de la muerte, rimando con alegría, un magestuoso canto de supremo dolor...

PENITENTE 2.º

¡Fué un imán!...

VARIOS OYENTES

(Con religioso respeto). ¡Fue un imán!

PEREGRINO 1.º

(Levantándose). Hijos de Agmat. Recemos ante la tumba del Imán. Vengamos a rodear su sepulcro adorable, con las siete vueltas consagradas.:

(Todos se levantan).

KADOR

Yo me voy. Me espera Abdalláh...

PEREGRINO 1.º

¿Y abandonarás la adoración de tu padre por ir a servir a tu amo?

KADOR

(Indeciso). No lo sé... Yo no sé si iré a servirle o a... matarle. Pero me espera... Me espera... Tengo hambre, y... odio. No sé más.

PEREGRINO 1.º

Kador: Tu amo y tu Meca están aquí. (Señalando el derruido mausoleo). Ven a evocar con tu amor el revivir de tu padre, el Rey.

KADOR

(Riendo con inconsciencia dolorosa). ¡El Rey! ¡El Rey, yo!... ¡Tengo hambre y odio! No se más... No sé más...

(Kador desciende corriendo la ladera, hacia la ciudad).

(El peregrino 1.º le mira alejarse. Después, silencioso y solemne empieza a girar con lentitud en las siete vueltas sagradas).

Pasaje VI

(Por el lado opuesto del altozano aparecen de repente, el Cadí, seguido del Imán, de los viejos y de los soldados).

CADI

(A los soldados). ¡Prended a esta gente!

(Los soldados se arrojan sobre los orantes. Estos, sorprendidos y asustados, extienden los brazos, en demanda de perdón).

PEREGRINO 1.º

(Interrumpiendo el rezo y con arrogancia).

—¿Por qué?

EL IMAN

¡Por sacrílego!

PEREGRINO 1.º

¿Quienes sois?

EL CADI

Soy el Cadí de la ciudad. ¡Amarrad a este hombre! (A los soldados. Estos van a cumplir la orden).

PEREGRINO 1.º

(Con gesto imperativo). ¡Deteneos! Mira, Cadí.
(Le enseña su pasaporte).

CADI

(Después de leer, el Cadí se inclina).

—¿Quién eres, tú, peregrino?

PEREGRINO 1.º

Soy Alkatib, el hagib del rey de Granada, con quien tiene alianza tu Emir.

Mi señor me dió licencia para hacer peregrinación a la tumba del Abbad. Vuestro Emir, envió a mi señor ese pasaporte.

EL CADI

Consultando al Imán). La orden es terminante...

EL IMAN

(Después de un instante de reflex.ón).

—Libértalos, Cadí: pero que los soldados destruyan esa tumba... (Señalando al mausoleo): Así acabarán, para siempre, las profanaciones.

(El Cadí, hace signos a los soldados para que cumplan las órdenes del Imán. Aquellos, se adelantan hacia el mausoleo).

PEREGRINO 1.º

Imán: Cadí: Para destruir la tumba del Abbad, todo tendríais que sumegirlo en la Nada. Vosotros mismos, sois tumbas, en las cuales, enterrado el Rey, no ha muerto; duerme aún... Sois su sepulcro y se-reis su cuna en el retorno del solsticio eterno...

El imán no ha muerto: duerme... (El Katib mira al espacio). «La luna alumbra el cielo inmaculado y es como una antorcha su doncella, Orión. La comitiva de las Pléyades, el estandarte parece de la Reina, quien al cielo encanta con su blanca majestad... ¿Por qué embellecen el cielo la Reina y su corte de estrellas que por el oceano azul van derramando lágrimas de luminosa alegría? ¿Han salido a velar el sueño del Rey!—¡Préndelas, Cadí!... (El peregrino ríe) ¡Préndelas, Cadí!...

(Al Katib, el peregrino, ríe. Y empieza a descender lentamente la ladera, volviendo la cabeza de vez en cuando, para mirar a los atónitos vecinos de Agmat, los cuales coronan el altozano, en donde los soldados armados de piquetas, destruyen la tumba arruinada de Motamid).

Advertencia.

La narración se inspira en la historia de Abul-Kasim ofrecida por el historiador holandés Dozy. La mayor parte de los anécdotas son históricos. Los dichos auténticos y trozos de poema subrayados, que se citan, los transcribe Abbas, del cual los tomó Dozy.

El narrador para componer el argumento, se ha visto precisado a cometer algunas heregías históricas, tal como la supuesta restauración de Medina Azzahara en tiempos de Motamid; la fecha de la peregrinación de Azzamad a su tumba, etc., etc.

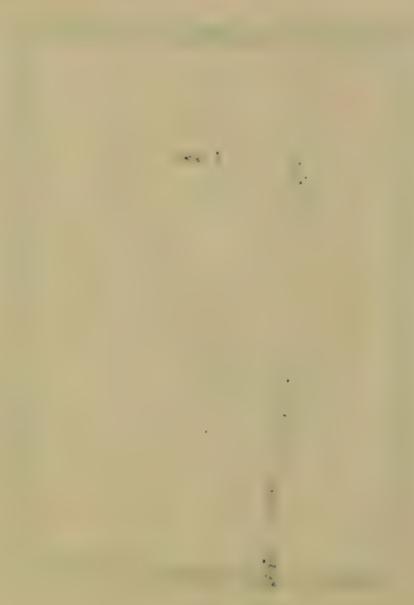
El epílogo está inspirado en la peregrinación a la tumba de Motamid, llevada a cabo por Ibn-al-Khatib, hagib del rey de Granada, dos siglos y medio después de la muerte del príncipe abbadita. Los pasajes subrayados en el epílogo, son trozos de poemas auténticos de Motamid, de su hijo y del mismo peregrino, tomados del citado autor.

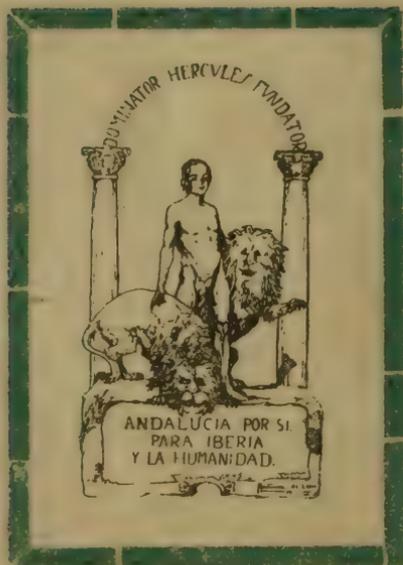
La narración del Beduino en el Epílogo se expone con las mismas palabras próximamente que aquél atribuye al beduino, sorprendido por el cantor andaluz en el desierto.

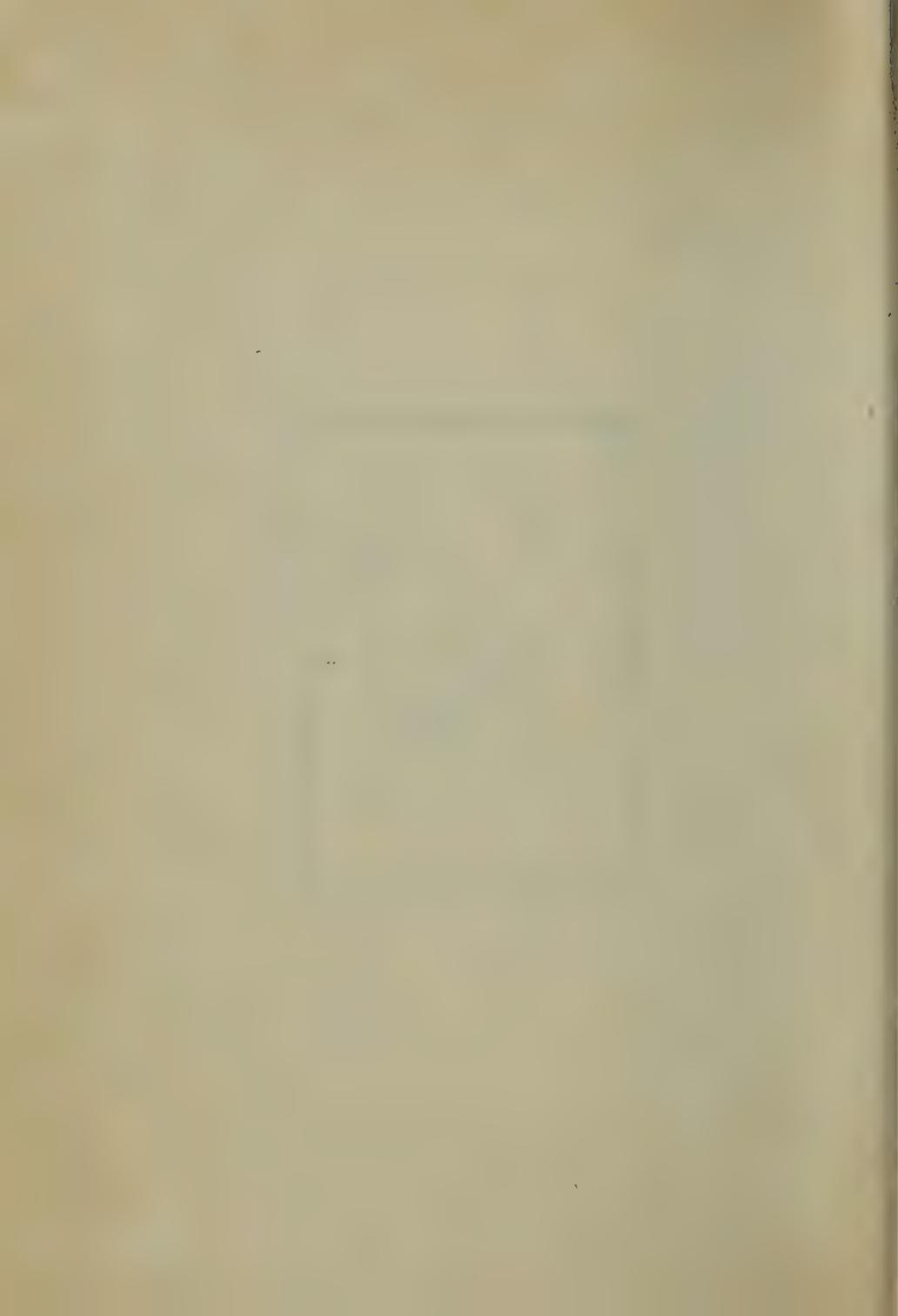
DEDICATORIA

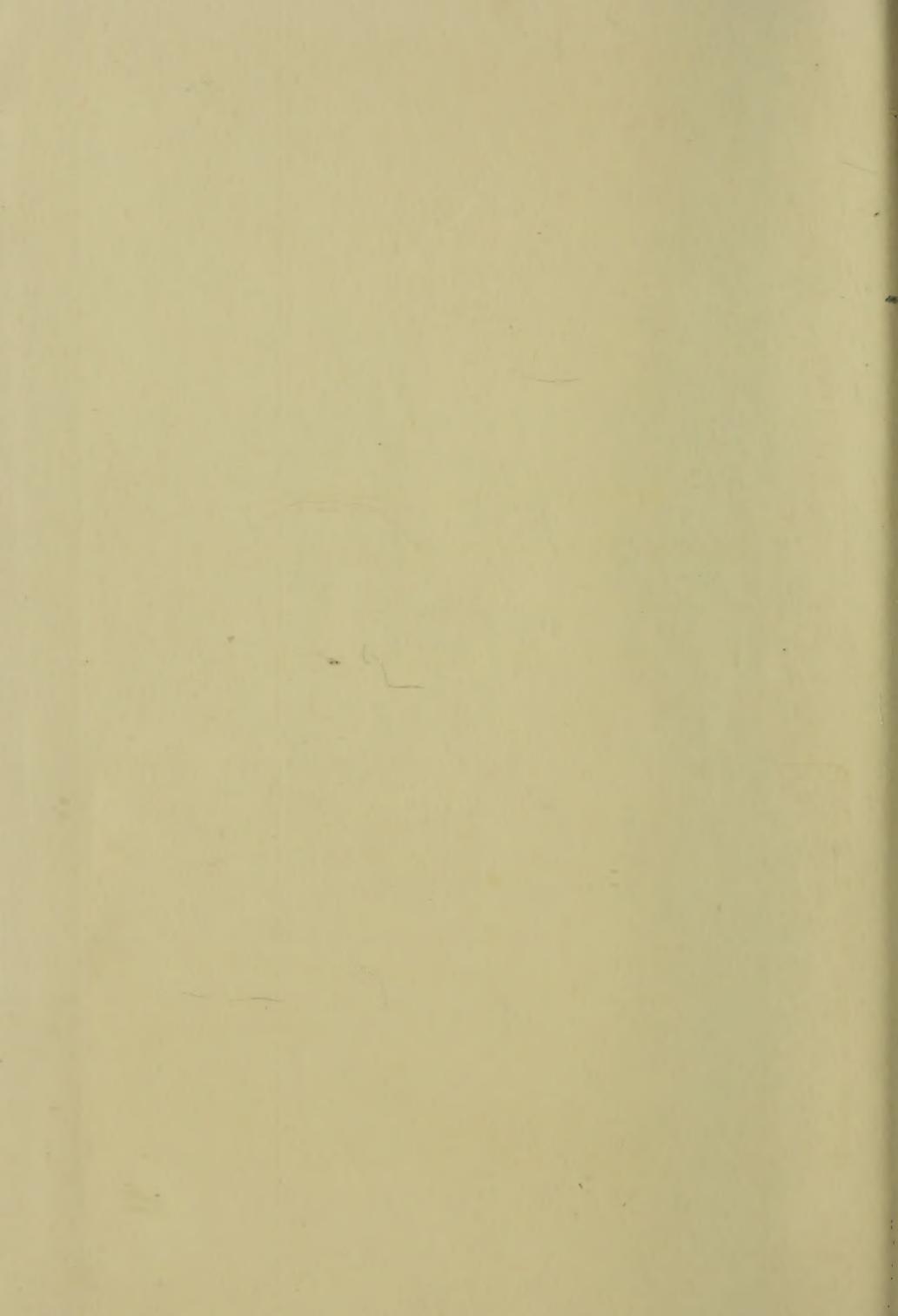
A María de las Angustias, quien tuvo un vehementemente deseo por ver publicado este libro. Esta, y otras muchas efusiones de la vida del

AUTOR.









PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ Infante Perez, Blas
6617 Motamid, ultimo rey de
N43M6 Sevilla

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 15 06 14 007 2